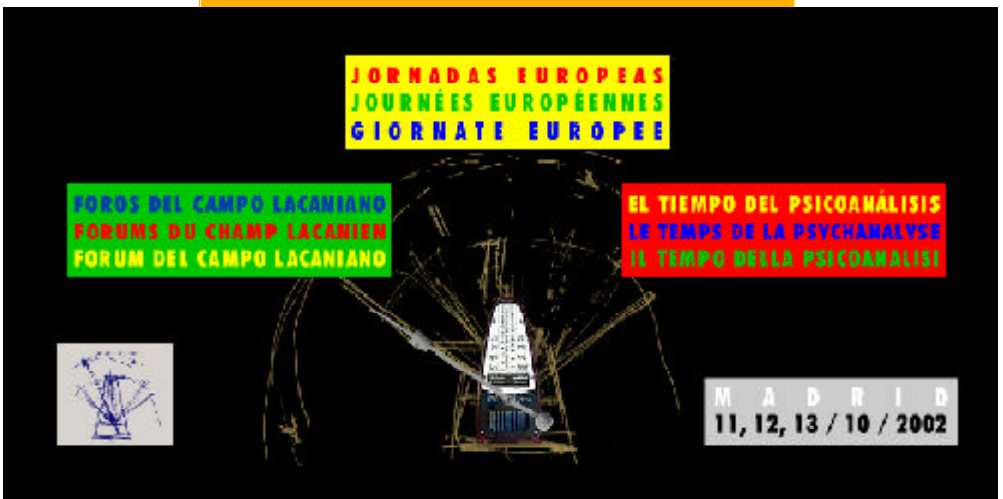


HETERIDAD

3

Revista de psicoanálisis



EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS

Internacional de Foros
Escuela de Psicoanálisis del Campo
Lacaniano

HETERIDAD

3

Revista de psicoanálisis

EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS

Internacional de **F**oros

Escuela de **P**sicoanálisis del **C**ampo **L**acaniano

HETERIDAD 3

Comisión editorial para este número,
por el Colegio de Representantes de la IF:

Fulvio Marone
Ramon Miralpeix
Marc Strauss

Carátula: Póster de las Jornadas europeas de la
Internacional de Foros: *"El tiempo del Psicoanálisis"*.
Madrid, Octubre de 2002.

EDITORIAL: HETERIDAD 3

RAMON MIRALPEIX

Psicoanálisis y heteridad... el primero no se conjuga sin el segundo.

Efectivamente, si el psicoanálisis no tiene sus pies, su corazón y su cabeza en lo otro, difícilmente se encontrará en continuidad consigo mismo.

Freud des-cubrió el espacio íntimo propio al sujeto humano, el inconsciente -hasta entonces espacio encerrado, deyectado por la creencia en una compacidad entre el ser y el saber sobre un Todo, que si era tachado lo era al precio de garantizar un Otro para la religión o para la ciencia- e inauguró la vía de tránsito a y desde este espacio, el psicoanálisis como método...

Desde Freud hasta nuestros días, el psicoanálisis ha respondido a lo otro: de hecho, ¿el síntoma no es presentado a menudo por el sujeto como algo que siente como extraño, no "homogeneo" a sí mismo?; y ha respondido también desde una posición "otra", es decir, a contracorriente de una "tradición" que sostenía al médico como garante del saber - recordemos "la primera inversión dialéctica", por la que invita al sujeto a responder por la relación que tiene con aquello de lo que se queja, posición que se opone a la de quien, presentándose inocente de lo que padece¹, entrega su responsabilidad al Otro.

Lacan, volviendo a Freud, insiste en esta posición "otra" como punto de partida ético: recordemos a título de ejemplo su crítica a las tentaciones "normalizadoras-adaptativas" de la ego-psychologie, su "Subversión del sujeto", su rechazo a una formación del analista "homologada" por un currículum y una

PRESENTACIÓN

adhesión acrítica a la que opuso, algo más tarde, su concepto de Escuela... La lista sería realmente muy larga.

Para muchos de nosotros, el rechazo a una nueva propuesta normativizante, a una nueva ortodoxia promovida desde un Uno, fue la razón de un despegue, la razón del emprender una aventura que se proponía tener de nuevo lo "otro" en sus pies, su corazón y su cabeza, la aventura de los Foros del Campo Lacaniano: el futuro juzgará si la corriente de "lo mismo" nos habrá arrastrado o si la "causa analítica" (lo que habremos sido capaces de transmitir y de producir como deseo de analista) y nuestro bien-hacer en la comunidad que constituimos nos habrán permitido seguir nadando contracorriente. Para velar por ello, apostamos por la Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano (EPCL) -que ya ha iniciado su andadura con el nombramiento de los primeros Analistas Miembros de la Escuela (AME), y la creación de los colegios internacionales de la Opción Epistémica (CIOE) y de la Garantía (CIG).

Cuando en Octubre de 2002 nos reunimos en Madrid para participar en las Jornadas Europeas de la IF que se celebraron bajo el título "El tiempo del psicoanálisis", el Colegio de Representantes ya había acordado que este número de Heteridad les tamaría prestados su título y algunas de las ponencias presentadas en la ocasión. Sus mesas ordenan el sumario en nuestro primer apartado: *La clínica del tiempo* (el tiempo del duelo y el tiempo en la psicosis), *El tiempo de la cura* (desde el instante de ver -tiempo de llamada al analista-hasta el momento de concluir -tiempo del final del análisis), *El tiempo de la sesión* (recordemos aquí de paso que uno de los motivos de su "excomuni3n" de la IPA -digo motivo, no causa-fue atentado de Lacan contra la ortodoxia de la técnica del psicoanálisis al romper con la sesi3n de duraci3n establecida),

y *El psicoanálisis en nuestro tiempo*, título que plantea una diferencia con el psicoanálisis en otro tiempo: por un lado, " *el sujeto moderno, ...¿es todavía analizable?*", y " *¿el psicoanalista de hoy es todavía capaz de alcanzar en su horizonte la subjetividad de su época?*"; y por otro lado ¿cómo pensar, colectivamente y ahora, un funcionamiento para un grupo que dificulte en la menor medida posible la transmisión del psicoanálisis?. En el segundo apartado, *Encuesta*, Marc Strauss nos señala cómo las respuestas -publicadas en los dos números anteriores- a la pregunta "¿Qué es ser lacaniano para un psicoanalista, hoy? ", forman un campo constituido por ausencias, por una falta, lo cual no deja de ser paradigmático de una posición que se distingue de la de un mundo que rechaza cualquier forma de falta y promete para cada una un objeto, un aparatito, una pastilla, una operación quirúrgica que la elimine, tapone o postergue. Le sigue " *Estudio*" con un trabajo de Colette Soler en el que, en continuidad con el tema central de este volumen, enfrenta el más de tiempo del psicoanálisis con el tiempo mercantilizado. El último apartado lo constituye una forma sencilla de hacer efectiva una red, una série heterogénea por su composición, procedencia, temática...: " *Recopilación*" de distintos trabajos aparecidos en las publicaciones locales que permite disponer de una muestra de lo particular que se trabaja en cada lugar. " *Estas voces múltiples responden sin formar un coro, no compartiendo más que su común polarización hacia la Heteridad*"²

NOTAS

¹ Nos referimos a la posición en la que Freud debe colocar a Dora para que ésta pueda empezar el análisis, y que invierte la posición del sujeto: de ser paciente por una razón ajena a él, a buscar en él la causa de lo que padece.

² Soler, Colette. *Heteridad 2*. Presentación

I.- EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS

1.- CLÍNICA DEL TIEMPO

EL DUELO

ALICIA WAINE

MADRID

El libro más querido, el que eligió Cesare Pavese tener consigo en el trágico momento de su suicidio, fue *Diálogos con Leucó*. Acababan de entregarle el premio Strega por *El hermoso verano*. No mucho tiempo antes, un amor, la actriz Constance Dowling lo había abandonado.

He querido transcribir unas pocas líneas de uno de sus diálogos: *El inconsolable*. Orfeo ha descendido al Hades para recobrar a su amada Eurídice. Pavese en este diálogo hace una lectura muy personal acerca de este descenso. Su interlocutora es Bacca que le dice: *"Pero bien, no obstante has llorado por montes y colinas. La buscaste y llamaste, y has bajado al Hades."* ¿Qué era eso?

Orfeo le responde: *"Tú dices que eres como un hombre. Has de saber pues, que un hombre no sabe qué hacer con la muerte. La Eurídice que lloré fue una estación de la vida. Allí abajo buscaba otra cosa, no su amor. Buscaba un pasado que Eurídice no sabe."*

El duelo, ¿es una estación de la vida?

Y bien debemos remitirnos para hablar sobre el duelo a ese artículo clave de Freud que es *Duelo y melancolía*. Si bien este artículo establece sobre todo un contrapunto entre el duelo en tanto es un proceso normal y la melancolía considerada esta última como una neurosis narcisista, no por eso deja de tomar en cuenta el aspecto temporal de un duelo. El duelo, en tanto

es considerado como la reacción a la pérdida de un objeto amado o de una abstracción equivalente: la patria, la libertad, un ideal, etc. El duelo en tanto es algo normal e imposible de eludir y que ocupa un tiempo necesario, obligatorio y doloroso hasta conseguir el desasimiento del objeto; la separación.

Para Freud es el mandato de la realidad el que pide romper las ligaduras con el objeto que, sin embargo, continúa por mucho tiempo su existencia psíquica produciendo displacer y aún más dolor.

Freud apunta que es naturalísimo que a la demanda de la realidad, la libido la objete y se oponga, puesto que el hombre no abandona gustoso las posiciones o enclaves de su libido, aun cuando les haya encontrado una sustitución. A esta realización tan paulatina y lenta del duelo, Freud no acierta a darle una explicación económica que lo satisfaga. No olvidemos que este es un artículo de la metapsicología. No logramos – dice – llegar a una comprensión económica del proceso. ¿Por qué desaparecen las manifestaciones “mórbidas”: inhibición, cese del interés por el mundo exterior, pérdida de la capacidad de amar, disminución de las funciones vitales luego de un cierto tiempo? La instancia de la muerte se abate sobre el yo de una manera muy diferente a lo que sucede con la melancolía, aún cuando también, pasado un lapso de tiempo, las manifestaciones mórbidas parecen desaparecer.

También en *Análisis finito e infinito* Freud plantea que este campo de la investigación, el cuantitativo, se nos revela asombrosamente extraño e insuficientemente explorado. Freud opone aquí a aquellos sujetos con una especial adhesividad o viscosidad de la libido, que se fija a sus objetos y es leal a sus catexias, con la consiguiente dificultad para transferirla a otro objeto, a aquellos sujetos en los que la libido es particularmente movilizable, versátil incluso: va de objeto en objeto invistiendo con facilidad nuevas catexias, pero de manera tal, que con relación al tratamiento analítico se tiene la impresión de haber escrito sobre el agua.

Es más preciso considerar la temporalidad del duelo sin dejarnos despistar por el factor cuantitativo, que, en suma, concierne a la peculiaridad subjetiva de cada cual.

Hay quienes ponen fecha de término a un duelo: de seis a dieciocho meses, máximo dos años. Radicalizando un poco sería como tratar de poner fecha de término a un análisis, y no considerar la singularidad de cada sujeto. Sería adjudicarle al trabajo del duelo la posibilidad de un casi olvido del objeto perdido amado, a través de la total sustituibilidad por otro, que se ejercería a partir del agotamiento de sus trazas mnémicas y a través de las situaciones que nos lo hacen recordar, anhelar, por la participación que tuvo este objeto en éstas. Rincones, palabras, silencios, todo lo que confluye a lo inolvidable del objeto perdido.

Michael Turnheim, al que fui guiada por un artículo de Victoria Torres (Ética-hétero) plantea que Freud en *Duelo y Melancolía* tiene una teoría sobre el duelo que comporta un ideal de olvido y exige una sustitución sin resto del objeto perdido. No me pronunciaría en cuanto a esto tan taxativa. Recordemos que Freud habla del disgusto a la renuncia de este objeto al que aún esta adherida la libido, aún cuando se le haya encontrado una sustitución. Eso indica ya que la sustitución no es completa, es decir que siempre queda un resto, un insustituible que no se abandona, que el inconsciente no puede reabsorber con sus equivalencias o sustituciones simbólicas. Resta siempre un real y también un imaginario inextinguibles que hace que cada amor sea único e inolvidable.

Turnheim, menciona un hecho que cree desmiente la tesis de *Duelo y melancolía*. En efecto había anteriormente pensado en tratarlo en este trabajo. Freud, en 1920, pierde súbitamente a Sophie, "*su pobre niña mimada de la fortuna*". Peter Gay, en su biografía sobre Freud nos comenta que éste se reprochaba de alguna manera no haberla llorado apropiadamente por estar felizmente abocado en su trabajo. Pero, con el tiempo, la lloró como correspondía. Podríamos suponer que en donde

se manifestó dramáticamente este duelo fue con la desaparición de su amado nieto Heinele, hijo menor de Sophie. Con apenas cuatro años y medio la muerte de este nieto tan inmensamente querido dejó a Freud en estado de desconuelo. Varios años después responde a una carta de Binswanger en la que éste le comunica que acaba de perder a su hijo de ocho años. Allí le vinieron a la memoria a Freud todas sus muertes, en especial la de Sophie, que en su momento sobrellevó notablemente bien. Sin embargo, la muerte de Heinele, cito *"le había hecho perder su equilibrio. Para él Heinele había representado a todos sus hijos y a los otros nietos. No encontraba placer en la vida". "Estoy aceptando esta muerte muy mal, escribía, creo que nunca he experimentado algo más duro. Fundamentalmente todo ha perdido su valor."*

En otra carta a Binswanger, en 1929, le escribe: "Se sabe que el duelo agudo terminará tras una pérdida, pero se permanecerá desconsolado, no se encontrará nunca un reemplazo. Todo lo que viene a ese lugar, incluso si colmara ese lugar completamente acaba sin embargo siendo otra cosa. Y, en el fondo, está bien así. Es la única manera de proseguir el amor que no se quiere abandonar."

Recordemos a Hamlet que deplora los ritos tan fugaces y clandestinos del duelo por su padre. Eso es determinante en la tragedia del deseo que constituye esta obra shakesperiana. Hamlet se lamenta: la comida de los funerales sirve al día siguiente como fiambres de la boda. Nada de duelo en Gertrudis, lo que deja a Hamlet asolado, en el más completo extravío de su deseo.

Hoy en día, la psiquiatría, a través de los psicofármacos, fundamentalmente la enorme cantidad de antidepresivos que invade el mercado, pretende y también aspira a taponar, obturar y anular el necesario trabajo de duelo y con ello la dimensión ética que el duelo necesariamente conlleva, es decir, un tiempo necesario e ineludible.

Lacan habla del duelo como de un afecto que tiene que ver con la privación, un agujero en lo real que requiere la movilización masiva de todo el dispositivo simbólico y ese rito demanda un tiempo imposible de determinar a priori. La psiquiatría no sabe ni quiere saber nada de duelo ni de particularidades subjetivas que son las que marcan el paso de la particularidad de un duelo. Se impone el fármaco que prescribe cronometrar la tarea exigible del duelo y que se acalle ese necesario dolor puesto que nuestra época y su funcionalidad lo quieren así. Es también lo intolerable de la angustia que produce ese lacerante dolor lo que conduce a que se lo intente aniquilar a través de los antidepresivos

También debemos hablar de ética si nos tenemos que referir a lo que se juega y obliga para los miles de "desaparecidos" en las dictaduras políticas, a los que se les niega los ritos que cumplen con la memoria del muerto. Constituyen las perplejidades de nuestro tiempo. Los "desaparecidos", insepultos, anónimos, enterrados a veces en una fosa común. Los "desaparecidos", que desvelan desde años o décadas esencialmente a las madres que reclaman esos cuerpos o un paradero que marque el término de una búsqueda que aún sabiéndose infructuosa, tiene el gran mérito de haber impedido el olvido de esos asesinatos ignominiosos y la consiguiente negativa a darles un estatuto humano a esos *desaparecidos*. Se clama para el castigo de los culpables, de su impunidad, pero también para darles una debida sepultura a los muertos y poder por fin hacer el duelo.

Lacan dice en *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis* que el primer símbolo en que reconocemos la humanidad en sus vestigios es la sepultura, y el expediente de la muerte se reconoce en toda relación donde el hombre viene a la vida de su historia.

Si regresamos al dominio del psicoanálisis, sabemos que su final consiste en un duelo, en la separación con el objeto libidinal en el que se constituyó el analista durante un muy largo período de tiempo. El análisis transcurre entre la alineación significativa concerniente al SSS y la separación que corresponde a la vertiente objeto. Esa separación que es el correlato de un proceso de duelo por el objeto perdido ocupa un período de tiempo muy difícil de determinar puesto que depende de la subjetividad de cada cual. Pero esto ameritaría un trabajo aparte. Creo que, sin duda, es algo de lo que se hablará a lo largo de estas jornadas.

Finalmente quiero terminar agregando algo (si bien no tiene que ver directamente con el tiempo) que Lacan señala y que Freud no abordó. Lacan dice que no estamos en duelo sino por alguien de quien podíamos decir que éramos su falta, estábamos en el lugar de su falta, y eso se traduce también en que precisamente por eso éramos valiosos e indispensables para él. Ante esto, no hay nada significativo que pueda colmar ese agujero en lo real. Cito a Lacan en el Seminario *El deseo y su interpretación*: *"El trabajo del duelo consiste en dar una satisfacción por ese desorden para hacer frente al agujero que se abre en la existencia, y así, es el sistema significativo en su conjunto lo que el menor de los duelos pone a prueba."* Adjuntemos entonces con Freud que en el inconsciente no hay inscripción de la muerte. Ese real no colmable permanecerá imperecedero, al menos hasta nuestra muerte, en suma, nuestra propia finitud.

EL TIEMPO EN LA PSICOSIS

CARMEN LAFUENTE

BARCELONA

El tiempo en nuestra contemporaneidad

La época en que vivimos está marcada por el apresuramiento y la falta de tiempo. *"No tengo tiempo para nada"* es una queja habitual de los sujetos inmersos en la lógica del sistema. Nuestra civilización empuja a una vorágine y una hiperproducción que produce sujetos que añoran poder disponer de más tiempo libre. El tiempo se ha convertido en un objeto de consumo más y la técnica promete aparatos que nos proporcionarán más tiempo: coches más rápidos, electrodomésticos más efectivos. La civilización de este principio de siglo sueña con eliminar la espera. Internet, con sus chats, la bolsa on line, las compras on line para la satisfacción inmediata del usuario son una buena prueba de ello.

Frente a esta tendencia, el psicoanálisis con su prolongado tiempo de duración se presenta como una propuesta alternativa. Es frecuente en nuestras consultas que el sujeto que acude por primera vez nos pregunte por la duración del tratamiento, y que confiese que esta cuestión puede hacerle desistir de proseguir un tratamiento psicoanalítico. Frente a otras propuestas terapéuticas que aseguran el alivio instantáneo del malestar e incluso prometen la felicidad inmediata, el psicoanálisis no puede competir porque está absolutamente en otro registro. Como dice Pereña, el cambio tecnológico ha impuesto una rapidez tal al cambio externo que el sujeto ha sido expropiado del tiempo de su experiencia. El psicoanálisis, como síntoma él mismo no es contemporáneo, es extemporáneo, o intempestivo y se toma el tiempo de la experiencia, a lo que el sujeto debe consentir.

La problemática de la duración de la experiencia psicoanalítica no es una cuestión actual. Los intentos de acortar la duración del proceso no han dado muy buenos resultados. Recordemos las iniciativas de Ferenczi o incluso del mismo Freud con el *Hombre de los Lobos*. Tampoco es una cuestión nueva las controvertidas sesiones breves de Lacan que no dejan de ser una forma de abreviar el tiempo del psicoanálisis más coherente y efectiva que las otras porque adopta la modalidad del tiempo que le es propia al inconsciente.

El tiempo para el psicoanálisis. Tiempo freudiano, tiempo lacaniano.

Sabemos que Freud desde el principio de su enseñanza sitúa al sistema inconsciente fuera del tiempo. En *Psicopatología de la vida cotidiana* de 1907 afirma que el inconsciente está fuera del tiempo, utilizando para ello el término *zeitlos* que emplea repetidamente cuando se ha de referir a esta característica del inconsciente. En su artículo *El Inconsciente* de 1915 define el fuera del tiempo, *zeitlos*, del proceso inconsciente mediante tres características: Su falta de ordenamiento temporal, su falta de modificación como consecuencia del paso del tiempo, y su falta de relación con el tiempo. En *Más allá del principio del placer* de 1920 dirá que el conocimiento psicoanalítico acerca del tiempo permite poner en duda la afirmación kantiana de que el tiempo y el espacio son dos formas necesarias de nuestro pensamiento. En las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* de 1932 donde de nuevo presenta al inconsciente, esta vez bajo la nueva apelación de *Es* señala que la representación abstracta del tiempo deriva totalmente del método de trabajo del sistema P-Cs y que está prácticamente fuera de duda el hecho de que la manera de trabajar de este sistema está en el origen de la representación del tiempo

¿Qué significa esta afirmación freudiana? En primer lugar que el tiempo del inconsciente no es un tiempo lineal, que supone una discontinuidad. Los sueños, los lapsus, las formaciones del inconsciente se presentan como una irrupción, con el efecto

de una discontinuidad temporal. En segundo lugar, significa que una representación inconsciente no sigue las leyes cronológicas del tiempo, sino las leyes simbólicas. El tiempo que vive el sujeto está marcado por el tiempo del lenguaje, y constituye un tiempo lógico propio del inconsciente y de sus formaciones. El funcionamiento del inconsciente se basa no solo en las leyes de la repetición sino especialmente en las leyes de lo simbólico, del significante, de la metonimia y de la metáfora. Allí donde estaba el significante de un goce primordial vendrán los significantes que son el producto del trabajo analítico. El tiempo de un análisis está marcado por la permutación significativa y la reorganización de esos significantes para el sujeto.

Lacan se ha interesado sobremanera por el tema del tiempo desde una perspectiva lógica. En su enseñanza encontramos en primer lugar el sofisma *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*, más adelante sus fórmulas en la lógica de la alienación y de la separación y por último la topología que trabaja en el Seminario *La topología y el tiempo*. Se detiene especialmente por el aspecto subjetivo de la temporalidad que es indisociable de los efectos de la temporalidad propios de la incidencia de la cadena significativa. La cadena significativa es portadora de unos efectos que la trascienden, y que ella misma determina. Estos efectos condicionan la modulación temporal de cada sujeto. Así en el Seminario sobre Hamlet, encontramos: *"El tiempo solo puede distinguirse en el acto de la palabra. El presente no es más que el momento en que hablo. Resulta estrictamente imposible concebir una temporalidad en una dimensión animal, en la dimensión de los apetitos. El ABC de la temporalidad reclama la estructura del lenguaje."*

Como psicoanalistas nos interesamos especialmente en cómo se ordena el tiempo en *la lengua* de cada sujeto particular, lo que nos permite conocer los efectos de la estructura. Toda dirección de la cura supone también una determinada concepción del tiempo que determinará la duración del

proceso, de las sesiones, del manejo de la transferencia... Tener en cuenta que la cadena significativa engendra una temporalidad que tiene sus consecuencias. La conceptualización del proceso analítico como una vuelta hasta el tiempo del trauma para que el paciente pueda reandar el camino implica una concepción del tiempo como reversible. Esa *regresión* supone pasar por los significantes de la alienación para que se pueda producir la operación de separación. Este proceso implica no solo una rememoración sino una caída de los significantes como para poder cambiar la relación al goce que éstos determinaban.

Cada estructura clínica presenta una modalidad temporal típica que viene a marcar la estructura general del tiempo de la cadena. Así encontramos en la neurosis obsesiva la protección frente a un posible encuentro con lo real y una preocupación por el más allá y la muerte. Freud en el *Hombre de las Ratas* señala que estos pacientes tienden a evitar la certeza y a mantenerse en la duda, y que en algunos de ellos esta tendencia se pone de manifiesto en la aversión a los relojes, que aseguran la precisión del tiempo. El obsesivo, detenido en la duda, para hacer imposible el encuentro con lo real que le acosa. La histeria, ocupada en hacer desear, se coloca en la anticipación de un encuentro. Ya sea que se sustraiga a ser el objeto de goce del otro, o que rehúse el saber que pedía con todas sus fuerzas, se sitúa en la suspensión, en el "aún no" con el que trata de hacer desear al otro. Ambos consiguen no poder desear, encontrarse sitiados con la diacronía, en expresión de V. Mira.

En la psicosis vemos con gran frecuencia alteraciones de la vivencia intuitiva del tiempo. No es de extrañar, ya que el significativo en lo real, deshace la temporalidad retroactiva de la cadena significativa que produce el ordenamiento del tiempo mediante el *après-coup* de la significación. Es por ello que en todas las modalidades clínicas de la psicosis aparecen alteraciones temporales que han sido objeto de interés de los

fenomenólogos. Así la vivencia de la eternidad melancólica, o el tiempo infinito de la parafrenia, se oponen a la inmediatez de la manía y a su falta de ordenamiento cronológico; la fragmentación indefinida del tiempo esquizofrénico contrasta con el tiempo indefinidamente asintótico de la paranoia. Todas ellas sorprenden al clínico que las escucha y dan cuenta de las consecuencias del rechazo de la significación que cierra el transcurrir indefinido de la cadena significativa.

Todas las formas clínicas evocadas son una manifestación de la relación del sujeto con lo real, de una respuesta al trauma freudiano, al encuentro primero con el goce. Así la nostalgia del obsesivo, da cuenta de ese demasiado placer que experimentó en su primer encuentro, mientras que la indeterminación histérica tiene que ver con esa falta de placer primero que Freud sitúa en el origen de sus síntomas

Además de manifestarse de forma particular a cada forma clínica, la realidad del tiempo se vive de manera diferente no solo en cada sujeto, sino también en diferentes momentos de la vida de un individuo. Así el tiempo pasa muy lentamente en la vejez, mientras que los adolescentes parecen no tener tiempo para nada. El tiempo es lento cuando se sufre y corre cuando se disfruta. Este a priori que organiza nuestra percepción, nuestra subjetividad, está determinado por las leyes simbólicas de nuestro aparato psíquico, nuestros recuerdos, nuestros sueños, nuestras experiencias.

El psicoanálisis puede mostrar las distintas formas de quedar atrapados en el tiempo propias a cada sujeto neurótico o psicótico y la forma de liberarse de algunas de ellas cuando el sujeto deja de estar suspendido del tiempo del Otro y acepta la hora de su deseo.

El tiempo en la psicosis

En la psicosis la falta del significante del Nombre del Padre, el que opera como punto de capitonado para producir la significación, produce entre otras, alteraciones sobre el tiempo de la cadena. La Verwerfung, dice Lacan en el *Seminario 5*, hará que la ida y vuelta del mensaje al código y del código al mensaje resulten destruidos e imposibles. Lacan en el capítulo *Vengo del fiambrero* del *Seminario 3* pone el ejemplo de la alucinación *Marrana* para explicar que en el caso está *"concernida la temporalidad ya que no se sabe quién habló primero. Todas las apariencias indican que no es nuestra paciente, al menos forzosamente. Nunca sabremos nada sobre este punto, porque no vamos a cronometrar palabras desreales, pero si el desarrollo que acabo de hacer es correcto, si la respuesta es la alocución, vale decir lo que verdaderamente dice la paciente, el Vengo del fiambrero presupone la respuesta Marrana"*. En ese ejemplo se pone claramente de manifiesto que en el fenómeno elemental, la forma como se aprehende el tiempo se plantea de manera específica a la estructura psicótica, y que el tiempo está fuera de discurso, al igual que lo está el fenómeno elemental.

En el mismo Seminario Lacan retoma el ejemplo de la alucinación del Hombre de Los Lobos para explicar la particularidad del mecanismo de la Verwerfung: *"La escena es la siguiente. Jugando con su cuchillo, se había cortado el dedo que solo se sostenía por un pedacito de piel. El sujeto relata este episodio en un estilo que está calcado sobre lo vivido. Parece que toda localización temporal hubiese desaparecido. Luego se sentó en un banco, junto a su nodriza, quien es precisamente la confidente de sus primeras experiencias, y no se atrevió a decírselo. Cuán significativa es esta suspensión de toda posibilidad de hablar: y justamente a la persona a la que le contaba todo, y especialmente cosas de este orden. Hay aquí*

un abismo, una picada temporal, un corte de la experiencia, después de la cual resulta que no tiene nada, todo terminó, no hablemos más de ello."

PAMELA, FUERA DEL TIEMPO

Pamela vino a España desde la Argentina de donde son naturales sus padres, cuando tenía 10 meses de edad. Es la hija mayor de un joven matrimonio que tuvo que emigrar debido a la situación política de su país. El padre, de origen ruso, se adaptó bien a España, entre otras cosas, porque aquí estaba el resto de su familia. La madre, de origen italiano, nunca se ha adaptado del todo, y en la actualidad después de muchos años de vivir en España sigue recordando con nostalgia su país de origen. El embarazo de su hija Pamela fue muy difícil para ella debido a la situación política argentina y además porque los últimos meses tuvo que guardar cama. La madre comenta que en esa época se encontraba muy mal.

La relación con su hija fue siempre especial. Recuerda que siendo recién nacida no podía estar sola en la nursery porque lloraba todo el tiempo y solo se calmaba estando con ella en la habitación. Cuando llegaron a Catalunya la madre estaba muy triste y se volcó en su hija que se convirtió - según sus propias palabras - en la razón de su vida.

Antecedentes

Cuando Pamela tenía tres años la madre quedó de nuevo embarazada, esta vez de dos gemelas. El embarazo se malogró porque las niñas nacieron prematuras y murieron a los pocos días. Como los padres no tenían dinero las enterraron en una fosa común y la madre se deprimió mucho. Le han contado que una noche ella fue a los pies de la cama de la madre y depositó allí tres muñequitos.

Pamela recuerda que a los 5 años estaba muy mal. La habían cambiado de colegio porque su madre pensaba que allí

trataban mal a los niños y en el nuevo se hablaba en catalán y ella no entendía nada. Además había nacido su hermana menor. En esa época tuvo sus primeras "sensaciones", y empezó a jugar con dos personajes. A los 10 años, Pamela tenía tantas "sensaciones" que decidió empezar a escribir un diario para desahogarse. Su abuelo paterno es poeta.

Desencadenamiento:

Acude a mi consulta en pleno desencadenamiento psicótico. Todo empezó unos meses atrás cuando un chico de la clase empezó a cortejarla y ella lo rechazó. Desde entonces piensa que sus compañeros de clase saben todo lo que ella hace. Cree que un vecino de su escalera la filma para luego mostrárselo a sus compañeros. Cuando llega a clase la imitan, se ríen de ella y de su familia, especialmente de su padre al que imitan cantando La Internacional. Le tienen manía, quizás porque la consideran engreída y le hacen comentarios que para ella tienen un contenido sexual. Lo peor de todo le ocurre cuando defeca, pues entonces su vecino grita por el patio de luces y el sonido de la cadena del váter la aterroriza. Pamela, a diferencia de Schreber, no se apacigua al defecar, no se reunifica su ser. Como comenta Lacan, en Schreber el objeto reunifica lo que el significante pulveriza en el infinito del delirio. No ocurre lo mismo en este caso en el que la defecación no constituye una pausa en su combate con el otro. Además no puede controlar sus ventosidades, fenómeno de desgarramiento subjetivo que le sorprende ya esté sola o en presencia de alguien debido a lo cual todos se dan cuenta de lo que le pasa.

Cuenta que en una ocasión ella y su madre se pusieron a su vez a contestar al vecino gimiendo por el hueco de la escalera, escena impresionante en la que se recurre al aullido, al grito primario para intentar detener al otro. A diferencia de Schreber, en este caso el aullido es intencional.

Inicio de la cura: las sensaciones y las canciones

Pamela tiene que dejar el colegio y acepta tomar una medicación que apacigua la eclosión delirante inicial. Persisten, aunque más amortiguadas sus vivencias persecutorias con relación a sus compañeros de clase de las que habla en su cura. Pero una vez moderada la angustia inicial, el trabajo de la cura se centra fundamentalmente en las "sensaciones" y las canciones.

Las "sensaciones", que tiene desde los cinco años, son unas visiones que se le imponen en cualquier momento, flashes de colores, escenarios vacíos, paisajes desiertos, fuera del tiempo y de cualquier geografía identificable para ella. Les llama sensaciones porque le producen sensaciones que ella califica de agradables (aunque en ocasiones también están acompañadas de una fuerte angustia.) Pamela, extraña en todas partes desde su infancia, refleja en sus sensaciones su "no-estar" en el mundo, su falta de anclaje en la realidad, una realidad vacía de toda significación.

No sabe si son recuerdos o premoniciones porque para ella no existe el tiempo, carente como está de la pulsación inconsciente. Se pregunta insistentemente qué son, por qué le ocurren a ella y trata de entenderlas, pero nada le convence y no cesa en su intento de darles una explicación lo cual constituye para ella una de las principales motivaciones de su trabajo en la cura, llegar a saber el significado de todo lo que le está sucediendo.

Las canciones de música pop tienen una significación especial para ella, significación plena producida intencionalmente para ella. Le advierten de un peligro, y hablan de algo que ocurrió ¿en el pasado o que ocurrirá en el futuro? algo sucio, un abuso sexual o algo terrible, un asesinato. Las canciones que más le impresionan son: "*Boom-crash-bang*", "*Fading like a*

flower" que en cierto modo describen su estado actual. Por otra parte los estribillos de las canciones se repiten en su pensamiento de forma insistente, fragmentados y sin sentido. Es el significante designificantizado. Siguiendo a Lacan reconocemos aquí la naturaleza de los fenómenos llamados intuitivos en donde el grado de certeza toma un peso proporcional al vacío enigmático que se presenta en primer lugar en el lugar de la significación.

Sus cantantes favoritas, son mujeres frías, rubias, con las que tiene fantasías eróticas en las que imagina que la humillan, la golpean, la violan. Este escenario de goce toma elementos de la constelación edípica de Pamela, del padre humillado, de la pareja parental, en la que el padre no cuenta para nada, y al que ella apenas soporta. Padre ridículo, aislado de las mujeres de su familia y de quien Pamela no acepta el menor contacto físico, relacionando el desprecio hacia su padre con la idea de haber sufrido un posible abuso en su infancia.

SEGUNDA ETAPA DE LA CURA: LA RESTITUCIÓN POR LA ESCRITURA

Los diarios:

Pamela empezó a escribir sus diarios a los 10 años, porque tenía muchas sensaciones y con la escritura se apaciguaba y trataba de comprender lo que le ocurría. A los 13 años interrumpió la escritura de sus diarios tras la muerte de su abuela, y los reanudó a los 16, en la época de su desencadenamiento. Me trae algunos de los que escribe durante la cura, escritos con frases muy troceadas, intercalando en ellas estribillos de canciones en inglés. Hay descripciones de sus sensaciones, los colores, el vacío que hay en sus visiones del mundo y dos ideas: la primera es que hay algo que descubrir, que averiguar, algo que ocurrió ¿en el pasado o en el futuro? en lo cual ella estuvo muy comprometida y la segunda idea que subyace en sus relatos es que alguien la observa, la busca, la espera en algún lugar, fuera del tiempo.

La novela:

Un noche se levanta de la cama y ve en el espejo su propia mirada reflejada en él, mirada que aunque es la suya, es la de un hombre que le reprocha algo. La conclusión que se le impone es la siguiente: *“soy mala, puedo ser una asesina. A veces me miro en el espejo y pienso que he cometido el crimen perfecto”*. Tras esa revelación empieza a hablar de la muerte de sus hermanas gemelas cuando ella tenía tres años y medio. Le ha contado su madre que cuando aún no sabía que estaba embarazada, le sorprendía sin embargo que Pamela estuviera tan triste, de lo cual dedujo que la niña ya sabía, antes que ella misma, de su embarazo, mediante esa comunicación inefable entre madre e hija que se producía durante los primeros años de la existencia de la niña, coincidiendo especialmente con las depresiones maternas. Las niñas, dos gemelas, nacieron prematuras y no sobrevivieron. Fueron enterradas en una fosa común, sin nombre, sin inscripción alguna. Tras ese desgraciado acontecimiento, la madre se deprimió y se culpabilizó mucho. Pamela recuerda que un año después, aparecieron sus sensaciones en forma tan masiva que su vida era una perpetua angustia. Sitúa también en esa época sus conversaciones, juegos dice, con sus personajes. Y creo que se puede situar también en esa época su idea delirante de culpa con relación a sus hermanas gemelas, que expresa la frase: *“soy una asesina”* y que en ocasiones revierte especularmente en el otro, que es el asesino y la persigue para matarla. Asume de forma absoluta la culpa materna sin que haya mediación posible entre ellas.

Un trabajo de separación con su madre se inicia en esta época de la cura. Pamela empieza a escribir su propio relato acerca de la muerte de las gemelas. Inicia una novela que se titula *Dos hermanas*. La escribe durante un tiempo, con gran esfuerzo porque le cuesta mucho concentrarse, y lo único que me cuenta

es que se trata de la vida cotidiana de dos hermanas, pero se niega a darme más datos. Durante esta época Pamela se compra una novela titulada *Las gemelas que no hablaban* de Marjorie Wallace, tema que ocupa un tiempo de su análisis. Es la historia real de dos hermanas gemelas psicóticas, que hablaban en un jerga incomprensible, que los especialistas americanos trataban de descifrar. Tras intentar matarse la una a la otra e incendiar su casa tuvieron que ser hospitalizadas en un centro psiquiátrico. Una de ellas murió de un problema cardíaco y la otra tras pasar largos años internada, fue dada de alta.

En el caso de Pamela se puede decir que esas gemelas que nunca hablaron, en realidad no cesan de hablar en su cabeza, en una cacofonía de voces cruzadas, sin sentido. Su novela es un intento de poner letra, de dar significación a esos fenómenos que martillean su mente.

De este trabajo retrospectivo de Pamela dan cuenta además de su trabajo escrito, muchos sueños durante esa época, de un asesino que la persigue, y especialmente de su mirada. En esos sueños ella sabe quien es el asesino, pero no quiere enfrentarse a ello. Una canción la angustia mucho, *The tunnel of love*, ya que se ve entrando en un túnel que la lleva al pasado y no sabe con qué se encontrará a la salida. En algunas de sus sensaciones de esa época aparece un extraño olor, olor a muerto dirá, muerto en descomposición. Durante ese período de la cura, aproximadamente el segundo año de su llegada, Pamela está muy mal. Encerrada en su casa, pegada a su madre, sin la cual no se atreve a salir a la calle y con la que mantiene una gran simbiosis. Prácticamente no come porque todo le produce repugnancia y apenas duerme porque tiene miedo a soñar. No deja sin embargo de acudir a sus sesiones y acepta a pesar de sus muchas dificultades asistir a un Centro de Día para pacientes psicóticos. Pero su trabajo de restitución mediante la escritura de esa novela consigue una mediación que la va separando de su madre. Poco a poco inicia algunos

cursos de formación: fisioterapeuta, claramente con relación a la enfermedad de columna de su madre, cursos de canto y baile en los cuales imagina que se viste y se maquilla como sus ídolos femeninos de la canción moderna y que aunque no concluye, representan un inicio de apertura.

Tercera época: Los personajes.

Esta etapa de la cura se centró fundamentalmente en sus personajes, con los que mantiene conversaciones interminables, sin duda alguna alucinatorias, siempre en inglés. Los define como seres superinteligentes que hacen cosas que no son normales. Son tres, el chico bueno, la chica mala y el hombre malo. El chico bueno es el personaje principal, es su doble, su gemelo, aunque más adelante adoptará otras características. Se llama Johnnie y Pamela describe detalladamente su carácter, su aspecto físico, su indumentaria y le confiere una existencia real. Son hermanos y también amantes y en ocasiones lo ha visto con un niño pequeño, probablemente su hijo. Se puede pues concluir que ella tiene a su gemelo dentro, en su interior, un doble de ella misma. Este personaje más adelante cambiará su estatuto, dejará de ser su doble para ser un chico con dos personalidades y dos fisonomías muy diferentes.

Está también la chica, Mary, rubia y fría como las mujeres de sus fantasías eróticas que les obliga a hacer cosas horribles. Mary se desdobra a su vez y puede ser dulce y melancólica.

Hay un tercer personaje, de características menos definidas al que describe como un hombre malo, peor incluso que Mary.

Ella no duda de la existencia de esos personajes y sabe con certeza que los encontrará algún día, particularmente a Johnnie y entonces sabrá la verdad de todo lo que a ella le ocurre. Los diálogos con sus personajes la ocupan todo el día, es un diálogo cruzado entre ellos, intercalado con visiones en las

que aparecen con claridad sus fisonomías. Según sus propias palabras, son frases interrumpidas que empiezan con sentido y acaban sin él, siempre en inglés. A veces oye palabras raras, inventadas. También le dicen lo que tiene que hacer.

Como en el caso Pessoa que estudia Colette Soler, Pamela es la paciente de un fraccionamiento desencadenado, de una pluralización de su yo en estos personajes que tienen una existencia propia, pero que a la vez viven en su interior y son parte de ella misma y testimonio de la fragmentación y proliferación de lo imaginario desde su infancia y de la dificultad de vivir que este sentimiento de invasión le produce.

CONCLUSIÓN

En la actualidad, Pamela asiste a un Centro de Formación para psicóticos jóvenes donde realizan actividades diversas, enfocadas a una futura reinserción laboral (que ella cree poco factible). Sigue escribiendo su diario, y asiste a un taller de escritura y estudia idiomas. Clínicamente está mejor, es decir, apenas tiene sensaciones, no se siente perseguida, duerme y come sin problemas. La principal evolución de Pamela se ha producido con relación a sus ideas de culpabilidad y de persecución que el trabajo del análisis ha permitido. Ella no se siente culpable, aunque es vulnerable-son sus palabras-y teme que cualquier acontecimiento de al traste con su estabilidad actual. En sus sesiones, el trabajo insistente para tratar de dar un sentido a lo que le ocurría, ha cesado. Ya no se pregunta respecto a ese acontecimiento fuera del tiempo que le ocurrió y que sería la clave de sus "sensaciones" y de sus "personajes". Aunque sigue hablando con sus personajes, en la actualidad esta actividad no constituye un tema central de sus sesiones. Está prácticamente asintomática, no tiene angustia y el intenso sufrimiento que padecía ha cedido. Sigue viniendo semanalmente a dar cuenta escuetamente de su vida, su

actividad actual, sus amigos y mantengo por el momento estos encuentros regulares.

En interés en presentar a esta paciente en estas Jornadas sobre el tiempo deriva fundamentalmente de su dificultades en situarse en una cronología mínimamente ordenada. Apenas hay en sus relatos elementos biográficos, que la podrían ayudar a posicionarse mejor. Seguramente ha contribuido a ello el exilio, pero ella no ha podido elaborar una biografía o una genealogía durante la cura (un poco sus personajes- hermanos constituyen una tentativa). El análisis que hizo de la muerte de sus hermanas, y la escritura de la novela (que nunca ha querido mostrarme) marcó un punto de capitonado, historizó un poco su vida, introduciendo un ordenamiento simbólico, una escansión en el tiempo que vivía sin principio ni final. La paciente es un buen ejemplo del sufrimiento que produce en la psicosis el estar fuera del tiempo, fuera del discurso.

BIBLIOGRAFÍA

Preludios a la Jornada sobre el tiempo del psicoanálisis. Octubre 2002. Internacional de los Foros del Campo Lacaniano

Bassols, M.: *Percepció i realitat del temps a finals del segle XX. L' Interrogant? Revista de la Fundació Nou Barris*

Lacan,J.: *Seminario sobre Hamlet.* 8-IV-59. Freudiana 7.

Lacan,J.: *Seminario V. Las formaciones del inconsciente.* pág. 158

Lavan,J.: *Seminario III. Las psicosis.* pag. 25, 81

Kamienny-Boczkowski, D.: *Le hors temps de la psychose. La lettre mensuelle* 121

I.- EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS

2.- EL TIEMPO DE LA CURA

FENÓMENOS FUERA DEL TIEMPO. TIEMPOS ALTERADOS

SUSANA DÍAZ

BUENOS AIRES

La noche nos impone su tarea mágica. Destejer el universo, las ramificaciones infinitas de efectos y de causas, que se pierden en ese vértigo sin fondo, el tiempo.

La noche quiere que esta noche olvides tu nombre, tus mayores y su sangre, cada palabra humana y cada lágrima, lo que pudo enseñarte la vigilia, el ilusorio punto de los geómetras, la línea, el plano, el cubo, la pirámide, el cilindro, la esfera, el mar, las olas, tu mejilla en la almohada, la frescura de la sábana nueva, los jardines, los imperios, los Césares y Shakespeare y lo que es más difícil, lo que amas.

Curiosamente, una pastilla puede borrar el cosmos y erigir el caos.

J.L. Borges (El sueño, en O.C., Ed. Emece.)

Freud afirma que "... el pretérito, el presente y el futuro aparecen como engarzados en el hilo del deseo, que pasa a través de ellos."¹ Esta ponencia pretende reflexionar acerca de la ruptura de la temporalidad que teje ese hilo y su operatividad en la cura misma.

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA CURA

El *tempo* del inconsciente bate al arrullo del fantasma, del mismo modo que el segundero del reloj; así, el plazo de la elaboración significativa está regulado por un ritmo monótono que induce el dormir. Sin embargo, la medida del decir, alberga instantes que apuntan al despertar. Entre ellos, el síntoma –esa brújula- en ocasiones irrumpe de forma ominosa en el confort adormilado de la vida cotidiana, cuestiona la homeostasis y sus efectos de malestar hacen temblar la casa donde el sujeto se resguarda.

Si bien el procedimiento del inconsciente es diverso del tiempo lineal, su ciencia no se priva de intentar pensar la temporalidad, desde el sesgo que resulta de la insistencia del retorno de lo reprimido; tiempo retroactivo en el que el presente marca el pasado e incide en el porvenir.

El transcurso de la cura se ve afectado por fenómenos que golpean desde fuera del tiempo de la historización: la angustia, lo siniestro, y ciertas intervenciones del analista que inducen experiencias de destitución subjetiva, parecen modular otros instantes. Instantes de ruptura que, por un brevísimo lapso, introducen un quiebre en la temporalidad. Ráfaga en la cual se vislumbra el heteromorfismo de la causa. Se presentan como elementos hipernítidos en el sueño, *dejá raconté*, *deja vu*, alucinaciones visuales o auditivas, despersonalización, sueño de angustia, o bien como efectos del acto analítico.

De otro orden son estas alteraciones del tiempo que se ligan a cierto sentimiento de eternidad, o bien, a algún tipo de aprehensión de lo sublime. Borges señala un instante entre dos sueños. Fulgor literario, no histórico: imagina a Huckleberry Finn que despierta en una balsa que se desliza río abajo; abre los ojos, reconoce el ruido del agua antes de hundirse en el sueño inmemorable². Lacan refiere algo similar cuando describe la experiencia de la paz del atardecer³. Intervalos con forma de relámpago que alumbran extrañamente la vida cotidiana.

Si bien estos instantes indican la discontinuidad, la angustia es por excelencia la experiencia subjetiva que desbarata la noción de tiempo histórico. Ese afecto no tolera una historización; por el contrario, es su quebradura. Instantes en los que se desbarata el mundo y sus ramificaciones de causas y efectos.

En el transcurso de la cura se pone en marcha el tiempo de elaboración, el caminar sinuoso e incesante de la combinatoria significativa, apenas perturbado por la irrupción de esos otros instantes entre los cuales la angustia se destaca como un corte.

Este corte, la fisura en el tiempo que inaugura la angustia invita al acto. En el seminario que le dedica, Lacan sitúa la angustia en un esquema en ángulo con el acting out y el pasaje al acto. Actuar arranca a la angustia su certeza, hace pasar su certeza invisible a una consumación efectiva en la realidad.

Como acontecimiento de lo real, la angustia -que no engaña- es una dimensión sustraída al semblante: un exceso de real... *demasiado* real, indica la presencia de un resto del viviente que trata de conectarse con el hablante. Señala, el *impasse* del saber con respecto al goce: el sujeto es convocado a comparecer de un momento a otro con lo que no se sabe. Los rasgos de su historia ya no son eficaces para guarecerlo del peligro inminente. Limita con el orden del actuar: el sujeto tiene que salir de la espera y es en ese preciso momento cuando surge la oportunidad de subvertir su manera de desear ante la caída de las identificaciones que venían orientándolo.

Un síntoma incómodo desencadena el malestar que lleva a una sujeto a pedir análisis. Primer instante disruptivo que perturba la melodía cotidiana. Lo que asalta desafinado son accesos de ansiedad ante determinadas palabras o frases. Cuando las escucha de boca del profesor durante una clase, se ruboriza hasta "sentir que arde", transpira y piensa que todas las personas que se encuentran en el recinto se dan cuenta de lo que le pasa. Estas frases, aisladas de su contexto significativo, se prestan a ser escuchadas en un sentido sexual, tienen la

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA CURA

estructura de un chiste, solo que ella no se ríe. El exceso no puede ser evacuado como en el caso de la agudeza.

El trastorno se presenta también en las clases de francés en las que cree percibir que dos compañeros jóvenes la miran, teme levantar los ojos y dar a ver de qué modo se inflama, se sofoca, se enciende. Detesta tener que sentarse en círculo durante la lección y procura ocultarse detrás de alguna otra persona. Algunas palabras, (en pronunciación fonética española) son privilegiadas.

El sentido que se abre paso, a primera vista, es el que podría dar una máquina textualista, desvergonzada; programada en el argot rioplatense, el sentido sexual que se abre paso rompe el lazo social en juego. La significación obtenida subvierte el orden de discurso reinante de modo que las palabras significan en el revés de lo que el consenso indica. Se produce de tal modo el efecto de un dicho enrevesado, enredado, barajado a lo loco. La sujeto padece de una escucha alterada, en desacuerdo con lo que se dice, desobediente, trastornada, tal vez trasnochada.

A diferencia de la psicosis, donde aparece la falta de significación, el enigma como un extenso desierto, tales ocurrencias delatan alguna rebeldía, cierta negativa a someter la escucha al sentido imperante. Denota acaso la irrupción de un instante alterado, un momento equívoco, un tiempo Otro que, como el diablo, mete la cola.

Se tiende sin dificultad al comenzar la sesión y cuenta un sueño que la ha perturbado profundamente; se despierta, y también a su esposo "por un ruido que hacía... como soplar, llorar y gritar (pareciera que todo a la vez)". En cualquier caso, grito sin música, voz sin partitura, alarido que discontinúa el soñar; la perturbación indica la presencia de lo real que interrumpe la elaboración onírica.

El sueño completo la ubica junto a su familia en un departamento nuevo, lo relaciona con el de los padres, que,

aunque esta en “una zona horrible”, era nuevo. La situación era alarmante, “algo malo” había en el patio; tal vez tenía el aspecto de una planta de agua. Algo sumamente peligroso que podía atacarlos y ella, se siente valiente al igual que en aquel otro sueño “de los lobos en el que cada miembro de la familia tenía algo malo en su interior” y ella los exorcizaba aullando de modo tal que su partenaire, asustado, la despertó porque “aullaba como un lobo”. En este sueño, nuevamente aguerrida, sin los miedos de la vigilia, decide afrontar el peligro renovado y avanzar hacia el patio. Pero está a oscuras, alcanza a distinguir un patio húmedo, repleto de plantas. Se adentra soplando o llorando o gritando, haciendo ruido al igual que en el sueño del lobo... y despierta. Despierta con el aullido del lobo, el *alali*⁴ que menciona Lacan en el seminario de la angustia, entra por asalto un exceso que la simbolización no puede tramitar, se trata de un grito que abre a la dimensión de la causa, a un registro que es heterogéneo a la elaboración onírica, instante de corte, se interrumpe el dormir.

La temporalidad que despierta responde al instante de ver en la concepción lógica del tiempo que establece Lacan para la cura, intervalo que perturba el soñar, lo extraño que llama a la *Durcharbeiten*, a la elaboración, al tiempo de comprender, al transcurso, al recorrido del bucle⁵.

La interpretación le parece obvia: el sueño ilumina aspectos turbios de su historia y eso le produce mucho temor. Sabe que hay algo malo y no sabe qué es pese a que sus familiares le aseguran que nada malo ha sucedido...

Comienza a desplegar el marco asociativo. El patio le recuerda al de su abuela, “*verdaderamente casta*” (al contrario de su madre): una de esas “*mujeres antiguas, que si tienen hijos es por casualidad*”. A esta altura se devela, efecto de las preguntas del analista acerca del marido de la abuela, que su abuelo murió hace apenas tres días. Sorpresa, y revelación; sin

embargo, ella no parece reconocerse afectada por la pérdida. ¿A qué obedece la desaparición del lazo del afecto? ¿Qué impulsa a que el acontecimiento de la muerte del abuelo quede desechado, como sin importancia, desprovisto de afectos?

Asombrada por el hallazgo, la analista insiste. Ante el apremio, recuerda que al abuelo le gustaba escuchar una grabación comercial en la que un cómico contaba chistes soeces. Ella oía con vergüenza, tal vez pudor. También refiere que tenía fama de tener varios hijos en el pueblo y que siendo ya viejo solía piroppear a las jovencitas que pasaban cerca de él en la calle.

La ausencia de afecto se conecta con la supuesta perversidad del abuelo y una identificación con esa forma de desear que hace extensiva a los hombres de su familia. No sentir tristeza por la muerte es la modalidad encontrada a fin de olvidar esas manifestaciones sexuales de un hombre de su familia, similares, homeomorfas a las que propiciaron su propia posición en la sexualidad.

El tiempo de comprender arroja su saldo de saber: Sabe ella ahora el sentido de su síntoma. Sabe que podría superarlo si se acuesta con cada hombre que desata el disturbio, dice. Tan intrépida como el abuelo, al estilo masculino de la familia, desea poseer a esos jóvenes que la acaloran cuando la miran. Tiempo de simbolización, elaboración del contenido siniestro, del grito desafinado que se verifica en un cambio en su sexualidad:

Relata que cada tanto era sacudida por "ataques", escándalos destinados a concertar sobre sí la atención de su marido. La animaba el deseo de expresar su ansia sexual aunque resultara de una manera contraproducente, incomprendible para su partenaire. El "ataque" consistía en llorar a los gritos, golpeando puertas y objetos a su paso. El marido se levantaba, le preguntaba qué le pasaba, la abrazaba, trataba de calmarla o

de consolarla, cuando conseguía serenarla, es decir, que dejara de gritar, se alejaba deseándole buenas noches y el ataque recomenzaba. El repertorio siempre es el mismo, afirma: el hombre vuelve a abrazarla, ella lo incita a la relación sexual pero, la detumescencia a la hora de la penetración renueva el escándalo. – “¿Qué te pasa?”, interroga ella. “-¿Sales con otra persona? ¿no serás gay? ¿será que te gustan los hombres y no lo puedes reconocer?”. El episodio terminaba, habitualmente, por agotamiento, con la pastilla somnífica. Al día siguiente el despertar augura angustia, bajo cuya forma reaparece el exceso libidinal.

El circuito repetitivo la arroja a las puertas de lo real. Aquí se puede situar otra modalidad del instante disruptivo: el ataque. Esta ocasión testimonia que el saber que cierne el tiempo de la elaboración analítica concluye con un salto: sorpresivamente, ella responde de modo diferente, la modificación se precipita en el acto, llora con un llanto tranquilo, sin escándalo, así que cuando él se acerca, ella lo abraza de modo no tierno como propone su marido, sino sexual. Y cuando la erección peligra; ella renueva la apuesta, de modo que consigue tener una relación placentera para ambos.

Luego de un preámbulo sintomático en cuyo seno se presentan las condiciones de posibilidad que señalan el cambio en la dirección al Otro; pasa del escándalo, del “ataque” que revela un modo mostrativo, del acting en el que se da a ver el exceso en una modalidad masculina, al llanto suave que revela una transformación. Hubo un hallazgo que no tiene marcha atrás, el efecto de lo encontrado es irreversible. El escándalo no lograba evacuar el exceso -sólo en parte era aplacado por el somnífero-, justo el tiempo de conciliar el sueño. Pero, a la mañana siguiente, la reiteración de la angustia era la señal del fracaso de la estrategia.

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA CURA

La modulación temporal durante la cura permite apreciar un pasaje en la manera de tramitar la libido:

El instante que desbarata la continuidad está conformado por: el síntoma intrusivo, el sueño en el que se despierta con angustia aullando como una loba, y la angustia posterior al acting out del ataque.

El tiempo de simbolización reditúa una ganancia de saber, sabe que obstruye su deseo con el del abuelo y los hombres de su familia, quiere poseer, no conquistar seduciendo al modo femenino. El saldo de la "Durcharbiten" se precipita en el **salto** del:

Momento de concluir en el **acto**: logra enunciar lo que quiere por medio de un llanto tierno y unas caricias sensuales. Ante el fracaso no desfallece, puede mantener su deseo, hay algo que la causa mantiene. Frente a una situación clásica de angustia ella insiste y avanza, encarnando el semblante necesario para ocupar el lugar de una mujer que causa el deseo de un hombre. Se despierta por lo tanto sin angustia.

Ilustración que ejemplifica algunos fenómenos fuera del tiempo de la elaboración, el síntoma instantáneo y disruptivo, el despertar del sueño de angustia con el alali del lobo, y la angustia que el acting out del escándalo no logra tramitar. El recorte en el transcurso de la cura permite verificar un salto del acting out del "ataque", del escándalo, al acto... sexual. Es una mutación subjetiva con relación a su deseo escandida en tiempos lógicos. Sigue adelante con un final que no es romántico: *"yo sé que con él no va"*, son las palabras que emplea para decir que no hay relación sexual, es un hecho de castración.

Lacan enuncia el tiempo del inconsciente como un textil en el que los nudos dicen de los agujeros, permiten sospecharlos⁶, estas irrupciones de lo real rasgan el efecto de textura del mismo modo que el acto. Las alteraciones en el tiempo son efecto de la presión de excesos de real que intentan encontrar un lugar en lo simbólico. Sus manifestaciones instantáneas son recursos

magníficos en la dirección de la cura, indican la presencia de un jirón de real⁷. Vía la elaboración se abre el tiempo de comprender que se precipita, no transcurre hacia el momento de concluir como si de un pasaje se tratara. No hay puente tendido por la comprensión, ni tampoco por el saber; por el contrario, la discontinuidad, el salto anuncian que ha habido incidencia, que se ha tocado el campo del goce.

“Decir tiene algo que ver con el tiempo. La ausencia de tiempo, es algo que se sueña es lo que se llama la eternidad, y ese sueño consiste en imaginar que uno se despierta. Uno pasa su tiempo soñando, no se sueña solamente cuando se duerme”⁸. Estos instantes apuntan al despertar.

NOTAS

- 1.- (Freud, S.- *El poeta y los sueños diurnos* [1907 / 1908])
- 2.- J.L.Borges. *Otras inquisiciones*, Nueva refutación del tiempo. O.C. Emecé, Buenos Aires, 1974
- 3.- J.Lacan. Seminario 3, *Les Psicosis*, 8/2/1956. Seuil, Paris 1981, pp156.
- 4.- J.Lacan. Seminario X. *La angustia*. Clase 6, 19/12/62.
- 5.- “El bucle ha de ser recorrido varias veces. No hay, en efecto, manera alguna de dar cuenta del término *Durcharbeiten*, la necesidad de la elaboración, a no ser concibiendo cómo el rizo, el bucle, debe ser recorrido más de una vez. J.Lacan, *Los cuatro principios fundamentales del psicoanálisis*. Barral, Madrid, 1977, pp277.
- 6.- J.Lacan, *Radiofonía*, Anagrama, Barcelona, 1977, pp46.
- 7.- “...cada despertar por el empuje de la angustia, es, sin embargo, una oportunidad, una posibilidad de vida para el sujeto, una posibilidad de conexión entre hablante y viviente”. Francisco Pereña: *La pulsión y la culpa*. Síntesis, Madrid, pp26.
- 8.- Lacan. Momento de concluir. Sem. 25. Clase 1, 15/11/77.

EN SU HORA

SOL APARICIO

PARIS

Introducción

Las tres dimensiones del tiempo, en cuanto se refiere al sujeto que adviene en el lugar del Otro, no son presente, pasado y futuro, sino instante de ver, tiempo para comprender y momento de concluir¹. Esta concepción de lo que llamaremos el tiempo del sujeto, mantenida por Lacan a lo largo de su enseñanza², rompe con nuestra habitual representación espacial del tiempo como sucesión lineal. No por ello prescindimos de la referencia al orden de sucesión de los tres tiempos gramaticales, orden lógico insoslayable en que se inscribe el transcurso inexorable del tiempo que para cada cual acaba en la muerte. Digamos, pues, que no prescindimos de la referencia a la función del Tiempo, a Cronos, pero distinguimos el tiempo del sujeto (Lacan lo llama "lógico") como tiempo propio de la experiencia psicoanalítica.

Hay una falta de adecuación evidente entre el Tiempo cronológico y la experiencia subjetiva que tenemos de él. Esta inadecuación inmediata responde a la existencia del tiempo subjetivo, e interviene en la cura de diversas maneras: llegadas tarde o tempranas, olvidos de la hora fijada, preocupación por su duración o por su ritmo, etc. Trátese de actos fallidos o de ideas, más o menos obsesivas, lo que se manifiesta aquí es la interferencia o la irrupción del sujeto en el Tiempo.

La cuestión que quisiera tratar, partiendo de esta experiencia común, cotidiana, de inadecuación, es la siguiente: la

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA CURA

modificación de la relación con el Tiempo obtenida por la cura psicoanalítica.

En el 53, respondiendo a quienes se preguntaban por la relación de la cura con la realidad, situaba Lacan la "función del tiempo" como un elemento de la realidad en el análisis, mejor dicho, decía, como conjunción de lo simbólico y de lo real³. De ahí se deduce, en primer lugar, que el tiempo es instrumento de la técnica psicoanalítica. Lacan insiste en ello, refiriéndose ya entonces, en aquella fecha temprana, al efecto de las sesiones cortas en la cura de un sujeto obsesivo⁴. La sesión corta, explicaba, *"no rompe el discurso sino para dar a luz la palabra."* Imagen significativa que podemos aplicar a etapas posteriores de su *concepción* (!) del final de la cura que lleva a un " dar a luz " tanto el ser del sujeto como el objeto. Traducida en los términos del Lacan de *Encore*, la frase podría decir: *"no rompe la satisfacción del bla, bla, bla, sino para dar a luz el objeto."*

Por otra parte, y en segundo lugar, podemos deducir que el cambio en el modo de relación del analizante con el tiempo es un índice de la efectividad de la cura, prueba de un cambio en su relación con lo simbólico y lo real, muestra de un anudamiento distinto.

¿Cómo incide la experiencia psicoanalítica en la relación del sujeto con el Tiempo, qué cambio produce? Es ésta la pregunta a la que intentaré responder, desde el punto de vista del fantasma.

Intemporalidad del fantasma

Freud afirmó que *"los procesos del sistema lcs. son intemporales"*, por lo cual entendía dos cosas: no se hallan *ordenados* en el tiempo, ni modificados por su transcurso⁵. Y es cierto que si atendemos al modo como se da el hablar del analizante sometido a la asociación libre, comprobamos que sus distintos elementos se nos presentan en absoluto desorden cronológico. La cadena significativa se despliega con sus

ramificaciones sin tomar en cuenta la distinción entre pasado, presente y futuro. La insistencia con que Lacan subraya en los *Escritos* que el inconsciente freudiano es una red de significantes pone de relieve este aspecto sincrónico del funcionamiento del sistema lcs., cuya única apertura a la diacronía viene dada por la eventual incidencia de lo real, sea trauma o simple acontecimiento. O mejor dicho, puesto que hemos de situar aquí también la intervención del analista, por todo aquello que marca una escansión en la sincronía significativa.

Ejemplo paradigmático de esa intemporalidad freudiana que caracteriza el lcs. es esa suerte de nudo temporal que encontramos al final de *La interpretación de los sueños*: Freud concluye su obra diciendo que el sueño, al representar mi "deseo", es decir, mi anhelo, como realizado, anticipa el futuro, lo representa como presente, pero que este futuro, moldeado por el "deseo indestructible", es imagen del pasado. Dicho de otro modo, el mañana que hoy anticipo me remite retroactivamente a ayer; el orden temporal que funciona en el lcs. es otro, determinado por la permanencia del "deseo indestructible"⁶.

La idea de Freud es, pues, la de un deseo, siempre presente, que no se ve afectado por el transcurso del tiempo. Lacan situará en su lugar la demanda, la indefinida repetición de la demanda. (Y nos dirá en una ocasión⁷ que el deseo es "*lo que se produce como sujeto en el acto de la demanda*" - de manera que el deseo indestructible cabe pensarlo también como presencia del sujeto.)

Ahora bien, si hay un punto de la experiencia psicoanalítica en que podemos aprehender a qué corresponde la intemporalidad que Freud le atribuyó al lcs., este punto es el fantasma. El fantasma inconsciente, fundamental, es la expresión por excelencia de aquello que se mantiene ajeno al orden del Tiempo y no modificado por su transcurso. Es como

si al temprano enigma que constituye el deseo del Otro, respondiese siempre el sujeto, y de una vez por todas, con el fantasma. La fijez del fantasma, su persistencia, mantiene al neurótico en su torre de marfil, suerte de espacio fuera del tiempo, diríamos que lo hace existir *fuera de tiempo* o a destiempo.

En su comentario sobre Hamlet, Lacan aludía a un lazo, manifiesto en la vida del neurótico, entre el tiempo, el deseo del Otro y el fantasma: es la sumisión del sujeto neurótico, su dependencia del deseo del Otro, subrayaba, lo que lo hace vivir *“siempre suspenso a la hora del Otro”*. La relación del neurótico con el tiempo, señalaba⁸, es la base misma de sus relaciones con el objeto a nivel del fantasma.

Tomemos como ejemplo de un modo particular de relación con el tiempo el procrastinar del sujeto obsesivo. Su lema es: *“¿por qué hacer hoy lo que puedo dejar para mañana?”*, sobre todo, aunque no solamente, tratándose del encuentro sexual con el objeto. Citaré al respecto, brevemente, a un analizante. Se trata de un hombre cuyo principal interés en sus relaciones con las mujeres es hacerse querer, reproducir y perpetuar la posición en que se halló en la infancia: niño querido de una familia en que abundaba el sexo femenino. A él lo que le gusta es mariposear. Pero un día se topó con una más avispada que otras, que, sin gran disimulo, le dio a entender que andaba buscando hombre. Se quedó atónito. Su asombro le permitió luego caer en cuenta de cómo responde frente al deseo sexual de una mujer: *“¡Procrastino!”*.

Entrar en el Tiempo, salir del fantasma

No es de extrañar, entonces, el hecho de que comprobemos que la cura produce un cambio en la relación con el tiempo, en la medida y a medida que el trabajo analítico va tocando, afectando, sacudiendo la estructura fantasmática. Pero considerando el carácter intemporal de ésta, diré, de manera

un poco categórica, que la cura tiene la virtud de introducir al sujeto en el Tiempo.

Observamos en la cura que, cuando se produce el despertar del sujeto, surge lo que con Ungaretti llamaré *sentimiento del tiempo*⁹, el analizante *siente* que ya no *tiene* tiempo que *perder*; le corre prisa, porque corre el tiempo a partir del momento en que comienza a tomarlo en cuenta, a contar(se) con él. Cesa entonces, paradójicamente, la preocupación por el tiempo, deja de importar (en gran medida) su transcurso para aquél que, ocupado en lo suyo, estando en su ahora, lo toma en cuenta.

Lo que permite esta *“entrada en el Tiempo”* es la revelación del fantasma, su descubrimiento, su desvelamiento. La revelación de la existencia del fantasma, andamio que sostenía, enmarcaba y ordenaba la realidad del sujeto, acaba con el modo anterior de relación con el tiempo, es decir, con esa inadecuación inicial que suele traducirse en la queja persistente de un repetido demasiado pronto o demasiado tarde.

Digo *“revelación”*, a pesar de la resonancia religiosa del término, porque aunque es cierto que a lo largo de la cura se *“construye”* el fantasma y que éste es el resultado de la lenta labor de elaboración que el analizante lleva a cabo, y que le lleva tiempo, a pesar de eso, hay un momento singular, único, en que el fantasma (le) aparece, un instante decisivo en que el analizante vislumbra lo hasta entonces ignorado y en que sabe lo que hasta entonces no había vislumbrado.

Recurriré aquí a una expresión de Lacan, particularmente oportuna: *“el instante del fantasma”*¹⁰. Esa construcción inconsciente intemporal, anacrónica, que es el fantasma, se revela en un instante, momento fugaz como pueden serlo aquellos en que se dan, en que ocurren un lapsus o un acto fallido. Aun cuando podemos pensarlo como un instante de

ver, resulta que ese instante del fantasma hemos de situarlo más como término que como inicio; término de un recorrido que coloca al sujeto frente a la posibilidad de vislumbrar lo que había ignorado, y término que da inicio a otra cosa, puesto que abre paso al momento de concluir.

En otras palabras, lo que solemos llamar la travesía o el atravesamiento del fantasma podemos considerarlo como parte del proceso de elaboración analizante, es decir, como proceso que necesita un tiempo y desemboca en ese instante revelador. Precisaré aquí, tomando en cuenta una observación de Lacan, que se trata de un tiempo para *aprehender* más que para comprender¹¹ (para *concebir*, en el sentido literal de captar que Lacan le da al *concepto*). Diría que el “*instante del fantasma*”, al desvelar su carácter de ficción destinada a darle sentido al deseo del Otro, separa al sujeto y lo coloca en su propio tiempo, en su propio (a)hora. (El sujeto se *separa* y se *pare*, podríamos decir, como lo hace Lacan jugando con el término latino.)

De ahí en adelante, lo que va a contar es “*el tiempo que (le) queda*”.

“El tiempo que nos queda”

Tomo prestada esta acertada expresión, *El tiempo que queda*, al título del libro que Giorgio Agamben le dedicó hace un par de años a un comentario de la *Epístola a los Romanos* de San Pablo¹². Mucho hay de interés para nosotros en ese libro, del que no citaré aquí sino una idea, la concepción del “tiempo mesiánico”, que Agamben encuentra en San Pablo, como la del tiempo que nos queda a partir del acontecimiento que constituye la Resurrección, tiempo final que no es lo mismo que el final del tiempo. Distinción pertinente ésta si queremos des-dramatizar esa referencia al final y destacar que se trata de un “tiempo de ahora”, fundamentalmente presente. Lo que importa no son ni su duración ni su fin, sino el ahora, lo cual significa la presencia en él o a él del sujeto.

De manera análoga, diría que la experiencia analítica coloca al analizante frente al tiempo que le queda. El acontecimiento de que aquí se trata es la revelación del fantasma, del fantasma que ordenaba la realidad, vale decir para reanudar con Freud, del fantasma que sostenía el indestructible deseo.

¿Qué pasa con el deseo al desvelarse el carácter de ficción del fantasma? Algo pasa en efecto, que nos permite referirnos, con Lacan, a un advenimiento del deseo o a un deseo inédito. Si cabe hablar de advenimiento del deseo o de deseo inédito, allí donde había un "deseo indestructible", es porque no se trata de lo mismo, hay algo nuevo. El deseo, llamémoslo freudiano, es aquél que el fantasma sostenía, aquél que figuraba neuróticamente el tiempo futuro a imagen del pasado.

Recordé anteriormente que este "deseo", el *Wunsch* freudiano que traduje por anhelo, es para Lacan la demanda. La emergencia del deseo propiamente dicho ocurre sobre el fondo vacío que deja abierto el enigma al resolverse. El enigma es el colmo del sentido, decía Lacan. Y, en efecto, la ficción fantasmática había consistido en eso, en darle sentido al deseo del Otro. Cuando el fantasma deja de ser necesario, cuando se revela como respuesta contingente del sujeto, el enigma deja de ser tal, se vacía de sentido, y en su lugar aparece lo que con Lacan llamamos la falta del Otro.

A partir de la revelación del fantasma se abre, pues, el tiempo que le queda al sujeto, tiempo "final" que no es sólo el tiempo que dura el período final de la cura, puesto que va más allá, puede ser todo el tiempo ulterior durante el cual se despliegan y actualizan las consecuencias de la "revelación". Marquemos, sin embargo, el lugar del punto final de la cura decidido por el analizante: acto de conclusión que supone una certeza anticipada. El tiempo que queda se prolonga entonces, más allá de la decisión de concluir, como aquél de una certeza por demostrar. (El ejemplo de Lacan nos sugiere que puede uno pasarse la vida en ello.)

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA CURA

El entrar en el tiempo es, necesariamente, un entrar en el tiempo que nos queda, el tiempo que nos queda una vez que, desvanecida la consistencia del Otro, algo sabemos sobre el deseo. La enfermedad, dijo Picasso en alguna ocasión, es el tiempo que se pierde no aprendiendo lo que se desea. Además de ser una buena definición de la neurosis, la frase vincula de manera significativa para nosotros, el saber con el tiempo y el deseo.

Cosa que me remite a Proust, a quien citaré para terminar. Cuando Proust escribe su célebre "*Longtemps je me suis couché de bonne heure*", va implícito el hecho de que ello ha dejado de ser así; en el momento en que está escribiendo dicha frase, eso ya no es así. El momento en que escribe es un: "ahora me acuesto tarde" (en efecto, el instante en que el sujeto aprehende algo de su ser supone un corte, ese ser ya no es, ha sido), "*ahora me acuesto tarde, o incluso, ahora no me acuesto, porque estoy, por fin, entregado a lo mío, dedicando el tiempo que me queda a redactar*". En busca del tiempo perdido ".

¿Qué otra cosa sino el deseo, o lo que lo causa, puede ser este *tiempo* "perdido" que anda buscando? El tiempo perdido, gastado, es, desde luego, el tiempo gozado; pero el tiempo perdido, extraviado, nos remite al deseo. En el último volumen de la novela, *El tiempo recobrado*, lo que Marcel, el protagonista, logra resolver y concluir es su aburrida y ociosa existencia, vacua porque desligada del hilo del deseo. Es su relación con el deseo lo que termina por recobrar – *encontrar*, dice el texto original francés.

Huelga decir, cosa que sugerí al comienzo, que el cambio en la relación del sujeto con el Tiempo no se da sin la intervención del analista. Diré al respecto, a modo de conclusión, que para tener una idea del uso que puede hacer del tiempo en una dirección de la cura orientada por la idea de su final, hace falta que el analista tenga un *concepto* claro (¡ lo más claro posible !) de los recovecos que le fueron necesarios para llegar hasta ahí. Eso es lo difícil. Si es cierto que el tiempo propio de

la experiencia analítica no es lineal, resulta que si lo es el de la frase. Es éste un obstáculo importante para hablar del tiempo de la cura y de la metamorfosis que en ella se opera, obstáculo que Lacan resuelve con su recurso a la topología.

NOTAS

- 1.- Cf. Lacan, “ Problemas cruciales para el psicoanálisis”, 13/01/1965
- 2.- V. el libro de E. Porge, “ *Se compter trois. Le temps logique de Lacan* ”, Erès, Paris, 1989
- 3.- V. “Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse ”, *Ecrits*, Paris, 1966, pp 309-312
- 4.- Cf; “ Fonction et champ... ”, op. cit., p. 315.
- 5.- S. Freud, *Metapsicología*, “El inconsciente”, (1915), cap. V.
- 6.- La clave del asunto es aquí el término “deseo”. Lacan indica en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* que si este “deseo indestructible” es ajeno al Tiempo, al tiempo que dura y constituye la substancia de las cosas, es porque obedece a otra modalidad temporal, a ese tiempo lógico hecho de anticipación y de retroacción.
- 7.- Cf. “ Logique du fantasma ”, 21/06/67, citado por Porge, op.cot., p 124.
- 8.- V. “ El deseo y su interpretación ”, sesión del 15/04/1959.
- 9.- Giuseppe Ungaretti, *Sentimento del tempo*, libro de poemas publicado en 1933
- 10.- “Position de l'inconscient ”, *Ecrits*, p 836
- 11.- Cuando Lacan compara la estructura del sujeto con la botella de Klein, muestra que el “comprender” de que se trata es del orden del aprehender, v. “Problèmes cruciaux...”, 13/01/1965
- 12.-G. Agamben, *Le temps qui reste*, Seuil, Paris, 2000.

DE LA DURACIÓN A LA TEXTURA DE LA CURA

L. VICENTE MIRA

MADRID

Habitualmente nuestra manera de pensar el tiempo es poco temporal, de entrada es más bien espacial, ante la cuestión sobre el tiempo lo que intuitivamente se presenta a nuestra mente es un tiempo como espacio imaginario en el que se desarrollan los fenómenos de los existente. Ahora bien, si nos tomamos el tiempo de verificar en el crisol de la lengua los restos que se han ido depositando la cosecha es más interesante: para empezar encontramos que es un ente, tiempo vivo que como toda cosa viva puede matarse, tiempo muerto que no cuenta o tiempo que se fuga. También es manejado como un objeto, como una preciosa posesión: conjugado con dar o tener, faltar tiempo, ganar tiempo, hacer tiempo, estás perdiendo un tiempo valioso, no saber que hacer con él. Pero también nos refiere al sujeto: en mis (tus) tiempos, *“el tiempo y yo para otros dos”*, no sabíamos el tiempo de nadie. Y muchas veces señala cualidades del acto: por tiempos, a su tiempo, cambiar el tiempo, llegar a tiempo. O por fin como otro: me pilló el tiempo, se me echa el tiempo encima.

Tiene todo su interés saber que la palabra misma, vino a la lengua castellana en plural, efecto coherente por su procedencia latina, prácticamente hasta la Edad Media el tiempo eran “tiempos”, restituyendo una pluralidad que para el tema que nos ocupa nos extraña menos, tanto más que, como psicoanalistas el cristal de la lengua con su correlato de goce nos interesa en primer plano.

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA CURA

No es de la cronología, de la duración tomada como un continuo, aunque sea un continuo contable, de donde podemos despejar elementos, principios, construcciones o esquemas formales que nos permitan una inteligencia válida de los tiempos en juego en la cura analítica. Sin embargo si creo que podemos, al hilo de la cura y siguiendo lo que en ella se produce, encontrar esquemas formales simples que respondan a hallazgos clínicos.

Entrevistas preliminares.

Empezaré señalando que una cierta formalización es necesaria de entrada para que el análisis se instale, con dos vertientes solidarias: un sufrimiento que se modula en la demanda y una llamada al saber. Se trata de una "iniciación" a la palabra con la posibilidad del inconsciente y la pulsión como telón de fondo y como objetivo. Podríamos hablar aquí de un tiempo primero, sólo primero por el *nagträglich* de la prosecución del análisis, pero justamente esa posterioridad nos mostrará la importancia de esos preliminares restituyéndoles su fecundidad. No abundaré en el tema que Bernard Lapinallie tratará en la próxima mesa.

Asociación libre.

Es sobre esa primera "puesta en forma" que invitamos al sujeto a que diga lo que se le ocurra, que se deje discurrir al hilo de lo que llamamos asociación libre. Este es un tiempo en el que pensamos el inconsciente como una memoria que se ignora y que viene en la palabra con sus pulsaciones particulares, aunque el ser hablante pase mucho tiempo a hablar en pura pérdida, es en la escucha o en la lectura si quieren de esas palabras dichas al albur que el analista lee lo que se enuncia del significante, diferente de lo que significa. Este tiempo corresponde al *zeitlos* del proceso primario, a cómo los sucesos, el material, se deposita en marcas simultáneas, en estratos

sucesivos, como se combinan, se desplazan, se ordenan y reordenan al azar de las actualizaciones del goce en la vida del sujeto.

A este tiempo corresponde al analista arqueólogo, recuerdan la metáfora que Freud gustaba usar. Lo que de ese ordenamiento se deduce es la insistencia de la verdad de un deseo indestructible en la escena misma en la que está capturado.

Si en Freud persiste un cierta idea de la linealidad temporal, de la búsqueda de lo datable - recuerden su insistencia en fechar el trauma en el análisis del wolfman- ésta búsqueda va de par con el desenmascaramiento de lo real traumático tras el olvido, y el *“recorrido al revés”* del camino que la represión construyó en la formación de los síntomas. Pero, paralelamente, sostiene una inversión, una voltereta en el tiempo, donde con el *nagträglich*, lo posterior viene a dar cuenta de lo anterior, siempre me ha gustado la anotación de Freud en el estudio del *Sueño de la monografía botánica*, cuando recuerda la escena de su hermana y él arrancando gozosamente la hojas de un libro con láminas de colores que el padre les había entregado para que lo destruyeran a su antojo, y concluye *“he reconocido que dicha escena infantil constituye un recuerdo encubridor de mi posterior bibliomanía”*.

Las resubjetivaciones de los sucesos, las reestructuraciones *nagträglich* de los acontecimientos que parecen necesarias para explicar los diferentes momentos del sujeto nos libran un sujeto *“como así ha sido”*, pero ahí reside toda la ambigüedad de la revelación del pasado, la verdad de la palabra no es exactitud, ahí nos enfrentamos con la realidad de lo que no es verdadero ni falso, solo la palabra testimonia de las páginas de la historia incluidas *“las que están marcadas por un espacio blanco o ocupadas por una mentira” “páginas de vergüenza que se olvida”*

o anulan, o páginas de gloria que obligan” . Como Lacan señala, “en la unidad interna de esta temporalización el que es marca la convergencia de los que ha sido, es decir que otros encuentros supuestos desde lo que fueron cualquiera de esos momentos, habría producido otro que le habría hecho ser de otro modo”.

Transferencia

La serie de la asociación libre se desarrolla con la significación de la transferencia. Ya Lacan afirmaba en los Escritos (p.844) que la transferencia estaba esencialmente ligada al tiempo y a su manejo, la razón que da en *Posición del inconsciente* es que el resorte de la transferencia es la espera del advenimiento del ser del sujeto en su relación con el deseo del analista. Es así en el manejo del tiempo que hace trabajar la transferencia donde viene a jugarse la producción de las respuestas esperadas por el sujeto y es así como el analista puede modular la especificidad de cada sujeto.

De nuevo es la transferencia la que sostiene el *Durcharbeiten* que Lacan reproducía de manera plástica con su *“cien veces sobre el telar, volved a poner la pieza”*.

Hasta ahora seguimos en la solidaridad transferencia - trabajo de la asociación libre con los abrochamientos significantes que realizan el inconsciente, pero también en la transferencia es donde Freud nos señala otra modalidad temporal, otro tiempo fundamental a tener en cuenta en el devenir de la cura, estoy refiriéndome a la repetición. Es en el amor de transferencia donde Freud encuentra las primeras huellas de la repetición, propiamente no es un tiempo de realización del inconsciente, es un tiempo de puesta en escena de la pulsión, es el modo temporal en el que la pulsión se despliega y satisface en la transferencia. No puede extrañarnos si pensamos que el sujeto entra en la transferencia al modo de su fantasma, realización de un goce bajo el modo de la lógica del fantasma, cito a Lacan *“ese tiempo propio al campo que ella analiza, el que Freud ha alcanzado a decirle ser: repetición”*. Este tiempo

no se articula sobre la palabra (aunque hablar sea ya gozar) sino sobre el silencio.

También el síntoma, su duración, su permanencia está en el horizonte de la repetición, dicho de otro modo lo más real del síntoma se presenta a título de repetición como realización de la exigencia pulsional del Ello.

Con Freud encontramos así tres modalidades del tiempo: el fluir metonímico de la asociación libre, la reversión del tiempo en el *nagträglich* y la repetición.

El primer Lacan en su relectura de Freud intenta actualizar esos tiempos freudianos, en cierto modo podemos decir que los somete al la estructura del lenguaje y a su consecuencia: hay verdades que escapan siempre al saber y el ser del sujeto escapa al saber producido en la cura; en el Seminario Encore, se refiere a ese trabajo de la cura: *“El real serio: el serial, no se obtiene mas que después de un largo tiempo de extracción, de extracción fuera del lenguaje de algo que está allí cogido y de lo que no tenemos mas que una lejana idea”*. Y es que lo que la envoltura formal, significante del síntoma protege es el discurrir del goce. Nada extraño entonces que el alargamiento del tiempo de la cura sea en beneficio de la defensa del sujeto respecto a ese real de goce. Por eso no basta con el sentido, hace falta más tiempo para roer la defensa y desalojar el goce del síntoma, es lo que llamamos el tiempo de la construcción del fantasma.

Lacan afina el *nagträglich* freudiano con la introducción del futuro anterior manteniendo su valor de *“encuentro con la verdad en la cura”*, Lacan abunda en referencias al futuro anterior, siempre traducen la realización por el sujeto de su historia en su relación a un futuro, les propongo una cita que resume su posición: *“Lo que se realiza en mi historia no es el pasado definido de lo que fue, puesto que ya no es, ni siquiera*

el perfecto de lo que ha sido en lo que ahora soy, sino el futuro anterior de lo que habrá sido para lo que soy en vía de devenir”.

Tiempo lógico

Pero la aportación más acabada del tiempo que Lacan introduce en el psicoanálisis es la concepción del tiempo lógico, desde que el sofisma de los tres prisioneros y su solución llegan a sus oídos en 1935 (aprovecho la ocasión para agradecer a M. Bouysseroux lo que me ha instruido con su excelente artículo sobre el plus-de-tiempo y al que esta parte de mi texto debe mucho) no deja de ponerlo a trabajar, hasta que publica en 1945 *El tiempo lógico y la aserción de la certeza anticipada* (no comentaré el texto, cosa que ha hecho amplia y generosamente J.J. Gorog), desde que el tiempo lógico ve la luz, Lacan encontrará en él un utensilio, y se servirá de él como brújula, diría nunca abandonada, para abordar el desarrollo de la cura analítica. De hecho podemos afirmar que el tiempo lógico es lo que está enmascarado por la fenomenología de la duración, por el tiempo cronológico y lo que permite usar si no de una medida sí de una estructura simple para ordenar los fenómenos.

Lo que aquí me interesa precisamente es, desde luego, el momento de concluir, la conclusión producida es tanto lógica como temporal. Lacan señala en el *Tiempo lógico y...* como la instancia del tiempo se presenta de un modo diferente en cada uno de los tres momentos del sofisma y que es en la modulación de ese tiempo donde se capta su función: si el instante de ver tiene el valor instantáneo de la evidencia y el tiempo de comprender es lo que introduce sujetos *“indefinidos salvo por su reciprocidad”*, el momento de concluir es momento de *“serse”*, la *“aserción sobre sí mismo”* por la que el sujeto concluye el movimiento lógico en la decisión de un juicio. Que este juicio sea en acto, es obligado para alcanzar una verdad que puede estar sometida a duda, pero que no puede verificarse sin la precipitación del acto que anticipa sobre su certeza. Se trata de avanzarse en el saber y con el saber para

alcanzar una verdad inalcanzable como saber, realizable sólo en sus efectos como acto, como todo acto siempre precipitado (a no ser que se rehúse). Subrayaré que este momento está construido con dos elementos no homogéneos: el saber y la precipitación, un elemento epistémico y un elemento temporal.

No me cabe duda de que este momento de concluir es el resorte que opera en el final del análisis, quizás no sólo en el final, sino en los momentos de pase que en un análisis acercan al sujeto al real en juego en ese momento, o mejor al real en causa. Pero no basta con decirlo, me interesa entender el resorte íntimo de esta operación, he aquí mi propuesta de trabajo: En el texto del 45, Lacan subraya en el momento de concluir un elemento que me parece fundamental: la "moción suspendida", este intervalo, escansión, vacilación más bien, denuncia no lo que el sujeto ve y puede saber, sino *"lo que ha encontrado positivamente de lo que no ve"*, y añade: *"no es una estructura espacial sino temporal..."*. Las mociones suspendidas, dirá más tarde son un intento de desubjetivar el tiempo.

Hasta entonces, la referencia temporal era el sí mismo y el otro como forma fundamental de una lógica colectiva que la conjetura analítica necesita para asegurarse de su rigor; el producto de esta lógica era un sujeto a la común medida del sujeto recíproco, es decir en tanto que son otros los unos para los otros; esta común medida es dada por el tiempo para comprender (¡y no es poco! en sus efectos en la cura, es el tiempo de permite la caída de los ideales y el que hace peligrar la exquisita singularidad del fantasma neurótico es decir del goce narcisista). La moción suspendida abre el momento de concluir el tiempo para comprender; la tensión temporal, de la que el sujeto está cargado, se resuelve en la urgencia de un momento desubjetivado, es el tiempo, como tiempo de retraso, lo que precipita el acto, y el sujeto, idéntico a ese tiempo deviene respuesta de lo real: sujeto inédito cada vez. Voy a desarrollarlo, el tiempo es un real irreductible al análisis (es así como los neuróticos inmanentes, eternos, se encuentran un

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA CURA

buen día con que el tiempo ha pasado irreversiblemente, para ellos también). Ahí donde está el ser es la exigencia de infinitud (el no-tiempo del goce), pero cuando el tiempo muerde al ser se abre la función del presente como rasgadura que se opera en el infinito impersonal del existir.

En el tiempo del análisis se trata de hacer pasar al sujeto del sin tiempo del goce a un tiempo del deseo en el que pueda hacer acto de su causalidad.

La moción suspendida, llave del tiempo para concluir, juega como intervalo en la articulación significativa del saber, el resto de la operación que cae en el intervalo es la precipitación, que entendemos así como Lacan la nombra objeto pequeño *a*. Es en este tiempo de parada cuando el sujeto cae como objeto en la precipitación. Efectivamente tiempo de separación que rompe con el tiempo simbólico-contable anterior (en meses, estaciones, años, encuentros, rupturas, viajes o dinero según el estilo de cada cual), lo que concluye la serie de los dichos, no es un dicho más, no puede ser mas que una conclusión que se excluya. La operación es arrebatadora, la promoción de lo real que el deseo del analista causa en la cura, gana la partida a la verdad y ésta cambia de estatuto, deviene certeza como efecto, certeza efectuada en la verificación que el acto produce. Recuerden que el acto se produce, no como conclusión lógica (ninguna conclusión lógica lleva a actuar si el sujeto no lo desea y consiente en ello), sino como efecto de desecho de una simbolización correcta (a la inversa el paso al acto es el desecho de una falta en la simbolización); un no saber (*"saber inconsciente que no se sostiene mas que al presentarse como imposible"*. *Radiofonía*. Scilicet 2/3 pag.77) que pasa en acto para verificar su verdad es la huella que marca el discurso del analista (*a / S₂*), siempre he encontrado sugestiva y enigmática la afirmación de Lacan: *"la verdad puede no convencer, el saber pasa en acto"*.

Saquemos consecuencias para la cura de esta lectura:

El tiempo para hacerse a ser es un tiempo de promoción de lo real que permite la "exfoliación de lo imaginario". Un análisis no tiene su fin en una fatiga de la verdad,, ni la certeza que el acto consigue está extraída de las significaciones de verdad que se desgranar en el análisis ni del saber de goce que la construcción del fantasma permite. La precipitación es el encuentro con lo innegable del tiempo como objeto, ese encuentro es lo que en la cura podemos percibir como travesía del fantasma.

El tiempo de la precipitación del acto viene a relevar al saber inconsciente, el sujeto no sabe y cuanto más diga más patente se le hace el imposible; pero el Otro tampoco sabe, la moción suspendida también puede ser leída en la cura como sorpresa de la constatación de que el Otro no sabe, y el acto es un rudo golpe para la transferencia, es la destitución del Sujeto supuesto saber. El saber supuesto era sólo saber arreglárselas con una verdad que ya no tiene curso legal.

Destituir al SsS va de la mano con el desabonarse del inconsciente, aún así, la cura puede continuar, pero ya como demanda al analista de restañar el goce que resiste a ser desalojado del fantasma. Pacientes que no se conforman con el sinsentido de lo real que les afecta porque el humano no puede desabonarse del drang pulsional. También es cierto que en el análisis son tres los prisioneros, el analizante, el sujeto SsS y el analista (semblante de objeto), será necesaria entonces una segunda moción suspendida para terminar con el desear que marque al analista.

En el trabajo al que se expone el síntoma en el análisis se realiza un empalme entre imaginario y simbólico, es el campo del sentido, el saber inconsciente. Al hacer ese empalme hacemos otro entre síntoma y real parásito del goce. *"En el*

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA CURA

análisis se trata de sutura y empalme y enseñamos al paciente a hacer ese empalme” (Seminario XXIII: Le Sinthome). Son esos empalmes, costuras y suturas, los que hacen ese “pañó del tiempo” que no es préstamo de lo imaginario sino resto real de la operación que ha producido “lo incurable del sujeto”, lo imposible de transformar.

Hablar de final de un análisis llevaría consigo haber recorrido los tiempos de la cura, lo que estos nos enseñan y lo que no nos enseñan, para sacar las conclusiones propias a cada sujeto. Aquel que creía pensar y al que comprometimos a que se dejara decir lo que se le ocurriera se encuentra en el análisis con un nuevo sujeto que es del inconsciente. *“De ahí surge un decir y a causa de lo que viene al dicho como consecuencia, un cierto real puede ser alcanzado”.* El sujeto que por el análisis rompe la captura por la identidad es quien puede vivir y ser en el tiempo. Y a partir de ahí *“¿Quamquam ridentem dicere verum quid vetat?”* (Horacio, Sátiras 1, 1, 24)

I.- EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS

3.- EL TIEMPO DE LA SESIÓN

EL TIEMPO SUSPENDIDO Y LA CERTEZA

Luis Izcovich

PARIS

El inconsciente no conoce el tiempo. La cuestión atraviesa el psicoanálisis luego que Freud ha avanzado dicha tesis. ¿Cómo tratar el tiempo en la experiencia analítica, si no viene determinado por el inconsciente?

Tenemos la respuesta de la IPA. Se suple a lo que falta a nivel inconsciente a partir de la regla elevada al rango de standard. Así para admitir un candidato a la formación del instituto, debía poder demostrar que conducía al menos dos análisis, a razón de cuatro sesiones por semana. Y en cuanto al tiempo de la sesión, este debía ser uniforme, 50 minutos.

La regla ha sin embargo variado. Aún con ligeras variantes entre un instituto y otro, se admite que los análisis pueden llevarse a cabo con tres o incluso dos sesiones por semana. En cuanto al tiempo de las sesiones es interesante notar que progresivamente se acorta.

En ausencia de una teorización sobre el tiempo, ¿por qué la regla se ha desplazado? Dos razones se pueden dar: 1) El efecto Lacan en psicoanálisis. Puede parecer paradójico pero hay un efecto, -no digo masivo-, pero un efecto, es un hecho, que concierne el tiempo de la sesión en la IPA. 2) Una adaptación del psicoanálisis a su época.

En efecto el tiempo en el psicoanálisis es en esta perspectiva, una prueba mas de los efectos del discurso capitalista sobre el psicoanálisis.

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA SESIÓN

En ese sentido, el programa de estas jornadas me parece crucial ya que invierte la perspectiva. Se trata en efecto de saber, si existe o no, una teoría propia al psicoanálisis, no solo con relación al tiempo, sino -cuestión fundamental-, en cuanto a su incidencia en la cura.

Existe ya una evidencia. Desde Lacan la duración de los análisis no deja de prolongarse. Y sin duda, la experiencia de la Escuela a partir de la experiencia del pase ha contribuido a esto. Se puede discrepar sobre los resultados, pero, sin entrar en lo particular me parece claro que este tiempo de más, es de un efecto decisivo en cuanto a producir el deseo del analista.

Lo cual demuestra ya una disidencia en cuanto al tiempo que fija el discurso capitalista. Los analistas lacanianos –de un modo general- hay que reconocerlo, no han hecho concesiones sobre este punto: los análisis no entraron en diapason con la propuesta social de estimular los medios rápidos de satisfacción, que tiene su efecto por ejemplo, en la concepción de la psicoterapia, que es inversa a la del psicoanálisis, es decir sesión larga y duración breve del tratamiento en el caso de las psicoterapias.

En cuanto a la duración de las sesiones, los analistas lacanianos han hecho prueba de una gran discreción. Pregunta: ¿es a causa de la prudencia o por temor a revelar la propia práctica? Fuera de estas jornadas, el tema no ha sido jamás o casi jamás tratado, y la respuesta teórica que se da frente a la puesta en cuestión por los analistas no-lacanianos, a la interrogación de un futuro analizante o incluso frente a la idea que puede circular en lo social, es que para la orientación lacianiana, el tiempo de la sesión es variable. El argumento tiene su justificación, pero es parcial y además no corresponde de un modo exacto a la tesis de Lacan.

Hay que notar que luego de su texto *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*, Lacan introduce su concepción del tiempo en la cura, al mismo tiempo que su teoría sobre la

función de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis en 1953. Intitula entonces un capítulo de su texto *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis: "Las resonancias de la interpretación y el tiempo del sujeto en la técnica psicoanalítica"*. Hace converger entonces el tiempo y la interpretación.

Lacan hace depender aquí, la duración de la sesión a la palabra plena definida como aquella que reordena las contingencias pasadas dándoles el sentido de las necesidades a venir. Es lo que justifica que empleemos la noción de tiempo variable de la sesión como ligado a la escansión suspensiva. El principio así que guía la sesión a tiempo variable, es la emergencia de la palabra plena, lo cual es sancionado por el corte de la sesión. Es una cuestión bien explorada de la enseñanza de Lacan: la sorpresa y sus efectos sobre la apertura del inconsciente contrarresta los efectos de rutina y justifica así un tiempo de sesión no cronológico.

La sesión variable lo es entonces a la medida de las manifestaciones del inconsciente y la suspensión de la sesión, es ligada a la precipitación de un momento de conclusión. Es así como Lacan introduce en dicho texto, lo que él designa como la puntuación afortunada o "*puntuación dialéctica*", es decir aquella que da sentido al discurso del sujeto y por lo tanto constituye una prueba para el sujeto, de un progreso en su discurso.

Sin embargo Lacan va más allá desde 1953, y aborda una concepción que casi medio siglo después de su texto, se deja prácticamente de lado. Es decir la concepción continua a ser escamoteada.

Se trata de la sesión corta, donde ya no se trata para Lacan del tiempo necesario para la revelación del inconsciente, sino del medio más eficaz en el caso de la neurosis obsesiva, que él toma en 1953 como ejemplo, para extraer al sujeto de la intersubjetividad.

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA SESIÓN

Es la respuesta de Lacan al análisis de las resistencias. Como él lo dice, la sesión corta no comporta ningún riesgo de enajenación. La cuestión entonces de la duración de la sesión es que aunque ligada a la emergencia del inconsciente no es homogénea a ella y apunta a una finalidad más precisa: que el cálculo del tiempo del sujeto no sea suspendido al tiempo del Otro.

Es lo que le permitirá a Lacan, me parece a mi, en su texto *Aun* de volver al tiempo lógico a partir del objeto *a*, y considerar así el momento de concluir, no más a partir de un cálculo intersubjetivo, como en el caso de los tres prisioneros, sino a partir de la función de la prisa introducida por el objeto *a*.

Cabe agregar por otra parte que el estatuto de la palabra cambia en Lacan. Es sabido como progresivamente relativiza el estatuto de la palabra plena para poner el acento en lo que la palabra comporta como bla-bla-bla. Dicho de otro modo, la palabra plena ya no es más el modo electivo a partir del cual un sujeto accede a una certeza.

La cuestión crucial será entonces de saber, si la sesión corta participa y de que modo a la certeza que un sujeto puede extraer de la experiencia analítica. Es lo que justifica esta intervención.

Es un hecho que los sujetos que se dirigen al analista tienen sus propias teorías sobre el tiempo. La certeza en cuanto al tiempo, se anuda aquí al síntoma y depende de la fijeza del fantasma. Es así como generalmente el síntoma se acompaña de un postulado con relación al tiempo. Por ejemplo: “*es demasiado temprano*”, dice tal sujeto histérico para iniciar sus estudios de medicina, cuando en realidad fue su sueño desde niña y a la hora de la verdad decide postergarlo frente a la angustia de realizar su deseo, o por el contrario “*es demasiado tarde*” para tener hijos, dice este otro sujeto articulando su deseo de un modo imposible.

Esta serie de razones me han decidido a privilegiar, -a partir de tres casos- la incidencia de la sesión corta en la relación del sujeto al tiempo.

En el primer caso se trata de Juan quien dirige a un analista por transferencia indirecta, es decir a partir de la sugestión de su madre a quien el sujeto escuchaba en todo. Este joven de 18 años decide consultar por comenzar a padecer después de un cierto tiempo, de fenómenos hipocondríacos.

Su pregunta en análisis, que aborda de diferentes modos durante 10 años es saber si él es normal. Así, al inicio, su temor es que los fenómenos que padece en el cuerpo sean índices de locura.

Cabe decir que las manifestaciones del inicio se disipan dejando como resultado, del modo más evidente, lo que podría designarse desde lo social con la expresión de "persona normal": ausente la dimensión del sintoma, la vida de este joven transcurre, por un lado con sus amigos frente a los cuales le preocupa evitar cualquier forma de conflicto: su posición en el grupo es entonces la del conciliador. Por el otro, y del mismo modo, con su familia, su idea es que todos deben llevarse bien, por lo tanto jamás se escuchara de él, la menor reivindicación, al contrario, su ideal es que la vida transcurra del modo más pacífico posible, y hace todo para ello. En definitiva, un sujeto perfectamente identificado consigo mismo.

Yo mismo me preguntaba porque venia este sujeto "normal" al análisis: ausencia de enigma subjetivo, al mismo tiempo que de todo índice de una división en el sujeto hacían que sus sesiones, aunque de contenido diferente, sean absolutamente idénticas, como la fijeza de su pregunta: ¿soy normal?

En contraste con esto no tardan en emerger en el curso del análisis las ideas siguientes:

Una noche cuando retorna a su domicilio donde vive con su padrastro, su madre y sus hermanas, viendo que en su casa

todas las luces están prendidas, lo atraviesa la idea que el padrastro quizás mato a todos.

Lee en un diario que un cuerpo no identificado fue encontrado en un río. No puede evitar de pensar que es el cuerpo de su padre, a quien no ve desde hace años, luego de la separación de los padres. Sin llamar a su padre, ni hablar con nadie deja esta idea en suspenso y espera un día ver si esta se confirma ... leyendo en el diario.

Ve a su madre reírse con su padrastro. A pesar de la edad de la madre, mas de 50 años, no puede evitar de preguntarle si no esta embarazada.

Al lado de estas ideas de carácter fugaz, otra idea se destaca del conjunto: un día su hermana mayor le anuncia que va a irse de la casa, porque su padrastro tiene deseos sexuales con ella. Ningún hecho apoya esta idea y la joven se va de la casa mientras que Juan intentara usar de su análisis para alcanzar la verdad.

Es decir la pregunta "*¿mi padrastro ha acosado sexualmente a mi hermana?*" lo absorbe completamente, lo paraliza en su vida, y detiene el tiempo en la fijeza de una escena imaginada, la de su padrastro teniendo un deseo sexual por su hermana. Esta escena constituye un desplazamiento de su horror mas profundo: la puesta en acto del incesto con su madre a quien el sujeto a su turno va a acosar con preguntas, esperando que ese Otro materno lo alivie de la tortura moral, es decir saber la verdad de la escena.

Por la primera vez en su vida las palabras de su madre recibidas siempre de un modo puro, es decir jamás susceptibles de comportar la menor falla, se revelan ineficaces y no logran calmarlo.

Es claro que la relación del sujeto frente a la idea, "*mi padrastro ha acosado...*", releva de lo que Lacan teoriza como el goce

de la Cosa, es decir el secreto verdadero del sujeto, lo más íntimo, das Ding, como lo extranjero y al mismo tiempo hostil. A defecto de una ley que limite el goce materno que el sujeto recibe de un modo masivo, sin división, le queda el recurso a otra versión de das Ding, que es un recurso fallido ya que permanece fuera de significación y por lo tanto su integración en la historia subjetiva es imposible.

La apariencia de normal que el sujeto se dio, cae en ese momento, y aparece otra temporalidad en su existencia que se demuestra, en el pasaje del fuera del tiempo en el que transcurría su vida, a la urgencia de deber hacer algo. La urgencia en efecto con relación a das Ding, confirma aquí la lectura de Lacan en el seminario La Ética, de la expresión de Freud "*die Not des Lebens*", es decir el estado de urgencia de la vida.

Que el sujeto bruscamente se interrogue sobre que hacer frente a eso, nos indica el riesgo de precipitación propio al pasaje al acto como consecuencia de los mandamientos de la Cosa. Frente a su decisión de no creer en la versión de su madre con respecto a la escena del padrastro con su hermana, le queda la alternativa de creer al Otro absoluto das Ding, o al analista.

Mi posición fue de evitar la competencia con ese Otro. Por el contrario, la perspectiva del análisis fue de localizar este goce, acantonarlo y si posible enquistarlo. Es lo que se demuestra al cabo de varios años. Dos perspectivas me parecen cruciales en este caso. La función de la palabra y la del tiempo.

La palabra del sujeto que puse en valor fue aquella que no reenviaba a la escena que activaba su goce. Dicho de otro modo, por un lado, silencio del analista frente a das Ding que se transformo en la religión privada de un sujeto que reza regularmente su plegaria, y por el otro, sostén de lo que en la vida constituía su principal centro de interés, el deporte. Hay que notar que Lacan construye la serie de estados de ánimo

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA SESIÓN

que dan testimonio de esa Otra-cosa, e incluye junto al deseo, el hastío, el enclaustramiento, la rebeldía y la vigilia, la oración¹.

En efecto, la plegaria en el caso de esta psicosis, es una forma de oración, índice de la Otra-cosa.

La pertinencia de la sesión corta se halla en este caso doblemente justificada: como límite a un uso de la sesión como escenario para la puesta en acto del goce del sujeto, y en función de lo que Lacan designa como la suspensión y la certeza.

Cabe decir que contrariamente a la paranoia, no se trata de encontrar aquí una solución que pase por una elaboración, cuyo déficit había llevado a Lacan a subrayar la "solución prematura" de Schreber². Hizo falta en el caso del presidente, un consentimiento progresivo al fantasma femenino y el aplazamiento indefinido de su convergencia con el Otro divino. El tiempo de la comprensión es necesario para el paranoico.

Es diferente en el caso de este sujeto esquizofrénico. Este sujeto pasa en efecto de estar suspendido a los enunciados de su madre, sin que nada ponga un punto final, a la suspensión frente a lo que de él viene como lo más íntimo, pero que no alcanza nunca a efectuar el punto de capitón que permita detener la cadena significante.

A la pregunta entonces fundamental en este caso: como extraer al sujeto de la suspensión frente a la Cosa, se puede responder con una perspectiva que Lacan señala en cuanto a la certeza, como relativa al silencio que la precede y por lo tanto al modo en el cual el significante hace irrupción. La tesis se prepara con la fórmula: *"El analista se apodera de ese poder discrecional del oyente para llevarlo a una potencia segunda"*³ y encuentra su conclusión en su texto sobre la psicosis, donde avanza que el grado de certidumbre (noten bien que aquí la expresión es *"grado segundo: significación de significación"*⁴) toma un peso proporcional al vacío enigmático que se presenta primeramente en el lugar de la significación misma.

En efecto, es en la sesión corta donde el significante encuentra su eficacia en contrapeso con al rechazo de la significación. La función de la prisa que la sesión corta instaura se reúne así la eficacia del significante como borde frente al pensar indefinido. Que esto se mide en sus efectos es claro: este sujeto, pudo a su vez dejar el domicilio de su madre para vivir solo y cambiar de trabajo: pasar de ser empleado en las pompas fúnebres a empleado en un comercio, lo cual contribuyo a limitar su ideación mórbida. Lo cual es cierto, no impide el retorno de la pregunta sobre la normalidad, esta vez con relación a las mujeres y al hecho que sus amigos están en pareja. Es lo que lo empuja aun a verme. Sobre este punto por el contrario, mi tentativa es de mostrarle, que no hay prisa.

El segundo caso: un sujeto comienza su análisis en razón de una doble dificultad: ausencia de placer en sus actividades profesionales, y perdida del deseo frente a la mujer que ama.

Su vida estuvo marcada por la impresión de trabajo forzado que acompañaba hasta sus mas ínfimas actividades y el momento que desencadena su demanda de análisis es cuando ya no puede escapar mas al contraste entre su certeza, que aun tiene todo el tiempo delante de él, y la respuesta que le viene del Otro, ya sea en lo laboral o del Otro femenino, que el tiempo tiene una medida. Es así como puede enumerar con nostalgia la serie de mujeres que se terminaron cansando de él, y que hoy están casadas y con hijos.

Otra forma de la suspensión entonces se percibe en este caso. No es la suspensión a la Cosa, como en el ejemplo precedente, sino a las figuras que separan al sujeto de la muerte, fundamentalmente, el padre y un abuelo puesto en el lugar del ideal viril.

Su reproche al Otro da cuenta de su posición: *"no me han transmitido como ser hombre"*, lo cual le permite sostener su estrategia de un deseo imposible, donde el deseo sexual solo aparece posible en la medida en que la relacion con su mujer

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA SESIÓN

no era oficial. Fue suficiente que asuma la posición de considerarla frente a los otros como su mujer, para que el deseo desaparezca.

¿Cómo suspender en el análisis las certezas del sujetos, que son sustentadas por una posición de mantener la imprecisión en cuanto al tiempo y cuando además el analista esta advertido que el análisis precedente, según se deduce del informe del analizante, se desarrollo en el plano de la intersubjectividad que engendro una agresividad frente al analista anterior y una salida prematura de la cura?

Por cierto que la interpretación central en este caso ha sido como el sujeto, al igual que su padre están absorbidos por la fascinación de ese personaje mítico, el abuelo, el hombre que sabe hacer gozar a una mujer. Sin embargo, es a partir de la sesión corta y la contracción del tiempo que ella introduce lo que empuja al sujeto a otra relación al acto, en el sentido de la formula de Lacan *"la tensión del tiempo se revierte en tendencia al acto"*.

Sin embargo se debe precisar que la contracción del tiempo no significa que el tiempo del análisis pueda ser comprimible. Freud hizo la experiencia con el Hombre de los lobos: la precipitación del momento de conclusión implico la abolición al menos parcial, del tiempo para comprender.

Otra cosa es la comprensión del tiempo a partir de la sesión corta. El manejo del tiempo como ligado a la transferencia, según la proposición de Lacan, se hace desde la única perspectiva posible del tiempo para el psicoanálisis, es decir la del tiempo que separa al sujeto de su muerte.

Lo cual implico en este caso extraer al sujeto de su fascinación imaginaria por los otros hombres, semejantes a él, pero a los que él les supone una mejor performance en lo sexual. Dicha fascinación, alcanza el punto máximo para el sujeto en una

actividad masturbatoria acompañada por el fantasma que resuena con el fantasma del Hombre de las ratas. Aquí en vez de la llegada del padre, aparece la idea del cuerpo de otro hombre o esta variante: en el momento de hacer el amor con su mujer, la imagen de un hombre viril se interpone produciendo una inhibición sexual.

La progresión de la cura se evidencia en el pasaje del amor platónico y goce del síntoma con un sustrato homosexual en el fantasma, a la emulación en su relación a los hombres.

Un sueño que interviene tres años después del inicio de esta cura, da cuenta de una nueva relación del sujeto al tiempo: mira con un amigo, a otra persona que se encuentra envuelta por un tejido en el ataúd con un epitafio: *"aquí yace un pasante"*. Se le ocurre en ese instante que si la persona esta muerta es porque, él, el sujeto, le desea la muerte.

Asocia por un lado, dicho tejido al material que formaba parte de un muñeco y que era uno de los juegos predilectos entre el sujeto y su padre y por el otro, la primera letra del epitafio, a la primera letra del nombre de su padre. Deduce de esto lo siguiente: si el muerto es el padre, el sujeto que desea la muerte es él mismo.

Este sueño interviene en un momento de la cura donde el padre por la primera vez deja de llamarlo con diminutivos que lo infantilizan, y comienza a llamarlo por su nombre.

En la cura se produce entonces una reducción de lo imaginario concomitante a la deflación del padre imaginario evidente en una articulación relativa al sueño en la cual el sujeto frente a la muerte del padre puede formularse "lo has querido lo has obtenido, de ahora en mas lo único que te queda es asumirlo".

Lo cual se confirma en un sueño que realiza tiempo después: esta en la habitación de sus padres, tiene una eyaculación pero de su pene en lugar de esperma, salen excrementos que

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA SESIÓN

salpican el vestido de su madre. En la escena siguiente, el sueño se termina en el momento en el que el sujeto exhibe su pene en erección de un tamaño que impresiona.

El sujeto concluye aquí que hizo falta cagar a su madre para poder tener un pene. La eficacia de la sesión corta se pone en evidencia, en el modo como caen las barreras que evitan lo real en la estructura es decir, el goce íntimo del sujeto, que se entrevé en el objeto anal del fantasma.

Dicho sujeto encarnizado en hacerse amo del tiempo, encuentra en el análisis, una exigencia que no le permitirá escabullirse, el análisis en efecto pone en efecto, como se dice en francés, "*mettre les pendules à l'heure*" (poner los péndulos a la hora): a la hora de la verdad, la del encuentro con el deseo de una mujer y que depende siempre de la contingencia.

De lo que se trata en realidad es de la asunción progresiva del Yo (Je), primera vez, luego del sueño de la muerte del padre, donde el sujeto puede asumir un deseo, sin estar parasitado por la impresión que es una demanda del Otro.

Si la transferencia está ligada al manejo del tiempo como dice Lacan, como no ver que es la sesión corta lo que propicia la caída del cálculo de la intersubjetividad (aun al horizonte en este caso), lo cual de un modo concomitante produce como efecto, que el sujeto comience a vislumbrar que el único amo es la muerte.

La intersubjetividad, es en efecto lo que lo embaraza, es decir saber quien en la pareja debe dar el primer paso para mostrar el deseo erótico, ya que su condición erótica es que la mujer tome la iniciativa, lo que no es de buen gusto para su pareja. Este sujeto ha transformado la relación con la mujer –si se toma el sofisma del tiempo lógico- en una tentativa infinita por mirar el disco del otro, para saber a que momento, se debe dar el primer paso.

El último sueño constituye sin embargo el ejemplo de un cambio de posición: le regalan un disco de una cantante que él

encuentra bella, y decide cambiarlo por el de una cantante considerada como una bomba erotica. Aquí, como él mismo se percata, es el sujeto que toma la iniciativa, puede dar el primer paso, aun si el encuentro con la mujer es el encuentro con la bomba.

El análisis introdujo una urgencia es por ello que recientemente frente a la frase de su padre: *"me acuerdo el día en que te concebimos"*, deduce la rareza de relaciones sexuales en la pareja parental, y adopta para si una necesidad, arreglar su sintoma sexual a fin de separarse definitivamente del padre.

Tercer ejemplo. Un sujeto al final del análisis puede dar cuenta de lo que cambio en su relación al tiempo. Si al inicio esta estaba marcada por un escepticismo en cuanto a lo que el tiempo a venir puede traer como mejor y por lo tanto el sentimiento es el la vanidad de la existencia, el análisis le advierte que lo que hace al tiempo que pasa soportable, es la certeza del acto.

Nuevamente encontramos aquí la pareja suspensión y certeza. ¿A la suspensión y su correlato la contemplación, se opone entonces el acto que engendra la certeza, es decir el momento donde radicalmente para un sujeto no se plantea mas la interrogación: antes o despues?

En el caso aquí evocado se pueden cernir las coordenadas analíticas que engendraron la certeza. Dicho sujeto durante diez años, experimenta en su análisis, el retorno recurrente de un sueño que más allá de sus variantes presenta una estructura común que se resume así: se encuentra de retorno en el lugar que ha dejado con su exilio a lo cual se acompaña el sentimiento de una imposibilidad, la de vivir en el lugar que ha elegido que es el lugar donde vive en el momento en realiza su sueño.

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA SESIÓN

Sueño entonces de impedimento, que demuestra la tentativa tenaz de reunir, lo que se dejó con lo que se eligió, y por lo tanto borrar la diferencia que en definitiva es la del deseo, en su extrema particularidad.

Que hizo falta tiempo, eso no está en duda. El tiempo para que el sujeto sea advertido que el impedimento no es la imposibilidad, y que esta se sitúa justamente en otro lugar. La imposibilidad en cuestión es la de dar un sentido a la existencia, a partir de la tentativa de un retorno al lugar perdido.

Es en efecto, un viraje en las formaciones del inconsciente lo que inaugura el tiempo del final. Esta vez el sueño es el siguiente: el sujeto toma un avión, en un aeropuerto donde lo vienen a despedir, una serie de mujeres que ocuparon un lugar importante en la vida del sujeto en su país de origen. El avión parte, el sujeto no sabe donde va, pero sabe que tiene un pasaje de ida pero no de vuelta. El tiempo que inaugura este sueño es el de una renuncia. Renunciar a encontrar la certeza a través del sentido.

En efecto, un pasaje de ida solo, a diferencia de los sueños precedentes, corresponde a la presencia de lo que Lacan designa en su texto *El atolondradicho*, como el significante asemántico, un significante aislado que advierte al sujeto que la certeza no se atrapa por el sentido. Libre a él entonces de consentir a la certeza del acto.

La implicación de la sesión corta en este proceso está lejos de ser secundaria. Ella participa a mantener el agalma de objeto del lado del analista -dimensión doblemente importante para la duración del análisis y para hacer resonar la interpretación, es lo que desarrollé antes. Pero además –y esto es fundamental–, frente a la ausencia de certeza del inconsciente, la sesión corta prepara a la cita con el acto.

NOTAS

- 1.- Lacan J., "De una cuestion preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", in: Escritos 2, Siglo XXI editores, 1985, p. 529.
- 2.-Lacan J., Op. Cit., p. 548.
- 3.-Lacan J., "Variantes de la cura-tipo", in: Escritos 1, Siglo XXI editores, 1984, p.318.
- 4.-Lacan J., "De una cuestion preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", Op. Cit., p. 520.

LAS SESIONES BREVES

MARC STRAUSS

PARIS

¿Un falso problema?

En el curso de una conversación sin orden ni concierto con un amigo, un colega, un lacaniano, pero que no es de nuestra asociación, fui inducido a decirle que reflexionaba, en la perspectiva de una comunicación, sobre la práctica de las sesiones breves. Me respondió enseguida, con una sequedad que no toleraría réplica ni discusión, lo cual no es su estilo habitual, que no había problema con las sesiones breves. Eso porque sólo había sesiones de duración variable, que algunas podían ser breves, incluso muy breves, y otras más largas, incluso muy largas. Prosiguió condenando con vehemencia lo que era en su opinión el verdadero problema, por no decir el verdadero escándalo: la regularidad en la duración de las sesiones, sean breves o menos breves.

Sorprendido por su vivacidad, cambié de tema, pero reiteré la experiencia, con prudencia, con otros colegas... No hay duda, la posición del primero tiene consenso, con carácter de evidencia, para la mayoría. Su pequeño trasfondo defensivo es casi siempre perceptible: no vayan a imaginar y menos aún a contar que me pagarían personas que a penas escucho; al contrario, es porque les escucho que en algunas ocasiones me veo inducido a escandir en su discurso, sin tener en cuenta el tiempo impartido, es tan verdad como que no es cuestión de que me reduzca de alguna manera a ser un funcionario cualquiera del Discurso Analítico.

La duración variable

Es verdad que esta posición tiene su pertinencia. El valor específico de la interrupción de la sesión, que justifica la práctica de la duración variable de las sesiones, se demuestra tanto por los textos de Lacan como por la experiencia más común. Podemos debatir sobre diferentes significaciones que puede tomar para el analizante esta puntuación del discurso: resonancia de un equívoco homofónico; puesta en funciones del enigma del deseo del analista; interpretación, con todo el equívoco de su sentido: ¿me ha interrumpido porque lo que decía era interesante o al contrario porque me perdía, para puntuarme alguna cosa importante que se me habría escapado en lo que decía o porque le molestaba, hasta porque le faltaba tiempo para escucharme?

Es verdad que a partir del momento en que la sesión tiene una duración variable, ningún final de sesión es "inocente", son todos significantes: ¿por qué en este momento y no en otro? ¿Qué ha escuchado pues? Las escansiones son así apropiadas para relanzar la cadena asociativa a la busca de la causa.

En el fondo, simplemente, la sesión de duración variable relanza por principio en cada uno de los finales de sesión, para el analizante, la pregunta: "¿Pero qué he dicho?" Al interrogarse así, al volver sobre lo que acaba de decir, el sujeto por una parte es inducido a acordarse, por otra parte es animado a proseguir sus asociaciones más que a su reflexión, y a producir un nuevo saber: "Le he dicho esto y no me he dado cuenta de que esto lleva a aquello, tal recuerdo, tal acontecimiento similar, etc." Imaginemos que respondieran a esto, lo cual bien puede hacerse, por un "¡Bien!", y que levantaran la sesión. La maquinaria continua: "Me ha parado en eso para confirmar mi interpretación: lo que había entendido estaba bien... O entonces, al contrario, ¿no me habrá parado porque no era esto para nada? ¿En que tono me ha dicho entonces este

bueno? ¿Más bien de asentimiento, o más bien de desaprobación?, ¿o era indiferente? ¿Cómo proseguir?" Nuestro sujeto está pues ocupándose de preguntarse cómo proseguir, sin darse cuenta que sólo por plantearse la pregunta ya prosigue.

Podríamos deducir este aforismo: "Que se prosiga queda olvidado tras lo que se prosigue en lo que ocupa el pensamiento"¹.

No es por nada que parafraseo así la primera frase de *l'Étourdit*: "Que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha." La sesión de duración variable es, en principio, un empuje a decir. La escansión hace enigma, el enigma llama a su solución, la solución debe ser enunciada. Pero todo enunciado tiene su parte de enigma, etc.

Es importante el empuje-a-decir en la experiencia. Permite el desarrollo del análisis, la puesta al día de las cadenas asociativas de un sujeto hasta la revelación de los significantes-amo inconscientes y del fantasma que subtiende todos sus pensamientos en su función de elaborar el trauma primordial. Es preciso para ello que el sujeto "crea", es decir que crea en la utilidad de este particular proceso fundado en la asociación libre. Es necesario para ello que el sujeto tenga en efecto el convencimiento de que el analista crea, es necesario que el analista por su escucha al menos sostenga la apuesta al inicio, el postulado en el origen de toda operación, que es que es posible extraer un sentido en todo este fárrago de recuerdos, sueños e ideas barrocas que constituye la cadena de pensamientos de un sujeto. Es así como se dice progresivamente la verdad de un sujeto, más allá de los falsos semblantes de una coherencia equívoca que debían sostener y proteger la buena imagen de sí. La sesión de duración variable es una maniobra preciosa para acelerar, incluso desencadenar el alumbramiento del decir de verdad. ¿Y esto hasta dónde? ¿Hasta que sea expulsada toda, hasta que todo sea dicho?

¿Decir todo o no?

Ahí está todo el problema, si se me permite. La verdad no puede decirse toda, y querer decir todo llama a decir más, a decir...Aún. Ningún "es suficiente" puede ser producido por un decir, sea cual sea, aun si lo que es enunciado es precisamente "es suficiente".

Se creyó durante un tiempo que todo o casi todo podía decirse. Finalmente, con el estudio de los textos vemos que es un poco un mito retroactivo creer que en tiempos de Freud se sabía dónde estaba el fin, cuándo era suficiente. Con todo fórmulas como la de la curación del síntoma, de la creencia en el inconsciente, la exploración del complejo de Edipo y el levantamiento de la amnesia infantil pudieron servir de índice, de criterio de fin. Pero lo sabemos, incluso Freud puso esto en cuestión en su célebre artículo *Análisis terminable interminable*². Respondía así a un hasta-el-finismo desarrollado esencialmente por Ferenczi, para quien todo debía ser analizado, incluso los más ínfimos rasgos de carácter, puesto que no podemos saber por adelantado si no son la punta emergida de un gigantesco, no iceberg, sino volcán de goce disimulado. Pues está bien que Ferenczi quisiera acorrallar en todos los reductos de sujeto su goce, no sabido por él mismo.

Es éste el debate que Lacan retomó; yo diría más bien que es en este debate donde se encontró él mismo tomado. No hablo con esto del Lacan que mejoró con su invención de las sesiones de duración variable el método de alumbramiento de la verdad, pues esta opción no prejuzga en nada de una posición sobre la conclusión de la experiencia.

Así Lacan pudo justificar teóricamente la duración variable, aun siendo todavía más bien ferencziano, defendiendo la idea de un agotamiento, de una totalización de la experiencia, de una última palabra posible, la hendidura estructural, la castración. Vean entre otros el fin de *La dirección de la cura*:

“...es preciso que el hombre, masculino o femenino, acepte tenerlo y no tenerlo, a partir del descubrimiento de que no lo es”. Hablo ahora de un Lacan que no sólo ha mejorado las condiciones de la experiencia aportando una nueva herramienta, sino de un Lacan que retomó desde el punto de vista doctrinal el debate Freud/Ferenczi a partir de la lógica, y tal vez por eso inventó un instrumento para la práctica – para retomar la oposición que plantea Koyré entre herramienta e instrumento: las sesiones cortas.

Este debate sobre la exhaustividad del fin no tiene nada de abstracto, se impone en la experiencia a partir de dos órdenes de hechos, de hechos probados en la práctica: por una parte el síntoma resiste a sus interpretaciones, no desaparece justo cuando sus significaciones inconscientes son puestas al día: por otra parte la transferencia resiste a la puesta al día de los lazos libidinales inconscientes, el paciente no se resuelve por la separación, o si se resuelve vuelve al cabo de algún tiempo. ¿Hay que deducir que es así porque hay un resto no analizado, que ha pasado desapercibido a causa de las defensas del sujeto, incluso de las resistencias del analista? ¿Y entonces hay que retomar el análisis con el mismo analista o retomararlo con otro? Este razonamiento parece lógico hasta el punto de parecer natural: si falla, es porque hay un defecto en la máquina y hay que revisarlo todo. Conocen la canción de Boris Vian sobre su tío, que quiere fabricar una bomba atómica en su garaje. *“Hay algo que falla ahí dentro, vuelvo a ello inmediatamente”.* Es un razonamiento de mecánico, y nuestra relación con nuestra mecánica corporal, que pasa por la imagen, hace que seamos todos mecánicos espontáneos.

Lógica

Lo que es más duro es ser lógico y considerar por ejemplo que si hay algo que falla ahí dentro es que el fallo es inevitable,

necesario. Y que la solución no está en el descubrimiento del fallo con vistas a su corrección, por una mayor perfección, sino que la solución es la inclusión es la integración del inevitable fallo en la misma máquina, como un elemento constituyente de esta máquina. El método lacaniano por excelencia ha sido siempre formular siempre el impasse como aporía para superarla dialécticamente, hacer del fallo constatado a nivel del fenómeno, no un defecto de construcción sino un defecto de estructura, incluso constitutivo de la estructura. Ciertamente, Lacan fue ayudado en esta vía por los avances de la lógica moderna, en particular Gödel, pero finalmente Gödel se ocupó de verdades matemáticas, contra el "ferenczismo" de Russell, pero no se ocupó de verdades subjetivas. Incluso en cuanto a su propia subjetividad, sabemos que eso no fue sin lanzarle a cierto vértigo.

¿Cómo integrar el fallo del discurso en su vértigo? Vértigos en el psicoanálisis, ligados a cierta posición, no han dejado de manifestarse. Por ejemplo: puesto que ninguna verdad puede decirse sin fallo, ¿por qué no deducir que toda palabra es equívoca y entonces vana, y así devaluar el discurso y promover la acción? La célebre frase: "*No hay que ceder en su deseo*" y la puesta al frente del acto han podido ser explotadas en este sentido, sentido apoyado por las anécdotas sobre el comportamiento de Lacan, a veces fuera de las normas. Así se justificarían todos los caprichos, entre los cuales el de las sesiones breves. Desembocamos con ello en un diálogo contradictorio, un *oxymore*³ bastante vertiginoso, burlesco o patético según el lado del que uno se identifique: uno, el que hace la oferta, dice "*el psicoanálisis puede ayudarle. El psicoanálisis es hablar. Entonces hable, yo le escucho*". Y cuando el otro acepta la oferta, empieza a hablar, el primero le replica: "*¡Basta, cállese!.... y vuelva de nuevo a hablarme...*" Los enemigos de Lacan no dejaron de ironizar sobre la pareja sadomasoquista así formada, de denunciar la explotación abusiva de la transferencia y de compadecerse hasta las

exacciones de como era víctima el pobre paciente tomado como rehén.

A parte de la caricatura, una vez opera el salto de inscribir el defecto, ya no como insuficiencia de palabra, sino como inherente a la palabra misma, la pregunta que plantea toda palabra ya no es sólo “¿qué es lo que en esta palabra se dice en verdad? ¿Qué es lo que en verdad quiere decir?”, sino que se añade esta otra: “¿En qué discurso se inscribe esta palabra?” Esto supone no olvidar el “que se diga” en lo que se dice, el decir en lo dicho; esto supone que lo que se escucha no se limita a los dichos, a los enunciados y a su valor de verdad, sino que se emplea una escucha para escuchar en qué discurso, en qué acto de decir un dicho es proferido.

Los dichos y el decir

Pero yo profiero aquí una prescripción que pide ser justificada. Se plantean en efecto previamente algunas preguntas:

¿Puede, contrariamente a la asección de Lacan, no olvidarse el “que se diga” cuando se escucha a alguien que habla? Si es que sí, ¿cómo? ¿es preciso y por qué? Para acabar y sobre todo ¿en qué el tomar en cuenta el “que se diga” modifica la cura en sus objetivos y entonces en la conducta del análisis? Y por lo que concierne al analizante, el sujeto que habla ¿debe estar sensibilizado también a esta dimensión del decir sin sus dichos? Si es que sí ¿por qué y cómo?

“Escucha a la potencia segunda” dijo en un primer tiempo Lacan para rendir cuentas del desplazamiento de la posición de auditor que no puede satisfacerse por situarse en la posición inmediata del interlocutor. Esta potencia segunda ya es en sí una temporalidad desfasada, puesto que se extrae de la inmediatez de la interlocución que se inscribe en un solo eje, el eje imaginario. Pero la expresión de escucha a la potencia segunda, si evoca una escucha mejor, más justa, más adecuada a la verdad en juego, deja implícita la distinción entre los dichos

y el decir. La diferencia misma es mayor: la escucha a la potencia segunda apunta al pasaje de lo imaginario a lo simbólico, con referencia al esquema L; ¿se trata de pasar de un dicho inocente a un dicho responsable?

Examinemos la hipótesis de que este pasaje de lo imaginario a lo simbólico no fuera idéntica al pasaje entre los dichos y el decir. Sería en efecto decepcionante que los avances de Lacan fueran una reiteración de las mismas ideas vestidas con vocablos distintos. Constatemos ya que con el “*que se diga*”, no se cambia de registro, se cambia de modo, se pasa al subjuntivo. ¿Qué cambia esto? Complicada y contradictoria la interpretación, para los gramáticos, del subjuntivo. Retengamos que insisten en su mayoría en la relación de subordinación que traduce este modo, y también en la dimensión de implicación subjetiva en el enunciado.

Ahí precisamente me parece que está el salto entre *La dirección de la cura* y *L'Étourdit*. *La dirección de la cura* lleva a la castración simbólica, en el sentido que es imposible ser el falo, nombre de la causa final del deseo, y que es un significante articulado en la cadena, pero inarticulable como tal. Por el contrario, el acento sobre el decir apunta a revelar la razón de ser del significante fálico, su causa primera, que es una función de realización de un goce a pesar de la castración, estando las dos situadas más fundamentalmente en la estructura, a nivel de lo real. Es porque está la castración en lo real del discurso al mismo tiempo que un goce que insiste que el significante fálico es llamado para recubrirla dándole una significación: es porque está la castración que se habla, que el sujeto es aspirado en la palabra. El psicoanalista, al ofrecer su escucha a la palabra del sujeto, no hace más que ofrecerse a un lugar que para el sujeto hablante, el parlêtre, está siempre ya constituida de antemano. Y en lugar de ofrecerse al diálogo, aunque sea el analítico, el psicoanalista pone en cuestión la función de la palabra a partir de la estructura del discurso.

Podríamos decir: *“No me hablarías, no aceptarías mi oferta de escucharte, si no estuvieras ya irrevocablemente tomado en el discurso, y por eso llevado a hablar a alguien”*.

Así, la palabra cesa de ser primero pregunta, aunque sea pregunta de verdad, para ser respuesta. La palabra, aún inquiridora, es respuesta de goce a la castración que lleva el discurso en el que el sujeto está tomado. Hagamos pues, a título de hipótesis, *“la experiencia mental”* que consiste encarar las sesiones breves como el instrumento que responde a este pasaje del fantasma como articulación de lo imaginario y lo simbólico a lo real de la castración y del goce residual. Se trata entonces en las sesiones breves menos de una vanidad de la palabra que de los límites y de la causa de la palabra, límites y causa que sólo se alcanzan en y por la palabra, no la palabra de los bellos discursos, de las elaboraciones y las construcciones, sino la palabra quebrada, interrumpida, único medio no contradictorio de llevarla a interrogarse sobre ella misma y a medir su aporía. Pues, reconozcámoslo, habría una contradicción en discutir infinitamente sobre los límites de la palabra... Imaginemos un mandamiento que profiriera: *“Que la palabra sea”*, o, lo que viene a ser lo mismo a este nivel: *“Que el lenguaje sea”*, o: *“Que el discurso sea”*. Se desvela enseguida la división constitutiva del Uno: es imposible en efecto decir *“Que el lenguaje sea”* sin ser sostenido ya por el lenguaje.

¿Una aporía o una práctica?

Al considerar la sesión breve como un nuevo instrumento se plantea una pregunta práctica: ¿Con respecto a la duración de las sesiones habría tiempos del análisis? ¿Podríamos distinguir un primer tiempo de interpretación y de elaboración de la significación fálica, sobre el cual la dirección de la cura respondería al artículo del mismo nombre, primer tiempo en

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL TIEMPO DE LA SESIÓN

que las sesiones de duración variable están al servicio de la producción del saber inconsciente. El segundo tiempo, el de las sesiones breves, ya no sería la producción del saber inconsciente lo que estaría en juego, sino la misma prueba de la castración en lo que ella tiene de imposible de articular, de inarticulable, y del modo de gozar específico del sujeto, de su "síntoma"? Se trataría entonces, más allá de los dichos, de apuntar al decir en su radicalidad. En su radicalidad, es decir en la imposibilidad de alcanzarlo por dichos. Es ahí donde se aloja el objeto a, objeto del corte mismo, corte entre los dichos y el decir, objeto del que el analista como Otro simbólico es el continente, el recelo velado. Alcanzar esta función, aprender su existencia y su manejo, no puede hacerse con enunciados sobre el objeto a, aunque para interesarse por él bien es preciso que haya sido ya nombrado. Respecto a este objeto, su conocimiento no es un conocimiento teórico, sólo puede obtenerse por la prueba de su encuentro. Y aún así, este encuentro no es el hecho de un encuentro traumático con un objeto sustancial, al modo como la joven puede encontrarse con la erección de un tendero un poco pegajoso, pero es un encuentro con la imposibilidad del encuentro sustancial; es la repetición del encuentro fallido con una sustancia cualquiera que es la prueba del encuentro. Así se cristaliza progresivamente el analista como objeto a en lugar del analista como Otro garante de la verdad.

Lo que acabo de decir parece conferir al analista la medida y el dominio del tiempo para pasar de la escansión a la sesión breve a fin de conducir al analizante de la escansión al fin del análisis. Sesión corta, repito, no para quitar las ganas al sujeto de venir a hablar, sino para hacerle entrever, captar, lo real que le falta, y que él es.

Y en el fondo una hipótesis tal en dos tiempos aduce lo que las sesiones breves tienen de escandaloso: si conciernen sólo al fin del análisis, y más aún, sólo a aquellos que quieren llevar la experiencia a su término extremo, su existencia se

convierte en un asunto de laboratorio, una experimentación para especialistas unidos por una cierta connivencia. Los usuarios habituales del psicoanálisis están, a dios gracias, exentos de tales procedimientos, a igual título que en medicina los enfermos ordinarios, que por ser ordinarios no tienen menos derechos a los mejores cuidados y están legalmente exentos de servir de cobayas a las experiencias médicas.

***Experimentus mentis* y transmisión del psicoanálisis**

Sin embargo la experiencia muestra que no es así. ¿Qué experiencia? Es breve, es la de Lacan, Lacan el practicante, el contemporáneo además de *Aún* y de *L'Étourdit*, es decir un Lacan tardío y discutido. Que yo sepa, nadie más practica la sesión breve en el sentido fuerte que acabamos de examinar como "experiencia mental". Sin embargo, aun si no con todos, en todo caso con algunos Lacan practicaba las sesiones breves, sin mirar en qué punto estaban estos sujetos en su análisis. Pero hay que añadir que todos aquellos con quienes él practicaba así, que yo sepa conocían a Lacan, Lacan el psicoanalista docente, teórico, didáctico; dicho de otro modo, mantenían una transferencia sólida con Lacan. Y esta experiencia mostró que la transferencia, en la medida que se sostiene en el fantasma, da significación al final de sesión, sea cual sea su duración, por breve que sea. Así, para finalizar, no es el analista quien dispone del tempo de un análisis, es la estructura del sujeto... Antes de que lo que llamaré el estrato basal del fantasma sea alcanzado, el sujeto es llevado, quiera o no, a activar su escenario inconsciente y por ahí a elaborarlo, construirlo. Eso deja suponer que la sesión breve es practicable en principio, es el progreso del análisis lo que hace que el sujeto le dé su sentido, de escansión significativa primero, y luego de revelación de su valor de encuentro con lo real de decir. Pero para practicar así, lo que sería entonces teóricamente

totalmente posible, hace falta una sagrada transferencia, del analizante con la verdad freudiana, del analista con el psicoanálisis. Creo que estamos bastante lejos d ello... Es un tiempo en el que no estamos aún...

Traducción a cargo de Manel Rebollo

NOTAS

- 1.-N. de T. *Esprit*: espíritu, mente, pensamiento.
- 2.- Freud, S.: *Análisis terminable e interminable*. (1937). Amorrortu Vol XXIII
- 3.- *Oxymore*: vocablo francés procedente del griego, cuyo sentido es el de reunir dos palabras con sentidos contradictorios para reforzar su fuerza expresiva: por ejemplo: una dulce violencia. Desconozco el término español equivalente.

I.- EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS

4.- EL PSICOANÁLISIS EN NUESTRO TIEMPO

EL PSICOANÁLISIS AYER, HOY ¿MAÑANA?

ANA MARTÍNEZ WESTERHAUSEN

BARCELONA

Comienzo esta exposición advirtiendo que se trata de una reflexión de carácter político determinada por la preocupación de encontrar una fórmula asociativa para el *Campo Lacaniano* (CL) suficientemente operativa y duradera como para coadyuvar con eficacia a la supervivencia futura del psicoanálisis. Pues hay signos en la actualidad indicadores de una tendencia a su retroceso y/o degradación progresiva, y sabemos por otra parte que la permanencia del signifiante “psicoanálisis” no garantiza la supervivencia de la teoría y la práctica fundadas por Freud y reformulada y ampliada por Lacan.

Así pues aporto al colectivo de los *Foros del Campo Lacaniano* (FCL), para su debate, una reflexión política, que no se refiere a la política del psicoanálisis, ni de la dirección de la cura – ambas a buen recaudo de la Escuela – sino a una política para el psicoanálisis, cuyo desarrollo y práctica considero imprescindible en el ámbito asociativo de los FCL.

Por otra parte me parece que abrir una reflexión y debate de este orden supone practicar una clínica de la institución y de los discursos que en ella circulan, que no sólo es un derecho sino incluso un deber para el CL.

¿Tiene futuro el psicoanálisis?

Esta pregunta seguramente tiene algo de ingenua o pretenciosa, pues difícilmente se puede responder a ella en la medida en que con relación al futuro siempre hay algo de contingente e impredecible. Claudio Magris lo expresaba así en una entrevista

reciente: *"En los últimos 10 o 12 años el mundo nos ha enseñado realmente que todo puede pasar, yo en este momento espero cualquier cosa."* ¹

No obstante es posible hacer un análisis de los acontecimientos del ayer próximo y del hoy inmediato que permita captar signos sobre los que apoyar una cierta visión de futuro. Así por ejemplo creo que se puede afirmar que la predicción de Lacan en *Televisión* relativa a la promesa del discurso analítico, a saber que podría operar la salida del discurso capitalista, es algo que ya no se puede sostener en nuestro presente. Más bien de lo que se trata hoy, pensando en el mañana, es de evitar que el discurso psicoanalítico quede ahogado por el discurso capitalista y su variante el discurso de la ciencia. Esta referencia a *Televisión* muestra bien cómo al paso del tiempo actual, caracterizado por una determinada evolución del mundo y sus discursos, se pone en evidencia que o bien Lacan sobreestimaba el poder del discurso analítico y tal vez la consistencia del deseo del analista, o bien su mundo y el nuestro ya no tienen mucho que ver.

Son ya varios los analistas lacanianos y no lacanianos que han escrito acerca de esos índices de la actualidad del mundo hostiles al psicoanálisis, como son: el declive de la función paterna, el desapego en relación al inconsciente y a la "hystoria", las desgracias del deseo reducido al goce, la subjetividad amenazada por los progresos de la ciencia y la globalización del capitalismo, los peligros de la cibernética, etc. Por cierto que con respecto a este último punto quisiera hacerles llegar un comentario de Harold Bloom pronunciado con ocasión de su reciente visita a Barcelona. En la conferencia que dictó ² advertía de que la supervivencia de la lectura y de la literatura misma se veían amenazadas por el mundo de indistinciones que simboliza Internet con sus sobredosis de información no transformada en sabiduría. Bloom teme estar

representando a una especie en extinción, a la vez que denuncia la transformación de las universidades y academias en centros propagandísticos de grupos convertidos en “lobbies”, que han abandonado todos los estándares estéticos e intelectuales.

Pero no me voy a detener en este terreno de estudio e interpretación sociológicos en su relación con el psicoanálisis, del que contamos ya con aportes muy valiosos de colegas nuestros, sino que voy a focalizar la reflexión en la dimensión política del futuro del psicoanálisis.

La hipótesis de partida es la siguiente: el psicoanálisis tendrá futuro o no en función de la existencia de comunidades analíticas que lo sostengan de una determinada manera ¿cuál?

De entrada la respuesta tiene una doble vertiente. Por una parte se trata de velar por la realización de una verdadera experiencia analítica y por el cultivo del discurso analítico. Esta es la vertiente de la política del psicoanálisis que corresponde ejercer a la Escuela. Por otra parte se trata de desarrollar una política de presencia en el mundo a fin de conseguir una cuota de poder suficiente como para hacerse oír y respetar en la sociedad de hoy, política que pasa por relacionarse e intercambiar con las instancias e instituciones públicas y privadas, con otras asociaciones de todo tipo incluidas las analíticas, etc. Esta política para el psicoanálisis estaría a cargo de las instancias de gobierno asociativas. En último término sus fines serían conquistar y preservar un lugar en el mundo para el psicoanálisis, mientras que la política de la Escuela se cuidaría de que ese psicoanálisis verdaderamente lo sea.

De lo que voy a tratar es de la política asociativa o política para el psicoanálisis, dado que considero que es la que más cojea en el CL actual.

Cuestiones relativas a una política para el psicoanálisis

El planteamiento de esta tema se inicia lógicamente con dos interrogantes básicos:

1º ¿Es necesario que una comunidad analítica disponga de una estructura política asociativa consistente para cumplir con sus fines de cultivo y transmisión del psicoanálisis?

2º En caso de responder afirmativamente al interrogante anterior ¿qué estructura política sería la más adecuada, en función de las características actuales de nuestro mundo y la previsión de su futuro?

Para responder a la primera cuestión conviene tener en cuenta dos cosas, el pasado - es decir la historia del movimiento analítico - y el presente, en tanto resultado de esa historia y de las características del mundo actual con su subjetividad propia. No voy a abundar en este segundo aspecto ya apuntado un poco más arriba, pero me voy a permitir volver a citar a Claudio Magris que en la susodicha entrevista, centrada en el análisis de las nuevas crisis que plantea el siglo XXI, dice: *“El mundo nunca ha estado tan necesitado de política como ahora... frente al liberalismo salvaje y los populismos de distintos tipos que se caracterizan por una pura voluntad de potencia liberada de toda jerarquía de valores, demasiadas veces la democracia ha respondido muy débilmente, evitando hacer frente a problemas molestos.”* Me interesa resaltar de esta cita los peligros de las respuestas demasiado débiles o evitativas, cuando no la ausencia de respuestas.

Por lo que respecta a lo que nos enseña la historia del movimiento analítico podemos decir primeramente que Freud y sus allegados más próximos vieron pronto, en 1910, la necesidad de dotar al movimiento analítico de una estructura asociativa *Asociación Internacional de Psicoanálisis (IPA)* para llevar a término el objetivo de la difusión del psicoanálisis y el

control sobre su garantía. Los buenos resultados obtenidos se reflejan en la *Guía del psicoanálisis internacional* de Peter Kutter, donde el mapa de la expansión psicoanalítica correspondiente al año 1992 muestra al psicoanálisis instalado en 4 de los 5 continentes, y dentro de ellos en 41 países. Se demuestra por tanto que la política de la IPA fue correcta en cuanto a los objetivos de expansión del psicoanálisis. Sin embargo este éxito, como sabemos, no se dio sin un alto coste, que Lacan señaló, pues la unidad asociativa de ese vasto campo conquistado se mantuvo al precio de consentir la fragmentación y degradación teórica.

La opción institucional de Lacan con la *Escuela freudiana de París* (EFP), en la que no hay que olvidar que la Asociación y la Escuela eran la misma cosa, se puede pensar que pecó por el lado contrario. La aplicación prácticamente exclusiva de la política de la Escuela, con su objetivo de conseguir analistas a la altura de su función, condujo a la desaparición de la institución misma.

Por su parte con la modalidad institucional de la *Asociación Mundial de Psicoanálisis* (AMP) de J.A. Miller, nos encontramos de nuevo, como en la IPA, con una política asociativa que se antepone a la política de Escuela y acaba yendo contra el discurso psicoanalítico. La diferencia con la IPA es que en lugar de la Babel teórica, lo que se produce en la AMP es el pensamiento único, en lo que por cierto consigue sintonizar con la subjetividad de la época.

Pero también hay voces, bien actuales, que defienden estructuras de otro tipo, minimales. Estas propuestas parece que apostasen por una operación de deconstrucción de las estructuras asociativas clásicas. Así por ejemplo en el reciente libro de Elisabeth Roudinesco *¿Porqué el psicoanálisis?* se afirma que en la actualidad hay muchos sujetos jóvenes que se han acercado al psicoanálisis y se han sentido decepcionados por los movimientos escisionistas, la esclerosis institucional, las

trabas para progresar en el gradus y la jerarquía, etc. y que acaban concluyendo que *" las instituciones centralizadoras son mucho menos creíbles que las pequeñas unidades, más vivas, más creativas y siempre prontas a federarse para intercambiar mejor entre ellas las experiencias clínicas y los saberes."* ³

Por mi parte contradigo la opinión de Roudinesco, pues basándome en mi experiencia personal en las instituciones analíticas y en lo que he podido aprender de la lectura de la historia del movimiento analítico, afirmo que si bien es posible que algunas unidades pequeñas sean más creíbles para algunos sujetos interesados en el psicoanálisis, es seguro que no lo son para las instancias estatales encargadas, como parece inevitable, de la reglamentación en un futuro no muy lejano de la práctica analítica, ni tampoco lo son para muchas instituciones de enseñanza (universidades, etc), médico-sanitarias, sociales en general. Por otra parte no tengo la experiencia de que dichas pequeñas unidades estén espontáneamente prontas al acercamiento y a la federación, a no ser que tengan para ello intereses que les lleven a impulsar alianzas de conveniencia.

Entonces ¿cómo responder al segundo interrogante acerca de la estructura política más adecuada?

En función de lo dicho llego a la siguiente conclusión, una asociación psicoanalítica que aspire a ser operativa, consistente y duradera convendría que:

- tuviera una unidad política organizada y eficaz, compatible con la preservación de los funcionamientos locales autónomos
- tuviera un poder real, controlado por el recurso a la división de poderes, siendo la primera de ellas la separación entre el poder de la Asociación o política para el psicoanálisis y el poder de la Escuela o política

del psicoanálisis, y la segunda la separación entre el poder de la instancia de gobierno del conjunto unitario y el poder de las unidades locales

- se atuviese a un funcionamiento democrático bien entendido

¿A qué nos referimos con la expresión "un funcionamiento democrático bien entendido"?

Creo que es sabido de todos, que existen usos perversos de la democracia que llevan a lo peor. Y este no es un saber nuevo, sino que lo encontramos amplia y rigurosamente tratado por ejemplo en un autor del siglo XIX muy apreciado por Lacan, como es Alexis de Tocqueville. Este autor, estudioso de los desarrollos políticos derivados de la Revolución francesa, formula los efectos perniciosos de la democracia, localizando como el más extremo la figura de la "tiranía de la mayoría". Tocqueville decía que "*la institución y la organización de la democracia en el mundo cristiano es el mayor problema político de nuestro tiempo*"⁴, y ello porque puede ser la base tanto de la libertad como del despotismo. Ortega y Gasset, en su estudio dedicado a *Tocqueville y su tiempo*, sostiene que para evitar caer en la tiranía de la mayoría es preciso establecer un armazón de instituciones políticas y de usos cotidianos que hagan posibles existencias libres.

Pero prosiguiendo con Tocqueville, este estudioso de la democracia constata que: "Los excesos y crímenes de la Revolución francesa y del régimen napoleónico habían puesto en evidencia que para resolver el problema de la democracia no basta con sustituir el principio de la soberanía monarca-aristocrática por el de la soberanía popular. Sin una adecuada limitación del poder no es posible la libertad... cuando se establece que la soberanía de ciertos individuos es ilimitada, se crea... un coeficiente de poder que es en sí mismo demasiado

elevado y que está destinado a ser un mal, sean cuales fueran las manos en que se encuentre. Confiarlo a un hombre, a diversos hombres o a todos es igualmente malo.”⁵

Tocqueville por tanto condiciona la idea de la democracia benéfica a la limitación del poder, alcanzable gracias a su división y su control. En la práctica eso se concreta por una parte en lo que denomina la “autonomía de la sociedad civil”, que se plasma en la proliferación de las iniciativas, y por otra en la doctrina del interés bien entendido, que es aquel que garantizando la autonomía de la sociedad civil permite el surgimiento de una densa trama de asociaciones. Este pensador señala no obstante un peligro que amenaza este buen uso de la democracia. Se trata del individualismo, definido como “*el sentimiento que impulsa a todo ciudadano a apartarse de la masa de sus semejantes y a mantenerse aparte con su familia y sus amigos... son hombres que no hacen sino dar vueltas sobre sí mismos, para procurarse pequeños y vulgares placeres con los que saciar su espíritu. Cada uno de estos hombres vive por su cuenta y permanece ajeno al destino de los demás.*”⁶

Consideraciones sobre el presente del *Campo Lacaniano* y propuestas para el futuro

La definición de lo que es el CL está formulada de una forma muy clara y precisa en el artículo de Colette Soler en Link, nº 8 titulado *Campo Lacaniano*. De allí extraemos el rasgo principal que lo identifica, a saber el objetivo de hacer prevalecer la hipótesis lacaniana en la civilización. Tal hipótesis puede resumirse de la siguiente manera, cito: “*el lenguaje es un operador que modifica y ordena lo real, introduciendo su lógica propia en el campo del goce viviente*”⁷, de ahí que el CL se aplique al estudio y tratamiento de las formaciones del goce o formaciones de la civilización, además de tratar las formaciones del inconsciente de los individuos.

Ahora bien, para que este CL sea efectivo en el cumplimiento de sus objetivos considero que precisa de una organización política operativa. Es a ese nivel que cabe un trabajo colectivo de evaluación de la organización política actual del CL, para a partir de ahí considerar si es preciso o conveniente innovar con vistas al futuro.

Voy a dar mi opinión, con la voluntad de que sirva de motor para un debate conjunto.

En primer lugar una constatación: no tenemos una política del CL, me explico. El CL en nuestro presente se apoya sobre tres patas: la *Internacional de los Foros (IF)*, la *Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano (EPCL)* y las *Formaciones Clínicas del Campo Lacaniano (FCCL)*. Tenemos una política de la IF, y también tenemos una política de la Escuela - la primera más difusa e indeterminada que la segunda, en mi opinión - pero carecemos de una política conjunta de las FCCL, así como de una política del trípode constituyente del CL.

Supongo que habrá quienes pensarán que es mejor así, pero yo discrepo de tal posición. Pienso que en los tiempos que se avecinan de mayor regulación estatal de las prácticas y enseñanzas profesionales, y la experiencia reciente en España de la introducción del título de Psicólogo Clínico se puede interpretar ya como un primer paso en esta dirección, nos conviene desarrollar políticas que den consistencia y coherencia a nuestra comunidad.

En segundo lugar se puede hacer un balance de los aspectos positivos y de los negativos de la estructura política actual, que como he dicho no se refiere a la totalidad del CL sino exclusivamente al binomio Asociación-Escuela.

El balance personal que hago es el siguiente:

Aspectos positivos:

1. la estructura federativa de la IF,
2. los principios de iniciativa y solidaridad que rigen el funcionamiento del colectivo
3. la separación del poder asociativo y el poder de la Escuela
4. las instancias colegiadas
5. los principios de funcionamiento de la EPCL

Aspectos negativos, destaco dos:

1. El vacío de poder político a nivel de las instancias de la IF.

Así como la estructuración organizativa prevista para la EPCL en su *Principios directivos* me parece satisfactoria- aunque siempre hay que esperar lo que la experiencia de su aplicación nos depare -no me parece tan satisfactoria la organización y funcionamiento de la IF. Considero que a la hora de dirigir su política y sus acciones se hace evidente un desequilibrio entre el poder de los distintos Foros y las instancias representativas de la IF. De hecho en *La Charte* se define que tanto el *Colegio de Representantes* (CR) como el *Colegio de delegados* (CD) tienen una función puramente representativa, además de dedicarse a favorecer la cohesión del conjunto y la circulación de las informaciones. Por otra parte se dice allí explícitamente que la IF no interviene en la gestión interna de los Foros que la integran.

Pienso que si bien esa estrategia política pudo ser adecuada en un primer tiempo, ya no lo es. El vacío de poder político a nivel de las instancias de la IF conduce en mi opinión a una situación de desgobierno peligroso.

2. El funcionamiento democrático concentrado en la práctica de las elecciones.

La lectura reciente de un artículo del profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad de Madrid Sr. Andrés de Francisco, me ha permitido formular un malestar que venía sintiendo desde hace un tiempo en relación con la experiencia democrática de las votaciones en el ámbito de la IF. Dice el profesor, no sin ironía, que hoy en día se tiende a concebir el funcionamiento democrático limitándolo al principio de las elecciones democráticas lo que aboca en situaciones paradójicas del tipo partidos fuertemente oligárquicos y autoritarios presumiendo de una inmaculada vocación democrática.

Este autor sostiene que la democracia es otra cosa. La referencia histórica le permite recordar que “el democrático” principio de elección mayoritaria nunca fue la seña institucional de identidad de la democracia histórica. Pues sus señas de identidad son tres mecanismos de participación política: rotación obligatoria en la ocupación de los cargos, brevedad de los mandatos y el principio de selección por sorteo.⁸

Por nuestra parte, en la IF es evidente que el peligro no lo constituye el autoritarismo sino precisamente su revés, el vacío de autoridad.

En función de lo dicho anteriormente concluyo que para defender un funcionamiento democrático benéfico en la IF sería conveniente que, sin renunciar a la autonomía de funcionamiento actual de los Foros uno por uno, nos dotemos de unas instancias a nivel de la IF con poder de dirección y gestión, capaces de pensar y poner en práctica una política para el conjunto y con el conjunto de los Foros integrantes de la IF.

Lo positivo de una estructura de este tipo sería que la limitación del poder estaría asegurada por el doble nivel de estructuras: las locales y las centrales federativas.

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS. EL PSICOANÁLISIS EN NUESTRO TIEMPO

En cuanto a los principios democráticos recomendables: división de poderes, limitación del poder, permutación, mandatos cortos, debate y participación colectiva así como elecciones generales restringidas a determinados acontecimientos, pienso que bastantes de ellos son ya operativos en nuestra comunidad actual, lo que hace pensar que no estaríamos tan lejos de funcionar de acuerdo con el modelo sugerido. La ganancia previsible en unidad y fuerza para afrontar un futuro que se presenta aún más hostil para el psicoanálisis que nuestro presente me parece dar validez a esta propuesta.

10 septiembre 2002

NOTAS

- 1.- Magris, Claudio, entrevista en el diario El País, Barcelona 9-6-2002
- 2.- Bloom, Harold, resumen de la conferencia pronunciada en Barcelona con ocasión de recoger el Premio Internacional Catalunya publicado en el diario La Vanguardia, Barcelona 23-5-2002
- 3.- Roudinesco, Elisabeth, *¿Porqué el psicoanálisis?*, 1999, Piados, p.128
- 4.- Infantino, Lorenzo, *Tocqueville y el problema de la democracia*, revista La ilustración liberal, nº 11, p. 143 y 134 5.- Infantino, Lorenzo, op cit., p.137 y 138
- 6.- Infantino, Lorenzo, op cit , p. 156
- 7.- Soler, Colette, *Campo Lacaniano*, Link 8, p.14-16
- 8.- de Francisco, Andrés *¿Democracia de los partidos? Sí, pero en serio*, artículo publicado en el diario El País, Barcelona 11-6-2002

EL EMBROLLO DE LOS DISCURSOS

COLETTE SOLER

PARIS

Hay un malestar... de los psicoanalistas. No es nuevo. Ya en tiempos de Freud los psicoanalistas veían que el psicoanálisis se había hecho reacio a sus reprobaciones. Desde entonces esto nunca ha cesado, aunque los temas varíen. Se "*opeorar*"¹, decía Lacan al inicio de *Televisión*, y escribía la palabra (en francés) con una apóstrofe. Es un hecho. Los psicoanalistas de hoy tienen a menudo aires de mozo de cuerda, doblando el espinazo bajo el peso de su carga, y eso merece una interpretación.

Todo indica que estamos asediados por la cuestión del fin. El fin del tiempo del psicoanálisis, claro. Fin a menudo evocado, deseado por muchos, y lógicamente posible: puesto que el Inconsciente ha pasado del psicoanalista durante siglos, bien podría volver a hacerlo. Angustia pues. El psicoanalista, ya deshecho de su discurso, podría volverse el deshecho de la historia. Esta espada de Damocles de una desaparición anunciada no es pues sin razones, pero, cualesquiera que sean esas razones, esta angustia tiene efectos seguros, muy presentes, que no esperan a mañana y que son a menudo deletéreos. Es este asedio el que da a las luchas competitivas entre las agrupaciones de analistas acentos casi darwinianos. Pues con el principio de la selección natural, es a quien producirá el analista mejor adaptado a la supervivencia en medio hostil. Es así como de todas partes, se dice pronto para el nuevo siglo, se fanfarronea sobre el psicoanalista del siglo XXI que se

pretende producir, en *“la Europa psicoanalítica”* o *“Nuestra Escuela y la del otro”*, último título llegado a mi conocimiento.

Aquí una observación: evocar la cuestión de la supervivencia a su nivel más concreto no me parece desplazado. Y les recuerdo que es con esta evocación como la Proposición de 1967 termina. Lacan, tras haber recordado los campos y la ascensión de la segregación, dice esto, cito: *“(…) la IPA de la Mittleuropa demostró su preadaptación a esta prueba no perdiendo en los dichos campos ni uno solo de sus miembros”*, y de añadir, subrayo, que es gracias a esta proeza que registró tras la guerra una avalancha de candidaturas motivada, dice Lacan, por las ganas de encontrar un refugio!

Hoy cada vez más los analistas buscan apoyo, ayuda y refugio en los discursos y las instituciones otras, las del discurso dominante. Uno ya no se vuelve hacia el “redil” de la psicología general que Lacan ya denunciaba en los años sesenta, pues hasta ella está difunta. Pero somos muy aficionados al diálogo con las neurociencias, el derecho, la medicina, incluso el cognotivismo. En cuanto a las instituciones, es patente. Poner un pie en el hospital psiquiátrico, o cualquier otra institución de salud mental, y sobre todo en la Universidad, a causa de los jóvenes del futuro, se presenta hoy como el ABC del seguro de vida del psicoanalista. Los psicoanalistas se procuran asientos sociales e identificatorios en las instituciones y la cultura. Se hacen profesores, directores de instituciones, autores, animadores de medias, coleccionistas, y yo qué sé qué más. Veán el contraste con los años 70 –en Francia al menos. Estábamos entonces en el momento de la subida al poder de la enseñanza de Lacan, del esplendor de la EFP, con su formidable efecto de transferencia, y nadie miraba otro discurso. Al contrario, el movimiento de conjunto era inverso. Los analistas creían entonces lo bastante en el psicoanálisis, en Lacan, en su Escuela, como para desertar de las instituciones

del Estado, sobre todo los hospitales, las universidades. Yo misma compartí este momento de entusiasmo, hasta el punto de dimitir de mi puesto de docente en la Escuela Normal Superior.

Un malestar así participa del síntoma. Es decir que está sobredeterminado. Se refiere por un lado a las mutaciones del discurso del amo en su forma contemporánea, el discurso capitalista; por otro lado, es mi tesis, se refiere al discurso analítico mismo tal como existe hoy en día, y a algo que cojea del lado de los psicoanalistas.

Todo se reduce de hecho a dos preguntas: el sujeto moderno, el que determina el discurso contemporáneo ¿es todavía analizable?

Pero por otro lado, lo que nos interesa en primer lugar, pues es lo único sobre lo que podamos tener algo que hacer: ¿el psicoanalista de hoy es todavía capaz, como decía Lacan, cito, *"de alcanzar en su horizonte la subjetividad de su época"*, en la medida que no cesa de denunciarla, lo que constatamos todos los días?

La primera pregunta inspira a todas luces la complacencia que empleamos hoy en deplorar o en inquietarnos por los síntomas que decimos nuevos, más refractarios, y también por las demandas o por las no demandas que consideramos poco propicias para la entrada en la transferencia. Este coro de lamentaciones no se distingue en nada del de los medias. Por todas partes es sólo un único gran clamor. Por lo que nos concierne ¿cómo se describiría hoy, cuarenta años después, el fin de la Proposición de 1967? *"El horizonte del psicoanálisis en extensión"* ha cambiado mucho, seguro. El Edipo y la familia pequeño burguesa que Lacan evoca solidariamente ya no están en el horizonte. Queda sólo el sueño histórico del padre con mayúscula inencontrable, y... la familia en desorden, como titula Elisabeth Roudinesco. Por el lado de las instituciones, el

modelo de la Unidad ya no es único, el uno de la IPA tiene un gemelo AME y toda una gran fratría de otros modelos. En lo real, la segregación aguanta el golpe, es incluso galopante. En lo sucesivo los problemas de vivienda son para todos – metafóricamente hablando, claro está.

Todas estas quejas, por fundadas que estén, son pusilánimes, pues no cambian nada. Pero es cierto que vista la duración de los análisis, de la de las sesiones (inversa), del precio, de la prueba anunciada, del resultado incierto, se dice a veces que la oferta analítica ya no está en hora, le cuesta alcanzar el espíritu de un tiempo que hace de la rentabilidad una palabra clave y que empuja al acto más que a la dialéctica. A menos que, considerando cuanto se preocupa esta época por el empleo del tiempo libre, temamos quedar relegados a la categoría de ocio de lujo, y de ser en la cultura lo que el golf es para los otros deportes. Índice de todas estas dudas si hiciera falta: podemos escribir “*¿Por qué el psicoanálisis?*”, pregunta que nunca se plantea más que para las cosas amenazadas, del estilo, “*¿Por qué los filósofos?*” o “*¿Por qué la obra de arte?*”, etc.

Dejemos estas lamentaciones y veamos en qué el capitalismo liberal, que está condicionado por la ciencia tanto como el psicoanálisis, podría amenazar a éste.

El psicoanálisis reposa en una hipótesis necesaria, la del sentido del síntoma. La transferencia, tal como Lacan construyó su matema, no es nada más que esta hipótesis. En efecto, suponer que el síntoma del que sufre el individuo quiere decir algo, que tiene un sentido entonces, y que este sentido es accesible, es suponerle un sujeto y además suponer un saber inscrito, descifrable, que permita liberar su sentido. Freud consiguió imponer en el siglo esta hipótesis del sentido subjetivo. Y tras Freud, en nuestras comarcas, los sujetos se van preguntando, por ejemplo: “*olvidé mis llaves*”, o “*tengo dolor de vientre, no llegué a mi cita*”, ¿qué quiere decir esto?

Sólo esta hipótesis es batida en brecha actualmente por dos razones:

La primera razón: los progresos de las ciencias de la vida están difundiendo en el discurso un postulado inverso del sentido: el postulado de la determinación orgánica (que sea por los genes, el cerebro, las hormonas, las vitaminas, los virus, las bacterias, poco importa), postulado que forcluye al sujeto. En este cuadro de discurso, cuando algo cojea los individuos se preguntan siempre primero de qué órgano están enfermos y cuál es el especialista *ad hoc*. Con esta hipótesis la histerización de los sujetos, sin la cual no puede emprenderse ningún análisis y cuya carga tiene el analista, encuentra obstáculos crecientes. El capitalismo produce ciertamente sujetos insatisfechos, tanto como la histeria, interpretando cada vez más la falta de su satisfacción en términos de tener, dicho de otro modo en términos de capital. Dinero, belleza, incluso amor, inteligencia, talento, salud, todo es compatibilizado en el registro de lo que se posee, en más o en menos, del déficit de más de goce y del beneficio esperado. No sabemos hasta dónde llegará esto, pero lo que está en juego en las próximas décadas en este punto puede formularse simplemente: o la hipótesis del sentido subjetivo o la de la determinación del capital individual por los aparatos del cuerpo.

La segunda razón es aparentemente paradójica. Es que la fragmentación de los vínculos genera otro postulado: la creencia en las virtudes de la palabra de confianza, en las virtudes del bio-relato, o de la bio-grafía, o de cualquier otra forma narrativa. Esta creencia en los vínculos de la palabra responde a las soledades del tiempo, cierto, pero no es en nada favorable al psicoanálisis, y no hace menos obstáculo, aunque de manera mucho más solapada, a la histerización de entrada. Creer que hablar hace bien, al igual que el yoga o la relajación, es un obstáculo a la asociación libre, pues no se entra en esta última si no se para de contarse, de confiar su

vida. Y por favor, no imaginemos que las nostalgias de Walter Benjamín en cuanto a la desaparición progresiva del gusto por el relato convergen con el psicoanálisis. Sus desarrollos están llenos de interés por otro lado, pero observen que las épocas en que el relato era el rey ignoraban también el psicoanálisis. La verdad tiene estructura de ficción, cierto, pero esta fórmula no era para invitar a cultivarla, sino todo lo contrario, para decir su impotencia en alcanzar lo real. El desciframiento, que sólo opera en el análisis, no tiene estructura de ficción, y la asociación libre apunta precisamente a hacer corte en las cadenas de la ficción subjetiva que envuelven al fantasma. “*Decirse*” en análisis es antinómico a mirarse en su relato biográfico. ¿Y la anamnesis, me dirán ustedes, y la reconstrucción de la historia con sus referencias simbólicas, imaginarias, reales, no son del orden del relato? Pues no, precisamente, ya que lo que está reprimido o incluso forcluido de una historia no se alcanza por el relato, que no sale de la metonimia. ABC freudiano. El relato permite a veces percibir, del lado del auditor o del lector, lo que interpreta toda una vida, pero no permite movilizarlo analíticamente. “*Debería Ud. ir a hablar a alguien*” es una expresión que, si no la corregimos, extravía al analizante en potencia, quiero decir que le condena a los confines de la psicoterapia, la cual está en perfectas condiciones de invadir el cuadro del psicoanálisis.

Tomo ahora las cosas al nivel en que el psicoanálisis está a merced, no del espíritu de los tiempos, sino del psicoanalista.

Evocaré dos factores que hacen que eso cojee. Uno se refiere a los límites de los análisis, el otro al estatuto mismo del acto psicoanalítico.

No cabe duda que no se lleva hoy los análisis de los analistas mucho más lejos que en tiempos de Freud y de sus contemporáneos. Sin embargo, parece que se produzca sobre todo analistas que, como había diagnosticado Lacan, cito, “*se autorizan de su extravío*”. El “autorizarse” aquí no designa

la instalación profesional, sino lo que funda cada respuesta del analista. Al ser siempre el sujeto lo extraviado en la estructura, esta expresión designa a analistas que se autorizan a título de sujeto barrado, seguro de la hiancia (A barrado), pero en falta de pase hacia lo que responde a esta hiancia, llámese fantasma o síntoma. No hablo aquí del dispositivo del pase, sino del pase hacia la conclusión propia de cada análisis.

Es que hay varias maneras de terminar un análisis, e incluso varias maneras de operar como analista. La dispersión de los ejemplos está sin embargo ordenado, yo lo desarrollé en 1989, tras mi participación en los carteles del pase.

Se constata que incluso no es imposible analizar, en cierta medida, con el fantasma. El paradigma en este punto es Melanie Klein. Sin duda inspirada, pero no analizada, por lo menos en sus inicios, y que lleva a la escena de la doctrina y de la práctica analítica, con sus primeros casos, todo el material de su fantasma de la madre. Este producto de la neurosis testimonia acerca de las virtudes de la verdad histórica para el psicoanálisis –a condición de que la fe en el inconsciente esté.

Observen que en la corriente en que se preconiza la identificación con el analista los analistas se autorizan del fantasma estándar de la norma que sustenta la relación con la realidad. No se ha dicho que esto sólo exista en la IPA, por otra parte. Como prueba la reacción de algunos lacanianos a las transformaciones de las costumbres sexuales, familiares y médicas de nuestro tiempo.

El fin que concluye en el S barrado, que yo llamaría de buen grado el fin por identificación a la castración, tiene sus efectos. Determina notoriamente un estilo individual que se prestaría fácilmente a la sátira si ésta no fuera vana; fabrica comunidades “teñidas de depresión”, como decía Lacan, y sobre todo funda identificaciones tan poderosas como las que hemos denunciado en la IPA y que mantienen la astuta beligerancia de la

impotencia. Pero aún más grave, y es para mí el punto decisivo, engendra cierto hastío de saber, en nombre de que el saber de un ser que se escabulle es vano. Ahora bien, el famoso deseo del analista, lo que le hace propicio al acto, no se sostiene solo. No quiero decir que le haga falta la compañía del grupo cuyas obscenidades sólo tienen la función de divertimento. Constató solamente que los períodos florecientes del psicoanálisis son aquellos en que funciona una nueva transferencia. Después de Freud fueron Melanie Klein un tiempo, luego Lacan. Tal vez sea lo que falta hoy: una nueva transferencia hacia un saber nuevo. Habitamos en la casa Lacan. Conocemos más o menos los planos de la casa, pues ya no nos golpeamos con las paredes, incluso organizamos visitas guiadas (nuestras enseñanzas), pero ya no hay más alas en construcción, aunque haya aún pisos inexplorados.

La coyuntura actual de las únicas comunidades susceptibles de sostener el discurso analítico, a saber los lacanianos, me parece pues constituida por dos rasgos: primero análisis que fracasan no en producir analizados, pues hoy los analistas bien que existen, sino en producir analizados que puedan sostener un deseo de saber; luego, la falta de una transferencia nueva que haga que haya psicoanalista lo bastante para sostener ese deseo que condiciona la misma existencia de la disciplina. Y eso no es culpa del capitalismo.

Vengo al segundo punto. El principal. Lo enuncio así: el estatuto del psicoanalista se hace cada vez más insoportable en la coyuntura capitalista actual. Querría intentar decir por qué.

Señalo en primer lugar que el capitalismo genera el deseo de pertenencia. La aspiración a integrarse, a *“estar en alguna parte”*, como decía un analizante, es aguda en todos los niveles de la sociedad por el mismo hecho de la fragmentación y de la fragilidad de los lazos. Nada desencadena más encarnizamiento que asegurarse un lugar de anclaje donde

alojarse al abrigo de los avatares de la coyuntura. El voto de pertenencia tiene su lógica evidente: es una suplencia al defecto del Otro con mayúscula. El aislamiento, la soledad, el margen, pueden asumirse e incluso adquirir valor cuando el Otro es consistente. Entonces todas las figuras del atrincheramiento, hasta la del eremita, pueden adquirir valor. Para el sujeto moderno, que tiene ganas de Otro, se excluye que se haga eremita. Le hace falta un tropel, es decir un conjunto de otros, esta vez sin mayúscula, que sean numerosos. El número suple hoy al Otro con mayúscula, ya he tenido la ocasión de desarrollarlo. Es por lo que adquiere un alcance transferencial.

En esta coyuntura, ¿qué es del psicoanalista, cuyo discurso existe, cuyo puesto está fuera del discurso común? Extraterritorialidad decía Lacan, y se ve enseguida que en este punto ha intervenido un cambio. Hubo un tiempo en que los psicoanalistas cultivaban, protegían su extraterritorialidad por toda suerte de medidas que significaban: prohibido al profano venir a ver. Hoy en todos los grupos se ve inversamente lo que llamaré, para evocar una imagen, ¡operaciones puertas abiertas! Es un índice más.

Ahora bien, el psicoanálisis es una profesión profundamente anticapitalista. Aún hay que ver a qué nivel.

Decimos: el psicoanálisis es una práctica anti-identificatoria – a contracorriente pues, lo repetimos. Lo es en lo que produce por el lado del analizante, es decir la caída de las identificaciones, la declinación de las imágenes del otro sin mayúscula, y de los significantes ideales del Otro con mayúscula. Y aún más que eso. La caída de su última identificación, histérica, a la falta de deseo. Se puede decir entonces que el análisis, reduciendo los semblantes, reduce a cada uno a su ser de goce.

Aquí hay un problema. Reducir el sujeto a su ser de goce es justamente lo que hace el capitalismo, que debe reducir a cada uno a los goces del consumidor y productor. Se puede, ciertamente, abogar para que se distinga el psicoanálisis y decir: sí, pero en el capitalismo se trata sólo de los goces estándar, homogeneizantes, que proclama la globalización del mercado, mientras que en el psicoanálisis puede acercarse a su punto de singularidad fantasmática y/o sintomática. Es verdad, sólo que la cultura de la singularidad no es menos un efecto de la homogeneización capitalista. Acabo de evocar el voto de pertenecer. Pero va a la par con otro, el de distinguirse de la masa, de hacer excepción por sus talentos, sus obras, incluso su *look* cuando no se tiene nada más, en fin, el voto de singularizarse. Hay que reflexionar bien, sobre todo en los foros que se han constituido contra la masificación homogeneizante de la AMP, apuntar a la diferencia a sido, en el capitalismo, un voto conforme y general. Entonces, si el psicoanálisis produce sólo la diferencia del analizado, le habrá readaptado al mundo de la competencia narcílica², como yo la llamo, sin más. Es lo que indica, por otra parte, la *Carta a los Italianos*. Pero entonces, ¿no colabora él también, como decía Lacan de los psicoterapeutas?

He aquí mi respuesta: es en la medida, y sólo en la medida que produce psicoanalista, que no colabora. ¿Es a nivel del psicoanalista, en tanto que agente del discurso analítico, que uno se apercibe de hasta qué punto el psicoanálisis es mucho más que una práctica desidentificante? Analista es una profesión que yo digo, si me permiten, anticapitalista – y el hecho de que el analista pueda ganar dinero no es objeción. El inconsciente no es anticapitalista, al contrario: trabaja incesantemente para producir goce. El capitalismo, en el fondo, es una enfermedad del gasto, o de la acumulación, como se quiera, puesto que funciona bajo el principio de la constitución y el crecimiento del capital. Ahora bien, el acto analítico, y ahí está el punto esencial, no genera nada capitalizable. El político, el artista, el sabio, el filósofo, el deportista, el autor, etc., pueden

entroyar los frutos simbólicos o reales de su excelencia, atribuirlos a su nombre y a veces transmitirlos. No es el caso del analista, en cuanto él opera en la cura. Su acto tiene efectos seguros, pero los beneficios, terapéuticos o epistémicos, pasan por el lado del analizante.

Saben con qué términos Lacan situó la salida del análisis para el analista: resto, deser, deshecho, desperdicio, *palea*, estiércol en una palabra. Toda la cuestión es saber cómo entenderlos, y muchos analistas confiesan no entenderlos en absoluto.

Son términos que tienen una resonancia muy patética. Se cree de buen grado que designan el hecho que el analista es un objeto destinado a ser abandonado, y que, además, sólo puede ser abandonado si ha caído de la posición de ser agalmático que le daba la transferencia, de donde el término deser. Si Lacan había utilizado el énfasis de los términos que he recordado para decir esto, sería simplemente ridículo. Por dos razones esenciales. Primero, esta historia de un amor que terminará, sólo es patética a vista con la lente de la transferencia. Visto por el analista es distinto, pues este objeto no lo es, sólo soporta el semblante, y cuando ha caído de esta posición es al mismo tiempo liberado de la obligación de soportar la transferencia. Además, el analista no es el único destinado a ser dejado o caído. Es también el caso de los padres y de los maestros que los niños y los alumnos dejarán. Es también el caso de las mujeres y de los hombres que, con el tiempo, pierden el agalma de sus encantos o de sus medios. Son los dolores de la vida sin duda alguna, pero que finalmente no importa quien soporta. Sería el colmo que para el analista fuera un drama mayor.

La diferencia está en otra parte. Los primeros transmiten todos algo, condiciones de la humanización, del deseo, también del goce, y pueden esperar algún retorno, incluso reconocimiento en todos los sentidos del término. El acto analítico en sí no transmite nada, si transmitir es desplazar de un lugar a otro, sean valores, significantes, bienes, saber hacer, etc. El acto

analítico hace operar la causa y obtiene la transformación analizante, pero se olvida de sí mismo en la misma medida de su eficacia, correspondiendo todo el beneficio al analizante y con todo derecho. Es en este sentido que el analista es el resto de la operación. No es que se le abandona, suerte común, es que él asume una tarea eminente, difícil, pero cuyas repercusiones no corresponden a su nombre, suerte única esa. El acto analítico opera, pero no se firma. Esto no impide a los analistas ser muy diferentes, pues el síntoma fundamental de cada uno influye en la manera de sostener el acto, es muy cierto, pero el analizante no lleva la marca, diría incluso que no tiene que llevar la marca de su analista – y cuando eso ocurre es más bien el indicio de los límites de una práctica. Héroe oscuro de un acto que le desposee, el analista debe soportar ser tenido como responsable de los fracasos de los análisis que dirige, en tanto que los eventuales éxitos, que además sólo se verifican en el pase, pues sin él el analista es sólo probable, los eventuales éxitos, pues, son anotados en la cuenta del pasante. Responsable, pero no beneficiario, se comprende por qué es preciso que se le pague! Para decirlo de otra forma: acto y árbol genealógico son incompatibles. Lo que el proverbio dice por error del paso de la gacela sobre la roca y del hombre en la mujer, a saber, que no dejan huellas, habría que decirlo del acto. El analista no tiene descendiente, y el analizante transformado por el análisis lleva la marca del proceso, pero no la del analista. No es ni el descendiente ni el heredero, y todavía menos la obra del analista. Dicho de otro modo: imposible identificarse al analista definido por su acto. Es por ello, creo, que Lacan pudo evocar el horror del acto y el enigma de la elección de esta posición.

¿Cómo sostener un acto tan anticapitalista cuando el discurso capitalista toma su forma más desarrollada –la que Lacan escribió en 1970 como un ciclo infernal en el cual los más de goce gobiernan al sujeto; sujeto que gobierna la cadena;

cadena que gobierna en la producción de los más de goce que gobiernan al sujeto, etc.? ¿Cómo soportar este acto sin Otro, no sólo solitario por esencia, sino también no capitalizable en concepto de goce en un mundo donde ya no hay más causa que el cinismo de los más de goce? La salida del discurso capitalista evocada en *Televisión* no es más que la existencia del analista. Lacan no habla sin razón del santo. Sólo que el santo no estaba totalmente solo. Había para él la presencia del otro divino y la inminencia o la promesa del amor infinito. Resultado: el capitalismo cínico no puede prometer nada al psicoanálisis, a quien su acto tampoco promete nada.

¿Para hacerse el héroe oscuro de este acto sin medida hacen falta secuelas religiosas de ideal de abnegación, un resto de ascetismo histérico, un asco natural al tener? Misterio. Es lo que el pase debería explorar. Es patente, en todo caso, que el acto insostenible pide compensaciones. Precisamente porque los psicoanalistas no son santos. Son las características del acto las que dan el resorte más real de todos los defectos de los analistas que tal vez he parecido criticar: su narcisismo exacerbado, tantas a menudo denunciado, su aspiración a la notoriedad, al poder mundano, a la pertenencia, en una palabra a todas las formas de participación en el discurso del *Envers*. Nada que decir de nuevo: estas facilidades son la cara inversa de los rigores del acto. Nada que decir de nuevo si el acto está, o puede estar.

Ahora bien, contrariamente al santo que hace solo su camino, al margen de las vías trazadas por la Iglesia, sin vía canónica, el acto no se hace solo. Es así como me explico que en 1974 Lacan sitúe el deseo de saber como el único compatible con la posición del analista.

He aislado dos factores que me parecen hacer claudicar al psicoanálisis de hoy. Primero los fines de análisis que no destituyen al sujeto, sino que lo instituyen en su castración. Luego, las dificultades crecientes para sostener un acto sin

retribución en un mundo donde todo funciona según retribución contable. No hay ninguna solución organizacionista para estas dificultades. Pero estos dos escollos piden, en efecto, el mismo correctivo, a saber el impulso de un deseo de saber. Sólo él es susceptible de barrer los desencantamientos en cuanto al saber que he señalado. Es el único también que es compatible con el acto. En su acto, el analista no piensa. No impide que deba pensar el psicoanálisis (no he dicho su inconsciente) para sostenerse. Esta unión del acto con el deseo de saber se indica en los hechos siguientes: que hay freudianos, kleinianos, y... lacanianos. Lacan decía gustoso, "*mis alumnos*" y hablaba de "*los que me siguen*". Se podría ver en ello por otra parte una objeción a lo que señalaba de una no retribución del acto. Esto no es una (retribución). Aquellos generaron una nueva transferencia, pues fueron sujetos más que supuestos saber: sujetos produciendo el saber (SpS), el saber de la estructura. Son los únicos a los que se puede acreditar de un deseo de saber, pues lo probaron en acto.

Concluyo pues sobre la suerte del psicoanálisis en el nuevo siglo, en tanto que depende de los psicoanalistas. Será en la medida que un deseo de saber efectivo tenga o no su peso en la vida de cada psicoanalista ante las diversiones capitalistas que también le están permitidas.

Y me doy cuenta de que una vez más, escribiendo estas últimas líneas en el avión, vuelvo a caer, sin haberlo calculado, en el problema de la Escuela de psicoanálisis de la que no tenía ninguna intención de hablar.

Traducción a cargo de Manel Rebollo

NOTAS

1.- N.deT.:juego homofónico entre suspiran [*ils soupirent*] i se opeoran [*ils s'oupirent*]

2.- (NT: neologismo formado aglutinando *narcisistay cínica*)

II ENCUESTA

¿QUÉ ES PARA UN PSICOANALISTA SER LACANIANO, HOY?

MARC STRAUSS

PARIS

La encuesta publicada en los dos primeros números de Heteridad y presentada por Gabriel Lombardi es, por la diversidad misma de sus respuestas, esclarecedora.

Parecería que el analista lacaniano es un analista que se define de no poder definirse como tal... Cada uno sin embargo ha respondido a la cuestión, privilegiando el o los dominios en donde la especificidad lacaniana le parecía más acentuada, ya se trate de la cura con ausencia de standart, de la formación con ausencia de criterios o de la institución con ausencia de normas.

Y estas ausencias privilegiadas por todos, lejos de poner en causa la cura, la formación y la institución volviéndolas aleatorias o triviales, se presentan como determinando radicalmente el campo lacaniano, por incluir la función de la causa, función llamada *a*. esas ausencias constituyen el fundamento de la lógica psicoanalítica tal como Freud la extrajo, llamándola castración, o falta. Por ello no es posible ser lacaniano sin ser freudiano.

Un lacaniano es entonces un psicoanalista que ordena la cura -su dirección y su término- la enseñanza, el colectivo, a esa lógica que preserva el lugar de la falta, en tanto que ella es determinante de la estructura, así como la lógica formal moderna lo ha demostrado en su campo propio.

II ENCUESTA

De esa promoción de la falta se deducen numerosas consecuencias. La más patente es la denuncia de todo aquello que puede manifestarse como animado por un objetivo totalizante. Como podría serlo todo intento de definición, y, porque no, la definición misma del psicoanalista lacaniano.

Es lo que justifica que nuestros participantes sólo propongan predicados que definen al psicoanalista lacaniano negativamente, en oposición al psicoterapeuta que se sostiene en su existencia del postulado de la unidad del sujeto, en oposición al Universitario que se sostiene del Autor velado, en oposición al Amo quien, como el psicoterapeuta -que por otra parte está a su servicio- se sostiene exclusivamente del rechazo de la división.

Por ello, aparece en todas las contribuciones una dimensión de idealidad del psicoanalista lacaniano. ¿Estará condenada la realidad del analista lacaniano, como la del delirio Shreberiano, a ser asintótica en su realización, y ello no sin una discreta nota sadiana: "*Psicoanalistas, aun un esfuerzo para ser lacanianos!*"?

Es nuestro problema, nuestro problema en el sentido del problema que se impone al analista lacaniano de hoy en día: ¿Qué sería aquello que podría demostrar ser "lacaniano"?

La falta, por definición, no tiene ni realidad, ni substancia. No basta predicar sobre la falta para hacerla "ex-sistir". Ningún perito, ni siquiera un lacaniano, podrá en una contribución asir la falta, echarle el lazo al cuello y llevarla a comparecer ante el tribunal del juicio final para que ella se justifique de su lacanismo.

De este modo, toda realización, toda producción de un analista pretendidamente lacaniano, ya sea en su práctica, en su enseñanza o en su funcionamiento institucional, se topará con otro analista tan "lacaniano" como el primero que podrá

negarle esa calidad, simplemente al rechazar el reconocimiento de la existencia de la falta. La dimensión de juicio íntimo, promovido por Lacan y a menudo evocado por Colette Soler en nuestros debates recientes sobre nuestros procedimientos institucionales de la garantía, apunta a ese punto preciso, en el cual ningún criterio objetivo asegura la conformidad a la lógica lacaniana.

Que este problema se le presente especialmente al analista lacaniano hoy en día, ciertamente se debe en parte a la desaparición reciente de Lacan. Todavía hoy son numerosos, incluso entre las personas que han respondido a la encuesta, los psicoanalistas que han conocido el psicoanálisis lacaniano con Lacan. Lacan, es cierto, rechazaba dar la etiqueta de lacaniano, pero nadie, salvo al final de su existencia, le negaba a él mismo este calificativo. Esta posición de excepción, de al menos uno, aseguraba al conjunto una coherencia aparente que el simple anuncio de su desaparición próxima hizo volar en pedazos.

A partir de entonces, la comunidad lacaniana estalla, y tal vez cada vez más con el transcurrir del tiempo. Podemos ver en esto, y con razón, un signo alentador, conforme a esa lógica particular del inconsciente que Lacan ha puesto en evidencia, principio que guió su enseñanza. Pero podemos también, no sin razón, ver en ello un signo inquietante para el porvenir de los psicoanalistas lacanianos. Hay que incriminar aquí a la época, que ha cambiado tanto desde los años 1960-1980. El mercado consumidor exige normas, criterios, datos objetivos y comparativos, para poder proceder a sus encuestas de eficacia, es decir de rentabilidad.

Desaparecer con la certeza de haber tenido razón contra los prejuicios triunfantes de su época podría ser elegante y distinguido, pero no puede ser una perspectiva deseable, en todo caso para un psicoanalista lacaniano... En efecto, a pesar de la promoción de la falta, el psicoanalista lacaniano no

II ENCUESTA

puede convertirse sin contrasentido en el Heraldo heroico de causas perdidas. Si el objeto en causa está efectivamente perdido, la causa, está ella presente en acto.

Es a nivel del acto, al nivel de su relación con el acto, y no solamente en su dimensión de fracaso, donde el psicoanalista lacaniano, está hoy irrevocablemente convocado, a causa de la desaparición de la garantía que daba la presencia de Lacan, y a causa también de las exigencias propias de la época actual. En efecto, si el psicoanálisis lacaniano promueve la falta, no es sino para dar lugar a la manera en que el sujeto elige tratar A dicha falta: reprimirla no es lo mismo que tomarla en cuenta, es verdad, pero toda la cuestión reside en saber de qué manera la ha tomado en cuenta, una vez que se le ha revelado. En este sentido, la contemplación eternizada, más aun la fetichización de la falta, no equivalen a su puesta en causa, en el sentido de una implicación, en el acto; ellas no son lacanianas.

Hemos hablado mucho sobre la celebre frase de Lacan, *“El psicoanalista tiene horror de su acto”*, pero Lacan jamás hizo de ello un pretexto para dispensar al analista del tener que estar a la altura de las exigencias del acto. Esto supone un psicoanalista informado. Informado de la división subjetiva, ante todo informado de su propia división subjetiva, con la singularidad inexportable de su respuesta a esa división, informado de la estructura de división del sujeto y de su ignorancia previa a las soluciones que cada uno aporta, informado del poder de la transferencia y de la interpretación, y sabiendo utilizarlos de una manera que conviene a la salida justa. Un psicoanalista para el cual el lugar central de la falta deja pocas escapatorias, si quiere que el sujeto que se analiza con él no tropiece con el impasse de una indeterminación eternizada, si quiere que el sujeto aprenda llegado su momento aquello que le falta, y aquello de lo cual goza.

Marc Strauss: ¿Qué es para un psicoanalista ser lacaniano hoy?

Y si podemos parafrasear a Lacan cuando dice que la salida sólo valdrá cuando valga para todos, digamos que el acto sólo valdrá si deja lugar a otros actos, a la Heteridad.

Agreguemos que el acto puede estar acompañado con una dimensión que no le es estructuralmente extranjera, la alegría, (*la joie*). Por ello, Lacan se pregunta ante los psicoanalistas de su tiempo que se enfrentaban al difícil problema de la libertad en la psicosis, sobre qué pasaba con nuestra alegría, nuestro entusiasmo en lo que nos ocupa.

Seamos modestos y no nos dejemos intimidar por una acusación de cobardía mal entendida: cada uno puede en un momento estar triste, pero el psicoanalista lacaniano, que no se confunde con la persona del clínico, no puede ser triste. Aun más, es alguien que, en su acto, está animado por una alegría singular, de la que tiene cierta idea. Esa alegría ocasionalmente se transmite a quien sea sensible a ella, puesto que esas alegrías no las mismas para todos, y que todas ellas no hacen a un psicoanalista

¿La alegría del psicoanalista lacaniano de hoy podría ser un contrapeso a los efectos de dispersión/depresión del discurso dominante actual? Podemos intentarlo, tenemos buenas razones para creer en ello...

III.- ESTUDIO

EL MAS DE TIEMPO¹

COLETTE SOLER

PARÍS

En el psicoanálisis “necesario el tiempo”², decía Jacques Lacan. Hace falta tiempo, en efecto, para llegar a la conclusión final. Este tiempo necesario parece generalmente muy largo, demasiado largo. ¿Impaciencia naturalmente? Extraña, también, pues estuvo ahí desde el mismo principio, cuando la duración de las curas aún no se contaba en años. ¡Con qué afligida inquietud se resolvía Freud a anunciar a sus pacientes el sacrificio necesario de varios meses de análisis! La pregunta no es de hoy: ¿Por qué hace falta tanto tiempo? Más del que quisiéramos, seguro. Más del que hace falta para contar uno su historia, o incluso para descifrar el síntoma, y, generalmente, más aún. ¿Por qué?

El tratamiento del tiempo en la civilización

¿Desde dónde se emite el juicio que protesta de los análisis demasiado largos, y que protestaba ya entonces, cuando aún eran cortos? Evidentemente, es otro discurso el que habla ahí. Parto de esto –banal: hay un tratamiento del tiempo en la cultura, que genera hábitos y normas de los que el psicoanálisis no podría estar separado. La era capitalista ha convertido el tiempo en casi una mercancía: se gana, se vende, se compra, se invierte, se despilfarra, en fin, es un valor mercantil, una verdadera toma en cuenta en el cálculo de los costes de todos los productos de la cultura. El tiempo que hace falta para fabricar los objetos y los... hombres –otros objetos- es una noción que precedió con mucho al psicoanálisis. La misma “fuerza del trabajo” con la que Marx acreditaba al proletario

III ESTUDIO

que no tiene nada más que vender, es inseparable del tiempo de vida. Para el hombre con prisa de hoy el tiempo es más que nunca un haber –lo que la lengua confirma además.

Objeto, el tiempo puede pues también darse, rechazarse, pedirse, reivindicarse, incluso escabullirse. En todos los vínculos sociales –maestro/alumno, padres/hijos, jefe/empleador, y desde luego hombres/mujeres –, en todas partes el tiempo se negocia, y el sujeto moderno, rendido a un constante cálculo del reparto del tiempo, recibido, dado, vendido, perdido, etc., sostiene el ideal contrario: el “dar sin contar”... Esta contabilidad no atraviesa sólo el espacio de las luchas sociales para una reapropiación del tiempo, aparece también en los conflictos íntimos, incluso tragicómicamente: reivindicaciones del niño a su madre, del esposo a la esposa y recíprocamente, más generalmente de quien ama al amado. No sorprende que el tiempo del análisis parezca con toda naturalidad sustraído a aquel que haría falta para los allegados. Una clínica del tiempo robado está por hacer. Pero entonces se captaría que el tiempo no es sin embargo un objeto como otro, pues está demasiado ligado a la presencia para funcionar del todo como un haber separable.

Los imperativos del tratamiento corto, presentes desde el inicio del psicoanálisis, primero no hicieron más que remplazar los ideales del médico de los que la práctica de Freud hubo de separarse, y que hay que incluir dentro de las normas más globales de rentabilidad y eficacia. Es en el psicoanálisis mismo donde las exigencias de la civilización apremiada se hacen oír, haciéndose cada uno a su vez, analizante y analista, portavoces del otro discurso, de sus prácticas y de sus normas. Se concibe sin dificultad la prisa del analizante: parece no apelar a explicaciones particulares en la medida que sufre. Pero de hecho fueron los analistas quienes desde la época de Freud hicieron de la duración de la cura analítica un problema y quienes introdujeron la cuestión de un posible análisis

abreviado. Se dirá sin duda que lo hicieron bajo la presión de la demanda, pero ¿y si no era la se cree? No olvidemos a Anna O y Breuer, ese momento preciso de umbral histórico en que la respuesta freudiana va a emerger: es él quien corta pronto y ella quien quiere proseguir. Y también esta observación tardía de Freud, señalando que tras haberse desvelado en convencer a sus pacientes de que continuaran, aún debía esforzarse más para persuadirles de que... pararan.

El gran texto de Freud que tiene valor de testamento en cuanto a su concepción de la práctica analítica, *Análisis finito y análisis infinito*, se abre precisamente con esta cuestión, evocando primero a los primeros discípulos del tiempo comprimible. Otto Rank primero y su sueño de una técnica en corto circuito que evitaría los rodeos de la asociación libre e iría directamente a la causa del síntoma, supuesta ser el trauma original. Sandor Ferenczi inventando el "método activo" para hacer responder a cámara rápida la causa primera. Después de Freud el tema no dejó de circular y enriquecerse. Curiosamente, la IPA, bajo el efecto de la enseñanza de Lacan y de su renovado manejo de la duración de la sesión, entonó otra cantinela: al analizante se le debía tiempo, cincuenta minutos por sesión, por ejemplo. Otra canción, efectivamente. Como si el analizante pagara, no por ser analizado, sino por la presencia. Se dirá, no sin razón, que para analizarse hace falta tiempo. Sí, pero ¿cuál y por qué? Esta es la cuestión: o bien la respuesta puede ser fundada en la teoría, o bien no será más que la de los imperativos del mercado, que ya estaba ahí, donde se esperaría la de la causa analítica.

Según esto la sesión corta puede ser ambigua si se la juzga según el otro discurso. Parece, en efecto, homogénea a la temporalidad de decisión rápida que rige todas las instancias ejecutivas de nuestra civilización. Por todas partes, en el comercio, la política, la diplomacia, etc., y en despecho de la multiplicación creciente y correlativa de lo que bien podemos

III ESTUDIO

llamar las instancias para comprender, reina una precipitación generalizada e inevitable de los momentos de concluir... los mercados, los contratos, los tratados, etc. Hasta tal punto que a falta de captar lo que la funda en la estructura se podría querer reconocer en ella una infiltración del espíritu de la época en el psicoanálisis.

La cuestión se complica sin embargo por el hecho de que la presión de la cultura no es unívoca. La civilización sin duda nos trastorna, y empuja cada vez más hacia la compresión del tiempo. Sin embargo el malestar genera también sus antidotos y se ve que las prácticas que pretenden rivalizar con el psicoanálisis son de diversos tipos. Hay desde luego en primer lugar las distintas terapias breves, cada vez más breves, hasta llegara a la sesión única aunque prolongada –norteamericana, desde luego. Pero también, no hay que olvidarlas, todas las terapias, digamos, de la compensación. Estas pretenden darle al sujeto precisamente aquello de lo que su época le priva. Y puesto que falta tiempo será: tiempo de respirar, de distraerse, de tranquilizarse. Relajación, yoga, terapias de inspiración Zen, etc.

Me acuerdo de una persona muy simpática que un medio profesional muy exigente la sometía a la presión de un torbellino y de luchas constantes. Se había “beneficiado” de cuatro años de un supuesto análisis en el extranjero, del que decía que le había llevado tres veces por semana tres cuartos de hora de esparcimiento. Y es lo que ella quería: un lugar protegido. Toda una serie de terapias, por otra parte no siempre nuevas, están en trance de prestarse a confusión con los lugares de recreo, donde se cultiva el derecho a la ociosidad. Las especies vegetales y animales amenazadas por la destrucción tienen ya sus parques reservados, y está claro que lugares así se buscan para las urgencias subjetivas que la civilización engendra. Espacios preservados donde el sujeto pueda parar su reloj, esta pequeña maravilla de la técnica que no se para jamás, y

creer que uno se vuelve a apropiarse de su tiempo. Sólo que es el tiempo que le falta a un hermano gemelo: el tiempo en demasía, desierto de finalidades, y del que el sujeto no sufre menos.

Preguntamos ahora: ¿qué quiere finalmente el analizante? Como todo sujeto, está a este respecto dividido entre dos votos divergentes. Ahorrador y gastador a la vez, quiere economizar su tiempo y a la vez aprovecharlo. Algo pierde en los dos casos. Si lo economiza, no lo disfrutará. ¿Quién pensaría en identificar al ahorrador con el gozador? Podrá gozar de muchas cosas sin duda, de todas las actividades con las que colma su tiempo, incluso de las astucias de un plan a veces pasmoso, pero de su tiempo propiamente se verá estafado. Si por lo contrario quiere aprovecharlo, ¿irá a “perderlo”, como suele decirse, a vaciarlo de nada que valga y a no encontrar más que un deseo extenuado? Esta elección forzada se transpone en el análisis. Demasiado apremiado hacia el objetivo, fallará los rodeos sorpresivos de la asociación libre sin la cual nada se hace en un análisis, pero al librarse a las delicias de la escapada y al vagar demasiado en el decir cualquier cosa es la finalidad lo que se perderá. Captamos en esta elección forzada hasta qué punto el tiempo es sólo ahí la “estofa”³ del sujeto y de sus modos de goce.

Ahora bien, el régimen del goce ha cambiado. Al tiempo tranquilo del amo antiguo respondía –es la tesis de Lacan– el acceso a un más de goce de “consumo más breve”⁴. Pero nuestro régimen de consumo de goce se ha invertido: al tiempo apresurado de los relojes que nunca se paran, responde el consumo más prolongado de una satisfacción cada vez más retardada por la multiplicación de las mediaciones que separan al sujeto de los objetos de su codicia. Ya Jean Jacques Rousseau denunciaba la “desdichada previsión”, que sustrae al goce del presente para llevarlo al futuro y cultiva así lo que Lacan llama,

III ESTUDIO

dos siglos más tarde, la participación de todos en la "sed de la carencia-de-gozar"⁵. La elección forzada del trabajo, evidentemente desconocido por el amo antiguo, es el precio que la civilización pone a la distribución de sus más-de-goce en extensión. Pero estos nuevos objetos de deseo son "plus-de-goce de imitación"⁶, lo sabemos de sobra. No es seguro entonces que un análisis largo no sea el camino más corto para devolver al sujeto a la causa verdadera de su deseo. Vuelvo pues al tiempo del análisis.

Para que el proceso de un análisis se constituya en secuencia finita se requieren varios modos de temporalidad. Está el tiempo propio de la asociación libre, pensamientos puestos en serie; después el "tiempo lógico", que es otra cosa, a saber el tiempo que hace falta para producir una conclusión a partir de lo que no se sabe.

Y aún se plantea la cuestión de si este tiempo lógico agota en todos los casos el tiempo de la secuencia analítica misma.

El tiempo de la asociación libre

La temporalidad propia de la asociación libre es la de una serie más que la de una secuencia en la medida que, por definición, la palabra del analizante se presenta como un rosario de enunciados que pone dichos en serie. Serie virtualmente tan infinita como la serie de los números enteros, aun si sólo dura un tiempo; un enunciado más siempre puede emitirse. La fórmula inversa es también de recibo: falta siempre un enunciado más. Es cierto que el analizante tiene a menudo la sensación de que dice siempre lo mismo, pero el que se repita no objeta a esta estructura de serie al término inaccesible. Siguiendo ciertas indicaciones de Lacan podemos escribirlo así, simbolizando los enunciados por unos: $(1, 1, 1... (- 1))$, o bien, reduciendo la serie de enunciados a un solo elemento: $(1... (- 1))$. El problema de la conclusión del análisis es precisamente saber si se pasa, y cómo, de la serie asociativa potencialmente interminable a una secuencia finita, -distinta

entonces de una serie simplemente parada-, dicho de otro modo, de una estructura de sucesión que no incluye su término a una estructura de sucesión que produce el término que la cierra.

La asociación libre como serie tiene la misma estructura que la serie de los números enteros, excepto que ésta está absolutamente determinada por la ley del sucesor. Ninguna ley preside la producción de los enunciados asociados del analizante, es indispensable, pero, a despecho de su nombre, la serie asociativa sabemos que sin embargo no es libre. Su artificio, que invita al analizante a decir todo, pero también a decir cualquiera de los pensamientos que le vengan, revela a quien lo ejercita una coacción asociativa, por la cual experimenta la imposibilidad de decir cualquier cosa. El discurso pulverulento sólo es accesible al sujeto fuera de discurso. Sólo él entra como amo " *en la ciudad del discurso*"⁷, mientras que el neurótico se instala en ella como esclavo, sujeto como está a la cadena cuya causa precisamente interroga.

Esta serie, infinita y parcialmente determinada, no es cualquiera: desarrolla la significación del sujeto supuesto saber. Es decir que tiene un punto de entrada preciso, que podemos identificar al menos un escrito, aquí arriba, al término de la serie. Es el sujeto mismo, referente inaccesible al significante, que no puede hacer más que representarle, y equivalente al conjunto vacío. Es él quien se afirma a la entrada de la serie asociativa, bajo una forma clínica muy simple, que Lacan designó primero como pregunta del sujeto, y que reconocemos cada vez que evocamos la necesaria histerización de entrada. Esta pregunta, que interroga al síntoma con un "¿qué quiere decir esto?" o un "¿qué pasa?", sitúa el menos uno al comienzo, como el cero antes del uno. Convoca al conjunto de los enunciados a producir en posición de saber prometido a levantar el enigma, y condiciona la puesta en secuencia de la serie asociativa por la cual ésta se distingue de todos los tests llamados también de asociación libre. La serie en cuanto a tal obedece en efecto al

III ESTUDIO

tiempo amorfo de la pura reiteración de una diferencia homogénea, mientras que la secuencia anima un tiempo no homogéneo, tendido entre anticipación y retroacción. La puesta en función de la significación del sujeto supuesto saber a la entrada de un psicoanálisis tiene pues por efecto captar al sujeto analizante en la temporalidad secuencial de los puntos de almohadillado, la cual primero le disimila el automaton de la recurrencia del menos uno.

La serie de enunciados del analizante es en efecto una serie de secuencias. Estos enunciados, pueden escribirse, como lo he hecho yo, cada uno como unos, pero hay unos de tipos diversos, Lacan lo señaló. El uno del significante puro, asemántico, que no copula con ningún otro, se distingue de la unidad sintáctica que es la frase. Ésta es una cadena, simbolizable de manera reducida por dos significantes ($S1 \rightarrow S2$), y que produce esta otra unidad que es la unidad semántica de significación. Así el sujeto que profiere, el último ejemplo que me viene: "*no me siento hijo de mi padre*", produce la estructura mínima de secuencia que es un punto de almohadillado donde el yo intenta determinarse en una éstasis significativa: $S1 \rightarrow S2$. La unidad semántica así producida puede simbolizarse por un "uno" combinable a su vez.

$$\begin{aligned} & (S1 \rightarrow S2) \\ & \quad (1 \rightarrow S2') \\ & \quad \quad (1 \rightarrow S2'') \\ & \quad \quad \quad (1 \rightarrow \dots(-1)) \end{aligned}$$

Desde ese momento la transferencia como dirigirse al supuesto saber es "una relación esencialmente ligada al tiempo"⁸ y a la experiencia analizante, ordenada por la retroacción de las secuencias significantes, se anima entre una espera y una retrospección de transferencia, que expresa mejor que nada el tiempo gramatical del futuro anterior gracias al cual, al fin, él o ella habrá sido quien... Este tiempo genera efectos específicos

que marcan con su estilo tanto los dinamismos como las recaídas de la libido, manifestándose la pasión por el significante como pasión por el tiempo. La búsqueda analizante se hace esperanza, a veces exaltada, pero también temor, tormento, hasta la renuncia anticipada. Estos matices que especifican cada caso tienen su importancia a la entrada en análisis. No es lo mismo entrar antes por la confianza en la ganancia que por el temor del descubrimiento, pues son índices de la posición del sujeto en el lugar del saber inconsciente que le constituye. Los afectos de retrospectión tampoco faltan: nostalgia sin duda, pero más o menos teñida de pesar, incluso de remordimientos. Necesariamente, la elaboración de la transferencia oscila entre el entusiasmo de la expectativa y el sentimiento de una impotencia recurrente para encontrar la última palabra. Se añaden, desde luego, los "eureka" del hallazgo en la medida que se libra una punta de verdad.

Sin embargo, este tiempo de la retroacción significativa no es el propio del analizante. Es un universal del "parlêtre" que de ocurrir en un presente tan caduco, las promesas del futuro no relevarían los veredictos de lo ocurrido sino con el precio de la sustracción del presente. El resultado es que para cada uno, incluso para las "vidas minúsculas", la vida se juega desde el punto de vista de la muerte, punto de almohadillado supremo. Al sustraer todas las promesas, hace prevalecer el futuro anterior de un juicio último que prescinde del dios de la revelación. Ahora bien, el psicoanálisis no apunta a lo universal en el sujeto, sino más bien a la particularidad del posicionamiento de cada uno en esta estructura. No es pues esta fenomenología universal lo que importa, sino muy al contrario su singularidad. Es ella la que permite, por el "manejo del tiempo"⁹, hacer trabajar la transferencia para la producción de la respuesta esperada. Los modos son varios, pero se reparten según los tipos clínicos, pues el síntoma, en su consistencia, pone al sujeto en el presente, e incluso en el presente perpetuo de "lo

III ESTUDIO

que no cesa" de sufrirse, en despecho del consentimiento y del displacer, y podemos constatar que cada tipo clínico acentúa una modalidad temporal específica, que viene como a torcer la estructura universal del tiempo de la cadena.

El tiempo sintomático

Hay el modo obsesivo del tiempo secuencial. A parte del automaton de las compulsiones, el sujeto se determina en la anticipación siempre actualizada del punto de retroacción último. En este sentido, su reloj avanza, contrariamente a lo que a veces se cree. Se cree por el hecho de su procrastinación frecuente, pero es un error que descansa en la confusión del sujeto y la persona. Que el reloj del sujeto avance no decide sobre el comportamiento que ostente: según los casos o según los momentos se darán tanto los aplazamientos en la deliberación como la puesta al día por la precipitación del acto. Ni uno ni otra impedirán que el sujeto, ofrecido desde siempre "a la mirada de la muerte"¹⁰, no se capte en un tiempo cumplido que vacía un poco más aún un presente ya universalmente evanescente. Por la operación de anticipación, que consume los esponsales, podríamos decir platónicos, del sujeto y de la muerte, es la cuchilla del encuentro la que es conjurada. Vean el Hombre de las Ratas de Freud. Erigido plenamente bajo el ojo eterno, se mantiene en la realidad entre dos mujeres: la moza de posada, sirvienta de la necesidad sexual, y la mujer pobre de la elección imposible, que mantiene con sus ensueños y fantasmas. Pero el inconsciente ya ha suscitado la tercera, esta supuesta hija de Freud, que con "sus ojos de betún"¹¹, le fija a la mirada de la muerte.

La histérica al contrario se inscribe en un "todavía no" que vive de esperanza. El sujeto ya no está a la hora de la muerte, espera la hora de la verdad. Ésta "se rehúsa más a menudo que a su turno"¹², y lo que dice cuando se encuentra una punta de ella que no le gusta, el sujeto la espera... aún. Que se sustraiga

como objeto de goce del Otro, o que recuse, en nombre de lo real, el saber al que llamaba con sus votos, el "hacer desear" al que se dedica hace de él el artesano de un suspenso prolongado. No es que esté ya muerto, como es el caso del obsesivo a quien su última hora anticipada no deja esperar nada, sino que al contrario espera nacer, deplorando no ser, no sin el Otro. Sólo un vacío, que llama. Que llama siempre, pues a la hora de la verdad, si es verdad del otro, el sujeto se eclipsa para prevenirse contra su destitución. Cf. Sócrates y su dialéctica interrumpida, en realidad. No es la nostalgia lo que en ello prevalece, sino el sueño de los mañana, del "*en otra parte*" y del "*todavía no*". Facetas enteras de la existencia del sujeto son a veces relegadas, no a la amnesia, que es otra cosa, sino a lo no ocurrido –a parte de los traumas, desde luego. Se comprende que para este sujeto la entrada en el análisis y el espacio de espera que abre le vaya como anillo al dedo. Es más bien el fin, y lo que implica de reducción a un veredicto definitivo, sea cual sea, lo que enluta al sujeto.

El fóbico se diferencia en que no pierde nunca el norte: no le basta con un reloj, tiene también su brújula que no yerra, y entonces sólo el significante de su fobia le separa de la angustia. Este punto fija un presente demasiado presente del encuentro de angustia, un "abismo temporal" que abole, en un instante casi eterno, tanto el horizonte del futuro como los segundos planos del pasado, hace de punto de anclaje para sus evitaciones y dirige la geometría de sus desplazamientos –de donde la metáfora espacial que sugiere. Su reloj está siempre en hora, a la hora H de lo real. Tolera sin embargo, él también, conductas de tipo contrastado: inmovilidad y tiempo coagulado del puesto, que se presta a confusión a veces con la petrificación obsesiva, o al contrario tiempo proyectado de la huida a otra parte, "hacia adelante", como suele decirse, que se presta a confusión más bien con la espera histórica.

III ESTUDIO

La psicosis deshace la temporalidad secuencial por el hecho mismo del significante en lo real fuera de la cadena. Que ataque los cuadros temporales de la realidad se percibe además a flor de los fenómenos. (Es a lo que Binswanger y la corriente de la psiquiatría fenomenológica han hecho realmente caso). Es que deshacer la sujeción del significante y la significación deshace también como consecuencia la temporalidad retroactiva de la cadena: alucinación verbal, fragmentación pulverulenta de la esquizofrenia, infinitud asintótica de la captación paranoica, serie de los instantes yuxtapuestos en el desorden ahistórico de la manía, presente eternizado de la melancolía, etc.

Esta variedad sintomática de la temporalidad universal del sujeto se concibe en la medida que el síntoma inscribe lo que podemos llamar la relación del sujeto con lo real. El encuentro primero con la realidad sexual –trauma, dijo Freud- el síntoma lo inscribe. Haciendo esto lo disimula y lo distancia: "*proton pseudos*" según Freud, "*falsus*"¹³ según Lacan. Se comprende que la "envoltura formal"¹⁴ del síntoma en tanto edificio significante, incluye al coagularla la diacronía de la cadena que superpone a la metáfora primera del goce. Por eso no sorprende que libre su secreto en la temporalidad de anticipación-retroacción de la cadena que se descifra en ello, y que esta temporalidad lleve la marca de la defensa subjetiva con respecto a lo real. Es ella quien hace todo el envite de un análisis.

Ha hecho falta constatar sin embargo que, a pesar de las primeras esperanzas de Freud, la elucidación de un síntoma no se confundía siempre con su reabsorción, y que esta última no equivalía nunca a la desaparición de todo síntoma. Sea que un síntoma descifrado se mantenga, caso del Hombre de los lobos, sea que un síntoma curado deje otro en su lugar, caso del Hombre de las ratas, pero también de muchos otros,

sobre todo ese por el que Freud introduce la expresión *proton pseudos* en su *Esbozo de una psicología científica*". De hecho, cuando la joven atormentada por la "manía" de entrar en los almacenes, con todo lo que este término connota de atracción fascinada y de temor, habrá descifrado con Freud la cadena que permite sustituir el significante "hombre" por el significante "almacén", y traducir su fobia en términos de manía por la relación sexual con hombres, estará entre la espada y la pared respecto del verdadero tema a tratar. Lo mismo para el Hombre de las ratas: su obsesión desaparece de forma espectacular bajo el efecto del desciframiento, pero él queda como compañero de la muerte que le espera en el lugar de la mujer.

Hace falta más tiempo pues para tratar la relación del sujeto con la causa sexual que para descifrar el síntoma, en el sentido estricto del término. Este hecho nos introduce en la cuestión del tiempo lógico en su definición estricta. El tiempo retroactivo de la cadena puede sin duda ser llamado "tiempo lógico", en la medida en que la lógica del significante manda en su movimiento de retorno. Reservemos sin embargo la expresión de "tiempo lógico" para el tiempo necesario para concluir a pesar de la incompletud del Otro, sobre lo que el mismo inconsciente no sabe. Se requiere este tiempo para poner un término a la serie asociativa infinita y para producir el efecto de "après-coup" a partir del cual pueda ordenarse en secuencia finita.

El tiempo lógico

Lograr concluir a pesar de la falta de saber es el problema planteado a cada uno de los prisioneros en el sofisma del texto que Lacan consagra al tiempo lógico en 1945. Cada uno debe deducir su propio color, que no sabe, pero los otros dos sí saben. Lacan los designa con tres letras, A, B y C, siendo A cada uno de ellos en cuanto que calcula su color. Puede hacerlo infiriendo de los movimientos de los otros dos lo que

III ESTUDIO

saben de su propio color. No es sin duda excesivo ver en este saber de B y de C una especie de anticipación de la función del Otro, lugar del saber. Sin embargo, más allá de haber reconocido la incompletud de este Otro, lugar barrado donde falta saber, $S(A)$, Lacan nunca dejó de referirse a su tiempo lógico. Lo redefinió en *Radiofonía* como el tiempo necesario para “decirse”¹⁵, y no es simplemente el que falta para asociarse a los significantes de la cadena. Vuelve de nuevo a ello en el seminario *Encore*, para volver a definirlo como un cálculo sobre el objeto a . Modificando su formulación anterior en la que nombraba A cada uno de los sujetos en tanto calculador, pone el acento en el saber que falta designándolos en lo sucesivo como “ a ”, en la medida que cada uno de los tres interviene como objeto bajo la mirada de los otros dos, en cuanto es “*lo que está en juego en el pensamiento de estos dos*”¹⁶. La cuestión es en efecto saber cómo concluir allí donde el saber falta no sólo al sujeto, sino también... al Otro. Es preciso un cálculo deductivo, y entonces, lo evoqué hace ya algunos años, “*un analizante lógico*” que extraiga las consecuencias de sus dichos: de lo que se dice y de lo que se hayan dicho.

Se puede localizar la diferencia entre el tiempo de la simple asociación libre y el tiempo propiamente lógico en la escritura del discurso analítico, no excluyendo la estática de su escritura que se sitúa la temporalidad de la experiencia. La cadena del sujeto se ubica en el piso inferior, entre la producción de los significantes amo y el saber que inscribe la significación de verdad, es ahí donde se puede localizar el tiempo de las secuencias asociadas. El tiempo lógico que debe concluir en la causa imposible de decir se ubicaría más bien entre los dos pisos del discurso, en la parte izquierda, que escribe el hiato del saber y el ser de goce:

$A \rightarrow S$

$S_2 \quad S_1$

El punto de almohadillado del tiempo lógico que concluye la serie sin fin de los dichos no puede ser conclusión sino sobrepasando lo imposible de saber –represión originaria decía Freud- por un saber de lo imposible. Nada que ver con ningún horizonte místico. Contrariamente a lo que afirma Wittgenstein, “*lo inexpresable*” no es “*el elemento místico*”¹⁷. No se muestra, se deduce y el sujeto queda instruido acerca de su división. Tal es el didacticismo del análisis: la lógica releva el saber desfalleciente para producir, al final, el sujeto “*seguro de saber*”¹⁸ las diversas formas de lo imposible inscritas en la estructura. La conclusión de pase, que condiciona la travesía de lo que Lacan designó como momento de pase, comporta la verificación de una imposibilidad, cuya afirmación hace de punto de almohadillado para el conjunto de la serie asociativa. Al empujar el saber hasta los límites de su elaboración se descubre que no lo sabe todo del ser. Desvalorización. La castración se confirma que es sin recurso y la repetición de la demanda se resuelve por la vanidad percibida en ella. Así el sujeto verifica que al decirse más afirma al mismo tiempo lo que no sabría decirse, y que el tiempo para decirse se dobla a cada paso de un tiempo para instruirse sobre lo imposible de decir, hasta que este último, de llegar a sus fines –el sujeto instruido- ponga término al primero. Beneficio epistémico pues.

Hay que constatar sin embargo que este beneficio es sólo posible y no tiene nunca la necesidad de una conclusión deductivamente demostrada: muchos análisis carecen de la conclusión de imposibilidad, y los que la alcanzan quedan de todos modos más acá de la demostración a la que el análisis apenas se presta. Todas las conclusiones no son del mismo orden. Si se trata de una novela lo inesperado y la sorpresa pueden tener su precio. Hay también los desenlaces sólo en acto. En el registro propiamente lógico, la conclusión parece valer por su necesidad. Es evidente sin embargo, se constata,

III ESTUDIO

que todas las conclusiones de fin de análisis no son conclusiones de imposibilidad. Un sujeto puede precipitarse hacia la salida con un "¡basta!", sea que está desesperado por obtener más, sea que se satisface con las adquisiciones de verdad o de bienestar ya producidos. Toda la cuestión es entonces evaluar, en cada caso, la conexión determinante entre la decisión de salida y la conclusión obtenida en lo simbólico.

El más-de-tiempo

Se plantea la cuestión entonces acerca del resorte de lo imprime al tiempo lógico el ritmo propio en cada caso, incluso sus limitaciones a veces irreductibles. ¿Por qué le hace falta al sujeto tanto tiempo para instruirse sobre una estructura que está en ejecución a todo lo largo de la experiencia, e incluso cómo puede uno negarse a ello?

Hay que observar primero que no se trata de una conclusión puramente lógica. La incompletud, incluso la indecidibilidad, indican, allí donde menos se esperaría, en la misma lógica matemática, lo que limita el orden deductivo: por más necesaria que parezca, una conclusión envuelve siempre un elemento de decisión, por el que jamás se impondrá a quien no lo consienta.

Preguntemos primero a qué categoría, de lo imaginario, de lo simbólico o de lo real, pertenece este tiempo lógico de la conclusión. Lacan plantea la cuestión y responde en un pasaje de *Radiofonía*. Evocando el "decirse" añade: "*lo que del tiempo le presta estofa no es empréstito de lo imaginario, sino más bien de un tejido en que los nudos no dirían sino de los agujeros que en él se encuentran*"¹⁹. Vemos lo que hay en cuestión: si el tiempo lógico no es simplemente idéntico al de los nudos de la significación –imaginario- ¿es entonces simplemente de esencia simbólica? La evocación del agujero podría sugerirlo, pero la frase, más sutil, se desliza, por la vena homofónica, de la textualidad a la textura: dos términos en lugar de uno:

evidentemente no para decir lo mismo, sino para abrazar la complejidad de la cosa misma: la dehiscencia invisible que de texto a textil fractura una aparente gemelaridad. ¿Este textil, si no es simplemente de esencia simbólica, tendería entonces a lo real?

Es sin embargo otro término que Lacan convoca: *“Este tiempo lógico no tiene*** más En-sí que el que elige para pujar por el masoquismo”*. Tortuosa precisión de una frase que a la vez niega y afirma lo que niega – el en-sí del tiempo lógico-. Sutilidad de una negación añadida a la expresión común *“no tener más que”*: *“no tiene más (...) que el que”*; discrepancia sorprendente de la frase entre una afirmación que niega – *“no tiene”*- y una negación que afirma – *“no tiene más que”* El término *“masoquismo”* connota evidentemente el goce y el objeto que se le propone. No es la primera vez que Lacan evoca el en-sí del objeto *a*. Ya lo hizo en su informe del seminario sobre el *Acto analítico*²⁰. El empréstito es de Kant, evocado algunas páginas antes de manera crítica y a su *“Cosa-en-sí”*, que, como la Dama inaccesible, *“se sustraería al conocimiento”*²¹. El objeto *a* no es el en-sí del tiempo lógico, pues no sería sin la cadena simbólica de la cual elige; es sin embargo el único en-sí, no porque sea tan imposible de decir como el nómeno de Kant sería imposible de conocer, sino porque existe más sustancialmente. Su sustancia, la única evocable aquí, es el goce que el texto evoca justo un poco después. Si lo llama en-sí a este objeto antes que llamarlo real, como en otros casos, es precisamente para evocar lo que se añade de goce a lo real de su consistencia lógica.

Es en el *“decirse”* perpetuado donde el goce que se produce *“por efecto de textura”* encuentra a veces resistencia a la conclusión que le pondría un término, no instruyéndose el sujeto sino al precio de una renuncia. El más-de-tiempo es la cara visible del más-de-goce. En efecto, hace falta tiempo, dice Lacan, de hacerse a ser²². La expresión connota el forzamiento de un consentimiento, la paciencia de soportar, de habituarse...

III ESTUDIO

a lo inevitable –otro nombre de lo imposible. Este ser al que hay que hacerse no viene del Otro. No tiene respondiente ni saber, ni amor... Hacerse es separarse de las puestas en acto transferenciales, que en la repetición de la demanda conectan el sujeto al Otro al que llama como complemento de su falta en ser. Esta caída de la demanda, en que el compañero se desvanece, es lo que puede producirse cuando la respuesta imposible de lo simbólico aparece como... la respuesta, la respuesta que reduce al sujeto a su ser sin Otro. Aún hace falta que se haga... con el tiempo. Ese tiempo no es epistémico. Depende menos del entendimiento que de una impensable decisión.

El tiempo del análisis no puede comprimirse, pues el tiempo necesario para empujar a lo simbólico a sus reductos, tiempo lógico, es inseparable del que hace falta aún para admitir y soportar el resultado. Es un tiempo imprevisible, cuya ecuación incluye el elemento incalculable de una *"insondable decisión del ser"*²³, según la expresión hace largo tiempo usada por Lacan a propósito de la psicosis. La elección de goce está implicada. La del neurótico cargando un goce a la falta-enser de la que sin embargo se queja, se entiende que le falte tiempo para rectificarla. Si lo hace, será en acto: en este punto Wittgenstein no se equivoca al negar la posibilidad misma de *"proposiciones éticas"*²⁴. En efecto, no a una ética declarativa. Pero aquí como en otras parte, es *"rectificando la posición de la ética"*²⁵ como se prepara, no la ciencia, sino la conclusión lógica sin la cual no hay deseo de analista posible.

Traducción a cargo de Manel Rebollo

NOTAS

- 1.- Este texto retoma las tesis de dos artículos de mayo y septiembre de 1993, uno titulado *El más de tiempo* y otro *El tiempo necesario*, redactado a partir de un seminario dado en Buenos Aires.
- 2.- Lacan Jacques, "Psicoanálisis, Radiofonía & Televisión, ed. Anagrama, 1977, p. 45.: He decidido respetar la traducción de O. Masotta y O. Gimeno-Grendi)

* N. de T. En las notas al final del texto, donde aparecen las citas bibliográficas, en los textos no editados en español he conservado la referencia original, del francés. En cambio, para aquellos textos editados en español he preferido cambiar la paginación del texto francés al texto español para facilitar su lectura. En este sentido también he conservado las frases o expresiones tal como las ha traducido quien se encargó de la edición española, aunque en ocasiones puedan parecer discutibles.

3.- *Ibid.*, p. 46

4.- *Ibid.*, p. 61

5.- *Ibid.*, p. 59

6.- Lacan Jacques, *El Seminario*, “El reverso del psicoanálisis”, ed. Paidós, p. 86

7.- Lacan Jacques, *Informe del seminario del Acto analítico*, *Ornicar?* 29, éd. Navarin, 1984, p. 22

8.- Lacan Jacques, *Escritos*, p. 823

9.- *Ibidem*

10.- Lacan Jacques, *Informe del seminario sobre el Acto psicoanalítico*, obra cit. p. 22

11.- Lacan Jacques, “Función y campo de la palabra...”, en *Escritos*, p. 291

12.- Lacan Jacques, “Psicoanálisis, Radiofonía & Televisión”, obra cit., p.129

13.- *Ibidem*. P. 48

14.- Lacan Jacques, “De nuestros antecedentes”, *Escritos*, p. 60

** En la versión española, “Proyecto de una psicología para neurólogos”.

15.- Lacan Jacques, “Psicoanálisis, Radiofonía & Televisión”, obra cit. p. 45

16.- Lacan Jacques, *Seminario “Aún”*, d. Paidós, p. 63

17.- Wittgenstein, “*Tractatus lógico-philosophicus*”, éd. Gallimard, 1961, p. 106

18.-- Lacan Jacques, “*L’Étourdit*”, *Scilicet* 4, éd. Du Seuil, 1973, p. 44

19.- Lacan Jacques: “*Psicoanálisis, Radiofonía & Televisión*”, pág 46)

*** Aquí en francés se añade un *pas* (intraducible al español) que en principio resulta extraño. Ello produce un efecto de “discrepancia” en la frase que analiza Colette Soler a continuación.

20.- Lacan Jacques, “*L’Acte psychanalytique*”, *opus cit.*, p. 18

21.- *Ibid.* p.76

22.- *Ibid.* p. 78

23.- Lacan Jacques, “*Acerca de la causalidad psíquica*”, *Escritos*, obra cit. p. 168

24.- Wittgenstein, obra cit. p. 103

25.- Lacan Jacques, “*Kant con Sade*”, obra cit. p. 744

IV RECOPIACIÓN

A TIEMPO (QUE NO ESPERA)

MICHEL BOUSSEYROUX

FRANCIA

El director de una prisión hace venir al patio a tres prisioneros y promete la libertad a quien pase la siguiente prueba: "He aquí tres discos, les dice, tres blancos y dos negros. Voy a pegarles uno detrás a cada uno de ustedes, entre sus dos hombros, sin decirles el color que habré elegido. No podrán comunicarse ni de palabra ni por signos. Podrán mirarse, pero desde luego no tendrán ningún espejo a su alcance. El primero que venga a decirme cuál es su color será liberado de su condena, a condición de que sepa explicarme el por qué de su conclusión". El director pone entonces un disco blanco en cada espalda. Los tres prisioneros, tras mirarse por muy poco tiempo, salen como un solo hombre del patio, diciéndole cada uno a parte que él es blanco y dándole la misma deducción de pura lógica. ¿Cuál?

Esta adivinanza es André Weiss, el hermano de Jenny Aubry, pionera del psicoanálisis con niños en Francia, quien la plantea a Lacan, según el testimonio que Elizabeth Roudinesco¹ obtiene de Françoise Choay, con ocasión de una velada en febrero de 1935 en casa de su mejor amigo de internado Silvain Blondin, cirujano reputado y hermano de su primera esposa. No habiendo dado André Weiss la solución, Lacan se rompió la cabeza toda la velada hasta el punto de no conciliar el sueño... A las tres de la mañana, no pudiendo más, telefoneó a Weiss, -si bien acababa de conocerle- quien, aunque furioso por haberle despertado en pleno sueño, le entregó la solución tan deseada. Sea A el sujeto que acaba de concluir por él mismo, y B y C aquellos sobre cuya conducta razona para establecer

su deducción. A declara al director: *“Dado que B y C eran blancos, pensé que si yo fuese negro, cada uno de ellos se hubiera dicho esto: “Si yo también fuese negro, el otro, que es blanco, al ver dos negros habría salido en seguida; por lo tanto, yo no soy un negro”. Y convencidos de ser blancos, B y C habrían salido entonces juntos. Como no han hecho nada, he deducido que yo, A, era un blanco como ellos y he salido entonces a decirle por qué.”*

Lacan se inspiró por lo que, más tarde, llamará esta “solución perfecta” del sofisma. Una nota manuscrita por él sobre el sofisma, fechada el 27 de febrero de 1935², lo atestigua y se encuentra en los archivos de Jacques-Alain Miller, hasta hoy mantenida inédita. Hay que saber que en 1935 Lacan, que estaba en análisis desde hacía menos de tres años y aún no había presentado su estadio del espejo, ya se interesaba muy particularmente por el problema del tiempo, que consideraba como un tema de futuro para el abordaje de la estructura mental. Lacan estaba escribiendo, en efecto, para la revista, creada por Koyré y Corbin, *Investigaciones filosóficas*, un informe sobre el libro del maestro de la psiquiatría fenomenológica Eugène Minkowski, titulado *El tiempo vivido. Estudios fenomenológicos y psicológicos*, donde el filósofo se esfuerza, escribe Lacan, en *“desespacializar el tiempo, siempre falseado por la medida”*, y acaba por dejar, en su último capítulo, *“el espacio geométrico de la intuición por el espacio negro del tanteo, de la alucinación y de la música”* que nos lleva hacia la noche oscura de los místicos. Lacan escribe también que lamenta que el autor no haya tomado conocimiento del pensamiento de M. Heidegger. Pues Lacan estaba descubriéndolo gracias a Koyré y a Kojève, que defendían la tesis de que vivíamos en adelante un tiempo de después del fin de la Historia, fuera el hombre de este fin Napoleón para Hegel o Stalin para Kojève.

Para Lacan lo mismo, no hay progreso. El tiempo de la historia, la de todos y cada uno, nos hace girar en círculo. Y la razón es

topológica: es que el mundo humano es tórico. Pues es en la estofa de un toro –pero ahí anticipo unos treinta años lo que piensa Lacan en 1935- donde se talla el sujeto de la neurosis, toro que lo cautiva alrededor de una “exterioridad central” que es la del deseo, al que hay que darle dos vueltas para liberarse del gran Otro de la demanda, cuyo cautivo amoroso es. Lo que se anuda del sujeto con el Otro es el nudo del tiempo con una superficie, siendo la topología “*el tiempo necesario para comprenderla*”, pues para comprender el espacio que ella estructura de otro modo que por la geometría del yo y la evidencia de las cosas visibles de un solo vistazo hace falta tiempo. Lo que Lacan procura en efecto espacializar, gracias a la topología, es esta relación temporal como poniendo en juego una lógica del acto. Y el sofisma de los tres prisioneros le permite aislar las tres dimensiones específicas en esta relación temporal del sujeto con el Otro que, sin acto, se eterniza: un *instante*, el de ver, un *tiempo*, el de comprender, y un *momento*, el de concluir, el anudamiento de estas tres dimensiones por el acto – o sea, por lo que “*deja su suerte*” al objeto *a*, que tiene la propiedad, como podemos leer en *Les non-dupes errant*, de “*ser al mismo tiempo superficie y tiempo*”.

La necesidad de que una lógica del acto aclare la urgencia por concluir, acto por el cual “*soy un blanco*” viene a eclipsar el pensarse un negro, es cierto que no escapó a Lacan en 1935, en que no cejó en querer verificar colectivamente la pertinencia de este sofisma, empleándose, cuando las reuniones de *Acéphale* y del *Collège de sociologie* en el que estaba, en experimentar la prueba de los discos con sus tres amigos: Georges Bataille, Michel Leiris y Roger Caillois. Fue en el curso de estas experiencias bastante heterológicas cuando Lacan debió darse cuenta de que la urgencia en concluir no podía producirse sin *la objetivación de un tiempo de retraso de A*, por el hecho de que, si B y C ven un negro, según la hipótesis de salida que hace A, B y C no han tenido que hacer esta hipótesis, y entonces, habiéndole visto no negro inmediatamente, le adelantan el tiempo que se toma A para su razonamiento

hipotético, tanto que van a salir antes que él y le es preciso entonces decir *deprisa* que es un blanco *por miedo de no poder saber ya más si es un negro*. Lo que quiere decir que es el acto de salir el que anticipa sobre la certeza de la aserción "*soy un blanco*": adelanta de su decir –de ahí viene el acto- el dicho de su declaración conclusiva. Este sofisma produce entonces un nuevo modo de acceso a la certeza que subvierte el cogito de Descartes. Con el tiempo lógico, la certeza del "*soy un blanco*" hay que ponerlo a la prueba de la duda, de la vacilación que su proceso lógico suscita durante dos escansiones que Lacan llamará también, en 1966³, "*mociones suspendidas*". Éstas son necesarias para que el tiempo para comprender haga el salto del momento de concluir. Éste es el resorte del tiempo lógico. Lacan incluye en su progreso lógico *dos detenciones* de los prisioneros que les hacen vacilar y les retienen por dos veces (habría 3 si fuesen cuatro, 4 si fuesen cinco) en los primeros pasos que hacen para ir a la salida. Lacan corrige entonces la "*solución perfecta*" de Weiss por la objeción de estas escansiones repetidas. Pero, lejos de invalidar la solución, provocan "la salida saludable". A partir de que se tienen en cuenta estos dos tiempos de detención, el tiempo lógico ya no es un sofisma, sino una pura lógica en acto que no tendría lugar sin la función de la prisa, de manera que el sentimiento de ésta va creciendo a lo largo de la prueba, para *objetivarse* en la tercera y última salida, "*no detenida*". Pues si el sofisma de los tres prisioneros no es de la cosecha de Lacan sino de Weiss, la función de la prisa sí que es una invención de Lacan, la primera, con la del estado del espejo.

La publicación del texto de Lacan en el número de la revista *Les Cahiers d'art* que celebra la Liberación, en marzo de 1945, tiene, como tal, valor de acto, de acto político que se anuncia como el "*fragmento de un ensayo de una lógica colectiva*". Lógica colectiva que ambiciona nada menos que responder al problema de la identificación al grupo y del nudo social de otra manera que por le *Massenpsychologie* de Freud, como manifiesta el texto de 1945 "La psiquiatría inglesa y la guerra", en que Lacan

se refiere a los trabajos de Bion sobre los pequeños grupos sin jefe, esbozando una reflexión que hallará su desenlace en 1975 en la formalización borromeana del cartel.

Es el 16 de febrero de 1973, en *Aún*, cuando Lacan va a reinterpretar su pequeño apólogo sirviéndose del cifrado del objeto *a* por el número de oro, en su relación inconmensurable con el uno, de modo que sumarlos o dividirlos es estrictamente igual ($1 + a = 1/a$). Lacan vuelve a hablar de su texto de 1945 para decir que se puede "oír, si se escribe, y no sólo si se tiene oído, que la función de la prisa es la función de este pequeño *a*, "*petit h(a)té*"^{N.T. 1}(según versión de Éric Porge). Es decir que el *a* minúscula es llamado apresurado no en tanto que su vocal se deja oír en esta palabra, apresurado, sino a título de que su consistencia lógica permite escribir con la letra *a* del número de oro (más exactamente, su inverso, de valor igual a 0,618), a saber que, precisa Lacan⁴, cada uno interviene en este ternario sólo a título del objeto *a* que es, bajo la mirada de los otros, como envite de su pensamiento, lo que hace que en realidad sean dos más *a*, $2 + a$ que se reduce, en el punto del *a*, a Uno más *a*.

Se puede observar que Lacan no dice, como se tiene tendencia a decir demasiado de prisa, que el objeto *a*, en la medida que opera en el tiempo lógico, es el objeto mirada: hay el objeto *a* que es *A*, el sujeto real del razonamiento, y hay la mirada de los otros, de los otros dos que ve blancos, mirada cifrada por el número 2 y bajo la cual el sujeto *A* se hace *el envite a* minúscula de una *apuesta sobre el tiempo*, apuesta sobre el tiempo que queda, que queda para salir de la duda, del aplazamiento sin salida.

Es cuando *A* se dice: "Me apresuro en afirmarme para ser blanco, para que estos blancos, así considerados por mí, no me adelanten en reconocerse por lo que son antes de que yo lo haga", es entonces cuando se produce la reducción apresurada de $2 + a$ a $1 + a$. Es en esto que el acto anticipa por

la prisa (que no tiene ningún deseo de abreviar) la certeza del sujeto de la aserción "soy Un blanco". Pero este "soy Uno", cada uno, en tanto viniendo al lugar de A, no podría decirlo sin añadir a esta unidad de lugar de su acto el a minúscula que es el minúsculo^{N.T.2} tiempo de adelanto que tendrá sobre él el otro si alguna vez A es un negro.

El "*ser a la vez espacio y tiempo*" pone en juego el valor temporal del objeto que *se añade* al Uno de la identificación del sujeto al lugar *invisible* de su color, valor inconmensurable sea cual sea su duración, al no ser mensurable por ninguna unidad de tiempo. El objeto *a*, aquí, es un *más-de-tiempo*⁵ – que hay que escribir con dos guiones, como más-de-goce. El más que supongo al otro que provoca mi prisa. Y es a la necesidad de añadir a la marca del Uno sobre el cuerpo (un círculo blanco) esta parte incorporal del tiempo de adelanto posible del otro (lo que escribe $1 + a$) lo que causa la salida^{N.T.3} de la repetición de las salidas^{N.T.4} del sujeto, de modo que una tercera detención le haría errar definitivamente la salida. La consistencia lógica del acto de concluir es tal que en el momento de salir cada uno se iguala, en tanto que es tomado como $1 + a$, a $1 / a$ por donde se escribe la división del "yo" en su "determinación esencial"⁶, por el objeto (a)presurado, el objeto que es el *resto de tiempo*, el resto del tiempo que es el En-Yo^{N.T.5}[*el envite*] del acto. La determinación esencial del "yo" del que habla Lacan al final de su texto de los *Escritos*, la esencia de su determinación es *temporal*. Es su determinación esencial por el *Zeit*, más que por el *Sein*. Pues es el tiempo (incorporal mayor de los estoicos), el que determina las posiciones subjetivas del ser. Y es una determinación temporal que se *escribe*. Se escribe como lo que cesa, o no cesa, de escribirse, como posible o como necesario. Es preciso que *a* minúscula, como tiempo de *adelanto* posible que me apremia a ir, *cese de escribirse* en la moción suspendida en que me detengo, para que "Yo" vuelva a salir y que su determinación esencial, entonces, *no cese de escribirse*.

El tiempo lógico, en sus tres dimensiones de instante de ver, tiempo para comprender y momento de concluir, entra en juego tanto en la temporalidad de la cura como en la de cada una de sus sesiones. Las sesiones breves o de duración variable de Lacan son propiamente hablando sesiones (a)presuradas, que dejan su lugar al objeto a, a su posible: la escansión abre al sujeto a un nuevo decir, de manera que lo que hay que comprender es enviado al tiempo del entre-dos-sesiones.

En cuanto al movimiento de la cura, no podría ir sin la localización de su tiempo lógico propio. El pase, como momento electivo del acto por el cual [*algo del*]^{N.T.6} psicoanalista se hace [*algo de*]^{N.T.7} objeto a, activa la tensión de la prisa y la parte del tiempo esencial para la determinación de lo que constituye el en-sí del acto. Pero la experiencia muestra que entre este momento y el de terminar la cura, tiempo, mucho tiempo, puede pasar, a cubierto de la transferencia; así de coalescente es la estructura inconsciente a esta transferencia. Esta coalescencia, de la que habla Lacan en junio de 1969, en el seminario *De un Otro al otro*, quiere decir que la transferencia desborda con mucho lo que el análisis permite hacer caer por la destitución del sujeto como supuesto saber, y que su coalescencia con la estructura de la histérica o del obsesivo es tal que, a pesar de que el pase se haya producido, el sujeto puede aún continuar, y a veces cada vez más, suponiendo saber a la mujer, en lo que concierne a la histérica, o suponiendo saber al amo, en lo que concierne al obsesivo.

En su seminario de 10 de enero de 1978, *el Momento de concluir*, que tiene lugar justo después de Deauville, en que había considerado total el fracaso del pase, Lacan da una definición simple del final de análisis: "*El final del análisis es cuando se ha dado dos veces la vuelta, es decir que se ha vuelto a encontrar aquello de lo que se está preso. Volver dos veces a dar la vuelta no es seguro que sea necesario. Basta con que se vea aquello de lo que se está cautivo. Y el inconsciente es eso, es la cara real [...]de eso en lo que se está enredado.*

[...] El análisis no consiste en que uno sea liberado de sus sínthomas^{N.T.8}, puesto que es así como lo escribo, síntoma. El análisis consiste en que uno sepa por qué está enredado.

Esto se produce por el hecho de que hay lo simbólico... Lo simbólico es el lenguaje; aprendemos a hablar y eso deja huellas. Deja huellas, de hecho, deja consecuencias que no son otra cosa que el sínthoma, y el análisis consiste –hay no obstante un progreso en el análisis- el análisis consiste en darse cuenta de por qué se tienen esos sínthomas, de manera que el análisis está ligado al saber. Es muy sospechoso. Es muy sospechoso y eso se presta a todas las sugerencias^{N.T.9}. ”

Al comienzo de este largo pasaje que cito, Lacan evoca el final en términos que evocan el tiempo lógico del apólogo de los prisioneros con la doble vuelta topológica de sus dos escansiones. Pero la salida no consiste en absoluto en ser liberado de sus sínthomas definidos como la cara real de aquello en lo que se está enredado. Que se sepa *por qué* se está enredado es suficiente para salir, con esta reserva, estima Lacan, que este lazo de la salida con un saber es sospechoso, al prestarse el saber a todo tipo de sugerencias^{N.T.9}.

Estas sugerencias son las del lenguaje, las del doble sentido que sugiere con toda la fuerza. Pero no es sólo esto. Lo sospechoso, también para Lacan, lo dice en la continuación de esta lección, lo que se escribe, por el hecho de que hay “*un equívoco entre lo real y el lenguaje*”, en particular a nivel de las cifras, de modo que el cero del conjunto vacío no es el cero como cifra para escribir 10 o 100: como decía Queneau, “*el cero es un operador que sólo funciona a la derecha*”, basta escribir un coche para percatarse.

¿Pero entonces cómo concluir, cómo salir en la segunda vuelta *si hay dos maneras de contar?*

Así es la tesis de Lacan sobre el momento de concluir en 1978:

el apólogo de los prisioneros se da desde luego entre las cuatro paredes del lenguaje que habitamos, pero es del *sinthoma* del que estamos cautivos, puesto que estamos enredados en su enmarañamiento con lo simbólico, con el inconsciente. El final no es liberarse de su *sinthoma*, sino saber el por qué de este enredo. Lacan pone pues el *sinthoma* (del que hay que saber *por qué* es blanco y no negro) en el lugar del disco en la espalda de A que lo pone en posición de *a* minúscula apresurado. En cuanto a la función de la prisa necesaria para que el saber pase al decir, es con el poeta con quien Lacan lo emparenta cuando deplora en 1977 no ser “lo bastante⁷ *poète*^{N.T.10}”.

¿Por qué se apresura el poeta para llegar al final del poema? Giorgio Agamben tiene una tesis sobre el final del poema que nos puede aclarar algo: “La poesía se alimenta sólo de la tensión y la diferencia entre el sonido y el sentido, entre la serie semiótica y la serie semántica”. En apoyo de esta tesis aporta este decir de Valery que Jakobson glosa en sus estudios de poética: “*El poema, vacilación prolongada entre el sonido y el sentido*”. ¿Qué es una vacilación, pregunta entonces Agamben, si dejamos de lado toda dimensión psicológica, antes de desarrollar su respuesta en que manifiesta que la posibilidad del encabalgamiento –este procedimiento que, al suspender el sentido del verso, obliga a la voz a saltarse la rima- es el único criterio que permite distinguir la poesía de la prosa⁸.

No hay encabalgamiento de la pared del sonido que separe al *poète* del sentido sin la vacilación a partir de la cual podrá apresurarse, suspendiendo el poema su propio fin, hacia una “*declaración de estado de emergencia poética*⁹”.

El último Lacan, el Lacan director de una Escuela que no estuvo lejos de hacerle prisionero, no esperaba menos de los analistas: una declaración de estado de emergencia, de emergencia poética. Pues lo que se escribe en análisis, es un poema. No es que el analizante haga poesía sin saberlo. Es lo que pro-

V RECOPIACIÓN

duce el análisis lo que es un poema. Lo que Lacan dijo ser, en respuesta a tal o cual demasiado solícito en hacerle analista nato, nacido en el 33, recién salido de un *Hiatus Irrationalis*¹⁰: “No soy un poeta, sino un poema¹¹”.

Lacan-el-poema -marco aquí una última escansión suspensiva para de este modo precipitar un juicio que para terminar me apresura a decirles esto:

El final del análisis es el final de un poema, cuando lo que lleva a la escritura es la causa de lo que falta para acabarlo.

Sant Antoni, agosto 2002

Traducción a cargo de Manel Rebollo^{N.T.11}

NOTAS

1.- É. Roudinesco, *Jacques Lacan. Esquisse d'une vie, histoire d'un système de pensée*, Paris, Fayard, 1993, p. 238

2.- *Ibidem*, pag. 595.

3.- J. Lacan, “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada”, *Escritos*, México, Siglo XXI, 1971 p. 187-203

N.T.1.- *hâte* prisa. Petit h(a)té, podría traducirse por pequeño (a)presurado

4.- J. Lacan, *El Seminario, libro XX, Aún*, Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1981, p. 63.

N.T.2.- Juego con dos valores del término francés *petit*. Aplicado a la letra se traduce por a minúscula y aplicado al tiempo se traduciría por poco tiempo. He respetado la homofonía forzando el “minúsculo”.

5.-Este término fue producido inicialmente por Colette Soler en el artículo titulado “Le plus de temps”*, aparecido en Julio de 1993 en *La lettre mensuelle de l'E.C.F.* nº 121 (p. 33-36), así como en el texto titulado “le temps qu'il faut”, aparecido en la revista *La Cause freudienne*, nº 26, en febrero de 1994 (p. 17-25)

- N.T.3.- salida (*sortie*): salir de la repetición.
- N.T.4.- salida (*départ*): acto de dirigirse hacia la salida por parte de los prisioneros.
- 6.- J. Lacan, *Escritos*, op. cit., p. 203
- N.T.5.- *En-je* (En-yo) suena igual que *enjeu*: envite
- N.T.6.- Traducción forzada del partitivo (*du psychanalyste*): en el sentido de que no es el psicoanalista, no todo, sino algo de él.
- N.T.7.- Lo mismo para *de l'objet a*: algo del objeto a: no todo.
- N.T.8.- *symptome* es la escritura correspondiente en francés al término español sintoma; *sinthome* es un término acuñado por Lacan de difícil traducción. Lo he dejado como sínthoma, con el único propósito de diferenciarlo de síntoma, a pesar de que eso no basta para dar cuenta de la diferencia.
- N.T.9.- *sugestión* puede traducirse tanto por sugerencia como por sugestión. Creo que en el caso es más adecuado sugerencia, aunque eso cabe dejarlo a criterio del lector.
- 7.- J. Lacan, "Vers un signifiant nouveau", *Ornicar?*, nº 17-18, 1979, p. 22
- N.T.10.- *poâte* neologismo formado a partir de la fusión entre *poète* (poeta) y *hâte* (prisa). Intraducible al español.
- 8.- G. Agamben, *La fin du poème*, Circé, 2002, p. 131.
- 9.- *Ibid.* p. 136
- 10.- Título del poema de Lacan, fechado en agosto de 1929, publicado en *Le Phare de Neuilly* en 1933.
- 11.- J. Lacan, *Autres écrits*, Paris, Seuil, 2001, p. 572.
- N.T.11.- Con respecto a las notas bibliográficas del autor he considerado oportuno citar directamente sus correspondencias en castellano para los textos de Lacan de cuya versión española disponemos.

LA FILOSOFÍA Y LA CLÍNICA¹

GABRIELE D'ARIENZO

ITALIA

En el seminario elegido por el *Collège Clinique de Paris* para el año 2001-2001 –*La clinique des pulsions*– se insertan las dos lecciones a las que nos referimos en este artículo, impartidas por Françoise Josselin y Sol Aparicio. Respectivamente: *Présentation de malades, Satisfaction et sublimation*. El ámbito, ora propiamente clínico, ora teórico-analítico, deja entrever sobre el fondo el alcance especulativo del concepto de *clínica*, o si se quiere, su correlación con el discurso del filósofo. Clínica de las pulsiones, clínica de los goces, clínica de los discursos. El término queda entendido en la acepción indicada por Colette Soler, cuando lo elegía como título para un curso académico en la primera mitad de los años 80 –*Clinique des discours*–, en este sentido: estructura analítica vuelta a la práctica de la disección y de la resistemización de las formaciones del lenguaje en lo real, en todas sus posibles y variadas formas. Filosofía y clínica tienen en común la puesta en juego, en la medida en que para ambas se trata de cambiar el discurso. No consentir a la confusión ecuménica del pensamiento único, sobre el plano de las psicoterapias, así como de la mercantilización y de la información. He aquí la vertiente práctica del análisis, su orilla política, a partir de los discursos; del discurso clínico que rinde cuentas del lenguaje en quien habla. En este sentido es filosófico. Al omnicomprensivo amparo del mundo globalizado se suceden los significantes de un mismo discurso, pero no son todos los significantes, sólo una selección de los significantes posibles. Una praxis analítica auténticamente en ejercicio deberá en efecto rendir cuentas de esta

contingencia, por caminos distintos, permitiendo la salida social de la diferencia del destino, en que el fin de las grandes narraciones, no sólo el advenimiento de la narración única, la quiere ya confinada junto a todo saber discordes. "Extraterritorialidad" es el término que adoptaba Lacan para evocar un lugar de sentido común que fuese radicalmente distinto de la mundialidad que fragmenta, sectorializa, aísla cada una de las potencialidades del sentido, justo en el momento en que se le vuelven todas conmensurables.

Esta salida extraordinaria del hábitat del confinamiento es la condición necesaria, clínica en la medida que el territorio de la clínica ha venido a ser el mundo, para continuar invistiendo de sentido lo real, a través de la apertura de los discursos siempre nuevos, que se hacen cargo de su misma insensatez, impropiedad, contingencia. Ya para Lacan no se trataba de construir subrogados de las grandes narraciones, o sea el saber absoluto que no puede reproducirse integralmente, pero que bien puede continuar fluidificándose en la pequeña verdad que emerge después. De otro modo la praxis analítica perpetuaría el "racismo de los discursos en acción" (Lacan), antes que fulminar la producción de pequeños relatos "otros", mediante un acercamiento multidisciplinario serio, y no coral en sentido vulgar. La imagen clave de la "extraterritorialidad" analítica puede ser la de una estructura reticular en movimiento, de experiencias y saberes discordes que se valorizan en el entrelazamiento, aunque sólo sea para desvalorizarse individualmente y acrecentar su futuro valor, aún por valorizarse. Resolviéndose recíprocamente por la impotencia a la que la parcelación y la disociación de la identidad con lo verdadero los han singularmente destinado. Es tan evidente que la directriz clínica haga alusión a la ontología y a la ética.

La primera tesela del mosaico del seminario muestra el encuentro en el terreno de la contingencia. Trata de la relación entre real e interpretación. *Présentation de malades* está por la

socialización del síntoma, como dimensión de acceso al añadido del mundo del psicótico. El caso es el de la vigésimo segunda reunión, presentado por Josselin mediante un dispositivo clínico de triple articulación: paciente-docente, analista-discípulo, auditorio movido por la instancia analítica. No se conoce de antemano el efecto terapéutico, siendo la curación verdaderamente una añadidura, y sin embargo es cierta la estructura didáctico-formativa. No en una acepción banalmente epistémica, sino en el sentido más radical de una experiencia que modifica al mismo analista y a los otros practicantes de la sesión, generando un saber nuevo. El discurso² donde cada uno tiene que vérselas con su pulsión. La primera desmistificación es la de un real absoluto llevado en los símbolos, y por ello reinterpretable con los instrumentos de una fantasmagórica *ratio* técnica. La psicosis no es una cantidad mensurable, su realidad es estocástica más que estadística. En el discurso excesivo del sujeto psicótico, éste encuentra un real que le despedaza, irrumpe por sorpresa en sus vivencias bajo la forma de voces violentas y sin ton ni son. Vale decir: voces *ante* o *post* estructura. Es el descubrimiento de la vacuidad del sentido que subyace al sentido, provocada por el des-encadenamiento sintáctico (recordemos que para Lacan la existencia de esta cadena es aquello por lo que el individuo accede al orden simbólico y participa en él socialmente). El desencadenamiento de los significantes impide el afianzamiento del sentido, empujando al sujeto a la elaboración de un delirio defensivo como tentativa extrema de significación, de curación, de palabra discursiva en la que se lo puede lograr.. El analista, y éste es el punto, ha de vérselas con lo real vivido por el psicótico. No ha de buscar una respuesta, en la medida que la respuesta ya está dada en las "voces" como dato incontestable de lo real. De ellas no hay escapatoria, vuelven indefectiblemente y modifican la historia de cada uno. Como el *fantasma* paterno vuelve a Amleto y provoca la tragedia, las figuraciones fantasmales del delirio

presentifican los *impases* del sujeto que ya no puede moverse y sin embargo busca movimiento y garantía en aquel coloquio. Si el Otro es el horizonte que encuentra en primer lugar, y en cuanto que primer encuentro llega siempre sin saberlo, eso no quita que lo real que está aún antes pueda volver de todos modos. Vuelve a hacerse oír por los caminos del símbolo o de lo imaginario, a aludirse por una insurgencia, por un pasado irremediable que sigue de todos modos aún presente. El problema del analista en este lugar es tratar el discurso del psicótico como copioso pasado más que como desvanecido presente. Como el rechazo máspreciado. Apartando por ello los desvaríos interpretativos y criptoanalíticos, ya que toda interpretación es sólo desde fuera, y por tanto del lado infecundo del observador. El equívoco fundamental en el que corre el riesgo de engañarse el intérprete no es otro que la confusión de un discurso con lo universal, tratado en bloque y sin motivo como un discurso: se trata así de un metadiscurso. Enésima expresión del racismo discursivo, que sustenta toda amenaza a las prácticas lacanianas, en esa vocación paranoide a la subrepticia universalización de los contenidos, vivencias psíquicas del valor bien determinado y contingente. Ciertamente la categoría filosófica de la contingencia vehicula el sentido de la interpretabilidad poliédrica de lo real que retorna al lugar analítico, que es siempre real experimentado, no predeterminado ni componible en los términos de un cálculo normativo. Está claro: sólo el racismo del intérprete tiende a destituir como falso el dato que no le alude singularmente, que no lo encuentra en el cuerpo propio como superficie de escritura, hoja de apertura pregunta-respuesta bajo la cual los significantes impactan de modo indeleble. Lo real, lo sabemos, permanece sustraído e irreparable. Pero el psicótico no sabe del mayor respeto a los metaoradores obsequiosos de la normación. No tiene amparo de las "voces", por cuanto su respuesta necesitada, en la forma de la construcción subjetiva del delirio debe continuar su elaboración, que se sienta en

conversación. O bien participar de las penurias del Otro, por quien se vería de otro modo excluido. Sigue el encuentro sustitutivo con una variedad de objetos menores, los *a* minúscula, cuya común denominación es, en este caso, el factor de distorsión: del LSD al interés por la óptica, hasta las voces bajo la ducha caliente (variación de densidad del medio), o bien la presentificación más vortiginosa de una fatal sustracción.

El punto de articulación tras la presentación de Josselin y la enseñanza de Aparicio, *Satisfaction et Sublimation*, se especifica en el tránsito de una clínica de la formación individual a una clínica de las formaciones colectivas, y paralelamente se nos desplaza de un momento didáctico-terapéutico a uno propiamente teórico. El nudo central continúa concerniendo a la cuestión de la interpretabilidad, esta vez de la civilización, o más bien *de las* civilizaciones. La práctica lacaniana deberá en este estadio mostrar su filogénesis, y por lo tanto descender de nuevo al freudismo y aducir las razones de su nuevo entendimiento. El interlocutor de Aparicio es el Sigmund Freud de *El malestar en la cultura* (1929) y de la correspondencia con Einstein *El por qué de la guerra* (1932): recordemos que los grandes textos de los años 20 de Freud constituyen el sustrato fecundo de las elaboraciones lacanianas. Lacan es, con todo derecho, discípulo ortodoxo de Freud, en la medida en que su campo operacional se puede considerar como una extensión cualitativa del freudiano. No se trata en efecto de un alargamiento geométrico de los confines, que corre el riesgo de explicar el inconsciente de cada uno a la luz del inconsciente colectivo: esa fue la equivocación jungiana que, recurriendo a la *qualitas* oculta de las sugerencias arquetípicas, ha contrarreformado el análisis en los territorios del metalenguaje. Cuando al contrario es el desarrollo cualitativo del campo freudiano el que restituye el sentido productivo de la producción lacaniana, cuyo alcance se perdería si nos limitáramos a una

lectura meramente espacial, dimensional del campo. El reclamo a la ortodoxia freudiana en Lacan se acompaña de la radicalización de lo que en el descubridor del psicoanálisis brillaba ya como una fulgurante intuición: el inconsciente como lenguaje. Freud es el primero en fundar la relación entre paciente y analista en la comunicación verbal, y en colocarlo en el horizonte semiótico, en cuanto a la interpretación de la fenomenología onírica y paraonírica (lapsus, actos fallidos, neurosis). Ahora bien, la revolución cualitativa de Lacan consiste en la formalización científica de la estructura del inconsciente como discurso. Científica en los términos de la reductibilidad a la motivación científica y a la invariabilidad estructural de los instrumentos operativos, no así en cuanto a la grandeza del nuevo dicho para instituirse como enésimo amo. Con Lacan cambia el análisis y cambia también la idea de civilización. Esta última va a configurarse como un "discurso" más amplio en sus capacidades informantes y por ello omnipenetrantes, y sin embargo siempre contingente: del inconsciente y de la civilización el psicoanálisis es el intérprete, el investigador de las motivaciones, el descubridor de la cautiva conciencia de la estructura. Puesto que en suma o más bien en *productio*, no ha ocurrido como dijo Hegel: que la infeliz conciencia habría sido redimida. Más bien como sugirió Marx: que algo, lo que cuenta, ha permanecido escondido bajo el *maître* amo, quien en virtud de su *maquillage* de época puede recuperar un papel activo. La civilización positiva, más aún en Freud.

Peculiar en el análisis freudiano, emerge una idea de civilización como agente represivo, que impone a cada uno el sacrificio de la renuncia a la satisfacción pulsional directa, y por tanto el cambio de rumbo de los deseos hacia territorios socialmente aceptables. La seguridad de la vida colectiva trae como complemento la inhibición de las pulsiones sexuales y agresivas del individuo, un precio evidentemente demasiado alto, que se rebaja con la frustración, el sentido de culpa, la patología.

Hay claramente en Freud un dualismo entre instancias libidinales del *Es* e instancias censoras del *Superyó*, o sea la concurrencia directa entre el *principio del placer* y el *principio de realidad*. Precisemos, sin embargo, que este dualismo presenta aspectos problemáticos, si nos referimos a la tematización freudiana de un dualismo ulterior, el de *Más allá del principio del placer*, entre *Eros* y *Thanatos*, del que surge el conflicto entre pulsión de vida y pulsión de muerte. Empujadas a reunir, las primeras, tenderán a enlazar a los individuos en formaciones colectivas, para la conservación de las cuales se da siempre la procrastinación de los deseos más peligrosos y disgregadores, *Thanatos* precisamente. Pero *Thanatos* es la vida misma, el resorte de la reproducción que hace morir internamente las formas orgánicas, insurgencias estables que deben aniquilarse por un nihilismo propio, demoníaco e independiente de todo placer. *Thanatos* no está *más allá* del placer en el sentido del espacio, sino en el sentido de la causa: su motivación es libre. Y en efecto, mirándolo bien, subsiste una connotación erótica, unificadora, productiva, precisamente en esas pulsiones de vida, que tienen su correlativo en las funciones inhibitoras del *Superyó*, en cuanto guardián del orden colectivo. Tal ambigüedad juega a favor de la reanudación lacaniana de la idea de civilización, ya no como mera instancia represiva, sino esta vez como imperativo de goce. La civilización, en cuanto discurso colectivo que preexiste al individuo, discurso inmanente a quienes le preceden y le acogen, obra sobre él con un doble movimiento activo-coactivo, proveyendo con la introyección del significante a canalizar-colonizar los deseos, a que sean necesidades. Ligados a un nombre por venir orientados a circuitos de goce, en tanto decibles, son por tanto socialmente auspiciables y promovibles. Y en el discurso civilizado del capital se trata de cuerpos-mercancía. El sujeto vuelto al consumo se entrega a su potencial sexual y agresivo, no como acto de rebelión, sino como observancia civilizada del dictamen del Otro: "¡Goza!" Plegándose al *diktat*, el practicante no concebirá

exacción que no quiera satisfacer, haciendo propio el cuerpo del otro. Un quite de subversión que se anida sadianamente en la Ley, la cual, precisamente para hacerlo efectivo, debe conservar su instancia privativa extrínseca. Para Lacan el imperativo gozador configura el completamiento de la *Crítica de la Razón Práctica* kantiana con lo poco que le falta para que sea operativa como filosofía del mal, el tema candente del siglo XVIII del cual Sade fue el máximo intérprete. La ley del padre opera en los modos constantes de la presión sobre el individuo, tan presente y penetrante como invisible y meliflua; ella induce a buscar satisfacción en objetos inadecuados que pueden siempre renovarse, ya que no se da nunca uno solo que esté en relación pacífica con el placer. Los canales utilizados para la reproducción sádica de los bienes inadecuados están tan *valorizados*, incluso ofrecidos como *valores*, aquellos en cuya dirección es útil proceder. Es el Otro el primero en hablar de estos valores al sujeto, o más bien en consentirle en que sean la verbalización del deseo, es decir la elaboración de su primera literatura erótica. A este propósito, guardémonos del error de querer considerar cierta fenomenología patológica, cada vez más inscrita en el tejido formal de la normalidad, como la consecuencia ontológica de una Civilización con mayúsculas. El hedonismo de masa, librado de cualquier agente vinculante, en el mismo surgimiento de leyes de naturaleza jurídica, moral o religiosa, tiende normalmente a reglarlo, pero esencialmente a reproducirlo: pornografía, paidofilia, prostitución, exhibicionismo, voyeurismo masmediático. El fetichismo, cuyas mercancías, al igual que los objetos suprasensibles, parecen asumir "vida propia" (Marx), y en realidad la tienen, tratándose de la cuota de realidad desposeída de los cuerpos que producen de verdad. Donde los mismos cuerpos se vuelven mercancías, respecto a las cuales ponerse en relación autorreferencial, sea de total desconocimiento del otro, sea de domino fascista. El idealismo absoluto de la era audiovisual, que con sus estereotipos de felicidad convencional

depura el mundo de toda lucha y tragedia operante, y no promueve la imagen reaseguradora de un mercado virtuoso, donde a todos, indistintamente, se les ofrece la misma *chance* de tener éxito, afirmarse, de gozar a porrillo. De una escucha analítica de los síntomas en las señales emergerá, entonces, cuando se trate ciertamente de tal fenomenología, no la consecuencia de un fantasmático discurso del Otro, sino la necesidad social de *este* discurso del Otro. El que esconde la verdad bajo la faja del amo. Discurso contingente, y a su manera delirio defensivo del gran psicótico, como ya hemos tenido modo de aclarar para el psicótico subjetivo.

Cumplidamente respecto a Freud, la hipótesis lacaniana pone a trabajar *formalmente* la idea de civilización como sujeto clínico. Ahora podemos saber acerca de las relaciones que regulan las funciones, cuya patología no se da como revelada por reminiscencia misteriosa, sino como producto del análisis. De este modo, a partir de la sintomatología sónica podemos entrever la arquitectura de los deseos construida entorno al sujeto, la misma que se convierte en su prisión, por más cómoda y elegante que se muestre. Este movimiento de la civilización, que quita mientras prodiga, conservando su rol magnánimo, configura una dialéctica del "sí" y del "no"; donde el "sí", como instancia positiva del "¡goza!" constituye siempre el "sí" del "no", el "¡goza!" *del* precepto. Instancia positiva e instancia represiva están dialécticamente en tensión. Y ciertamente en esta coacción que se realiza capilarmente en la valorización del "sí" irá reconocida la continuidad, más que el hiato, entre Freud y Lacan. La represión emanante del imperativo sumergido "¡goza!", diseminado a modo de polvillo en los microconflictos, en las microescisiones del consumo cotidiano, como precepto normativo universal que a todo afecta, contiene una fuerza de compresión del individuo mucho más envolvente que la *Privación* freudiana. Igual de sumergida, como total en su disposición, en la medida en que llega a economizar el mismo lado destructivo del placer, dirigiéndolo a la obediencia activa

de una satisfacción imposible. Ocurre entonces que la cualificación social del parlante está en función directa de su capacidad de gozar, que al no poder realizarse en la plenitud augurada por la fórmula imperativa, en cuanto abstracta y formal, ciertamente en razón de su pretendida eficacia normativa, se resuelve en la persecución *ad libitum* de los objetos de goce. Carrera que, en los modos de la "cautiva infinitud" hegeliana, es entregada ya en su origen al fracaso. Y así la homeostasis psíquica del sujeto, la histórica *identidad*, aferrada una y otra vez a los variables pequeños otros que restituyen un llenado sólo parcial. Se observa con ello que la génesis de la neurosis reside en ese pecado social configurado por la experiencia del límite propio de cada uno frente a la universalidad circundante del "¡goza!". Si entonces la instancia represiva del Superyó se limitaba a empujar explícitamente hacia abajo el flujo destructivo de la libido, el Otro lacaniano se preocupa directamente de cultivarlo, aunque de una manera accidentalmente domesticada, de modo que puede ser reabsorbida en la mismidad de la estructura, en el juego simbólico que se produce, y vaciado de toda carga real residual. Valorización de la represión en el primer caso, represión de la valorización en el segundo. Y en este último el genitivo es entendido en su doble sentido especulativo, tanto objetivo como subjetivo: de modo que la Civilización, según Lacan, será el reverso de la Civilización según Freud, tratándose precisamente de su reverso interno.

Así pues es ésta la paradoja del "¡goza!": la civilización induce al sujeto a desear cuanto ella misma al mismo tiempo sustrae al inducido. Cuanto más coactivo es el empuje, mayores son la frustración, la vergüenza social, en resumen el *malestar activo*, que el sujeto ineludiblemente experimenta en razón de su insuficiencia para gozar hasta el fondo, en los términos promovidos por los significantes que le llueven encima de todas partes y en todos los códigos, relanzándole a ultranza a la

plancha del juego con el muerto. Esta tira de realidad (esquema de Moebius) de la que sólo se sabe esto: que algo falta. De modo que ciertamente la demanda de satisfacción podrá concretarse en la elaboración de un representante psíquico distinto para la pulsión, que sea adecuado, conforme, pacificador. Es sabido que la misma pulsión apunta a un campo por objeto, más que a un objeto por campo, o sea un referente claro. En este cuadro queda operante en Lacan, lo mismo que en Freud, el proceso de la sublimación como único dispositivo en condiciones de asegurar un grado aceptable de satisfacción, desde el punto de vista socio-político. No se tratará, ciertamente, del llenado de las instancias sexuales y agresivas que quedarán necesariamente inhibidas, sino más bien del deslizamiento de la meta y del objeto de esas pulsiones en un territorio socialmente reconocible y axiomatizable: el arte o la actividad intelectual (recordemos el interés por la óptica del psicótico de Reunión), o bien pequeñas infracciones a la regla que serán perdonadas en la economía general del sistema circular de la falta, que no puede resolverse linealmente por vía identificatoria, pero con cuya extrañeza errante se puede al fin y al cabo aprender a convivir. Lacan la definió "*fecundidad del erotismo en la ética*". Colocando en su lugar esta segunda tesela, de nuevo la mirada se detiene en el fondo que contiene y vuelve a solicitar el rompecabezas de la realidad. La civilización es un discurso contingente, sin embargo para el individuo no lo es: la asepsia de su lazo con el Otro se acompaña de la tentación de lo inevitable, como modo de permanecer en su interior. Pero vuelve la interrogación sobre la vivibilidad de un lugar real, que no sea sólo el lugar del muerto, precedente del ingreso del individuo en el orden colectivo, o de un lugar sucesivo, un territorio no territorial, otro otro. En último análisis, me detengo dejando el asunto lacaniano y exquisitamente estructuralista de que el practicante no puede volver a entrar en las verdaderas alineaciones, es decir la falta redistribuida en los giros de estructura, se tratará de continuar comprendiendo de nuevo como y cuando, y en qué términos es fecundo habitar esta

V RECOPIACIÓN

condición, y como a pesar de la inseparabilidad de un vínculo, de un límite, de un discurso que ya ha dicho antes, el parlante aún pueda recuperar un papel soberano, ni servil ni de amo, en su propia praxis. Pero no ha sido dicho que el análisis o la filosofía deban encontrar una respuesta.

Texto traducido por Manel Rebollo

NOTAS

1.- Del Seminario del Campo laciano Casino-Roma-París- octubre 2001

LA NEUROSIS OBSESIVA REPENSADA

JEAN JACQUES GOROG

FRANCIA

“Para el obsesivo, [...] incluso los más ciegos¹ se han dado cuenta de su contribución a lo que llamamos el pensamiento²”. “La neurosis obsesiva por ejemplo es el principio de la conciencia”³.

Fue Colette Soler quien me sugirió este título, y lo adopté porque es el que corresponde mejor a mi propósito. Veremos por otra parte la incidencia del proceso de la adopción en el proceso obsesivo.

El pensamiento en su funcionamiento “ordinario” ¿se distingue del pensamiento obsesivo a parte de por una acentuación cualitativa tal que quien sufre su peso venga a lamentarse, o bien es de otra naturaleza? Plantear la pregunta basta para imponer “repensar” la neurosis obsesiva, puesto que se hace indispensable interrogarse sobre el estatuto del pensamiento como tal. Inversamente, toda referencia al pensamiento, y sabemos la importancia del comentario de Lacan sobre el *cogito*, concernirá a la clínica del obsesivo. Hemos aquí de entrada en el corazón del sujeto, si osamos decirlo, desde que el pensamiento obsesivo se hace el síntoma clave de dicha neurosis al mismo tiempo que el modelo de pensamiento en el hablante. El otro elemento que vendrá a reunirse a ello es la dimensión sexual tal como se presenta del lado del hombre, como si el apremio del pensamiento viniera a responder del embarazo que más específicamente el hombre encuentra con la presencia en su cuerpo del órgano sexual.

Para convencerse de este paso del pensamiento obsesivo al pensamiento, baste con recordar el muy importante desarrollo sobre la incompatibilidad del pensamiento y del acto en el seminario precisamente de "El Acto analítico" (1967-68), que retoma un tema ya ampliamente evocado en "El Deseo y su interpretación" a propósito de la procrastinación de Hamlet⁴: ¿no está manifiestamente fundado en la clínica del obsesivo, quien piensa en lugar de hacer, antes de ser seguidamente ampliado a todo sujeto enfrentado al lenguaje, entre su pensamiento y su ser?

Pero retomemos desde su inicio el descubrimiento freudiano de manera que precisemos bien lo que de la neurosis obsesiva será "repensado" y lo que no lo será. Que esté bien claro que Lacan en ningún momento va a discutir el tipo clínico mismo, tipo que conviene decir que es invención de Freud –Janet sólo lo anticipa parcialmente–, contrariamente a las otras estructuras clínicas descritas en el campo de la psiquiatría y utilizadas por él sin profundas modificaciones.

La histórica había abierto la vía del psicoanálisis: es sobre este fundamento, y gracias al postulado del inconsciente, como la invención de esta nueva neurosis, *Zwangsneurose*, pudo salir a la luz, lo que al mismo tiempo explica que su descripción no haya podido hacerse anteriormente. Basta con que el psicoanálisis pierda parte de su influencia para que la neurosis obsesiva sea reducida al "toque" anglosajón⁵, conservando la histeria una relativa cohesión bajo apelaciones proteiformes sometidas al capricho de las modas (espasmofilia, por ejemplo).

Esta evocación va para lo que implicará de correlación estrecha entre la formalización de esta neurosis y los desarrollos de la teoría analítica a partir de la cura misma. Es así como muchos conceptos deberán ser reformulados para dar cuenta de las aporías de la neurosis. Por ejemplo, el síntoma definido a partir de la histeria deberá ser evaluado de nuevo para satisfacer las

particularidades de la obsesión -un texto como *Inhibición, síntoma y angustia* deberá en buena parte responder de estas dificultades.

Lacan retomará por su cuenta lo que queda inscrito en la historia como un beneficio no contestable del psicoanálisis, no sin integrar en él lo que constituye el envés de este beneficio y que se debe a la procedencia "analítica" de la neurosis. Hay en efecto un problema metodológico que se debe a que no se pueda en el mismo movimiento fundarla en el psicoanálisis y utilizarla para profundizar en la teoría. De ahí el extremo cuidado tomado en su comentario.

De entrada el acento será puesto en la relación con el Otro en esta neurosis, más bien en los impases de estas relaciones así como las apariencias de solución que pueda generar la función (por ejemplo la religión, ampliamente explorada por Freud). Así, desde los *Complejos familiares*, tras un homenaje a Janet, extiende, con la complicidad del "pensamiento compulsivo" freudiano, la problemática obsesiva "caricatura de las mismas formas del conocimiento" a la existencia del ser pensante:

"Y comprendemos la razón por la cual estos sujetos, que distinguen frecuentemente facultades especulativas, muestran en muchos de sus síntomas el efecto ingenuo de los problemas existenciales del hombre."

La reanudación por parte de Lacan de esta cuestión será balizada por algunos escritos en los cuales podemos detenernos para señalar las etapas de este "repensar":

1) Culpabilidad y agresividad están ligadas al "desarrollo precoz del yo" desde los Complejos familiares hasta "la agresividad en psicoanálisis" y organizados según la temática del estadio del espejo. Uno se da cuenta en este caso de que este estadio está tan bien adaptado a la neurosis obsesiva que se lo creería inventado para ella:

“Correlativamente la formación del yo [je] se simboliza oníricamente por un campo fortificado, o hasta un estadio, distribuyendo desde el ruedo interior hasta su recinto, hasta su contorno de cascajos y pantanos, dos campos de lucha opuestos donde el sujeto se empecina en la búsqueda del altivo y lejano castillo interior, cuya forma (a veces yuxtapuesta en el mismo libreto) simboliza el *ello* de manera sobrecogedora. Y parejamente, aquí en el plano mental, encontramos realizadas estas estructuras de fábrica fortificada cuya metáfora surge espontáneamente, y como brotada de los síntomas mismos del sujeto, para designar los mecanismos de inversión, de aislamiento, de reduplicación, de anulación, de desplazamiento, de la neurosis obsesiva”.⁶

Notarán la constancia insistente de las metáforas militares defensivas, desde el campo recortado” (aquí arriba) hasta las “fortificaciones al estilo de Vauban”:

“Estos nudos son más difíciles de romper, es sabido, en la neurosis obsesiva, precisamente debido al hecho bien conocido por nosotros de que su estructura está particularmente destinada a camuflar, a desplazar, a negar, a dividir y a amortiguar la intención agresiva, y eso según una descomposición afectiva, tan comparable en sus principios a la que ilustran la torre en estrella y el parapeto en zigzag, que hemos escuchado a varios de nuestros pacientes utilizar a propósito de ellos mismos una referencia metafórica a “fortificaciones al estilo de Vauban”.⁷

2.) “El Mito individual del neurótico o poesía y verdad en la neurosis” (mito y lingüística). Un paso decisivo se cumplió en 1953 gracias a Lévi-Strauss, lo recordará más tarde:

“La cosa es por mí altamente apreciada en su relieve, puesto que, como Claude Lévy-Strauss no ignora, he intentado casi ahora mismo, y me atrevo a decir, con éxito rotundo, de aplicarle la parrilla a los síntomas de la neurosis obsesiva; y

especialmente al análisis que Freud hizo del caso del “Hombre de las ratas”, y esto en una conferencia que titulé precisamente “el mito individual del neurótico.”⁹

La puesta en perspectiva del caso de Freud con la cuestión del mito permite mostrar la utilidad de su nueva tópica –real, simbólico, imaginario. El nuevo examen del caso paradigmático de la neurosis figurará igualmente en “Función y campo de la palabra y del lenguaje”, del mismo año. El mito autoriza el enlace entre lo imaginario y el lenguaje¹⁰:

“La referencia, en fin, a la lingüística nos introducirá en el método que, distinguiendo las estructuraciones sincrónicas de las estructuraciones diacrónicas en el lenguaje, puede permitirnos comprender mejor el valor diferente que toma nuestro lenguaje en la interpretación de las resistencias y de la transferencia, o también diferenciar los efectos propios de la represión y la estructura del mito individual en la neurosis obsesiva”.¹¹

Podremos asegurarnos de toda la importancia que Lacan concede a este paso en un texto de 1956:

“Entendamos sin duda que esta cadena no es toda la estructura de la neurosis obsesiva, pero que se cruza en ella, en el texto del mito individual del neurótico, con la trama de los fantasmas donde se conjugan, en una pareja de imágenes narcisistas, la sombra de su padre muerto y el ideal de la dama de sus pensamientos.

Pero si la interpretación de Freud, al deshacer en todo su alcance latente esta cadena, va a llegar al resultado de hacer caer la trama imaginaria de la neurosis, es que para la deuda simbólica que se promulga en el tribunal del sujeto, esa cadena le hace comparecer menos aún como su legatario que como su testimonio vivo.”¹²

En su homenaje a Lévy-Strauss surge la dimensión de lo imposible especialmente referida a la neurosis obsesiva, a la cual el mito aporta la solución:

“De manera que el mito estaría para mostrarnos la puesta en ecuación bajo una forma significativa de una problemática que debe por sí misma dejar algo abierto, que responde a lo insoluble significando la insolubilidad, y su emergencia encontrada en sus equivalencias, que abastece (ahí estaría la función del mito) el significante de lo imposible” (subrayado por mí)¹³.

3) El deseo como imposible¹⁴

El escrito “La Dirección de la cura” y el seminario “El Deseo y su interpretación” marcan un nuevo paso decisivo en el examen de la neurosis obsesiva. Conviene no subestimar el seminario con el pretexto de que Hamlet es una obra de ficción y no un caso. Desde este punto de vista, Hamlet ocupa una posición intermediaria entre el comentario de “el Hombre de las ratas” con la cuestión edípica y el deseo obsesivo en lo que anticipa de su generalización hacia el deseo macho, “*pèreversement*” (*pèreversement*) orientado.

En efecto, el paso siguiente consistirá en caracterizar las dos estructuras clínicas (histeria y obsesión) por la posición del sujeto en el lugar del deseo. Designar el lugar del deseo del obsesivo como imposible se ha deducido de Freud a partir de dos fuentes convergentes, la del mito en que se condensa la temática de la deuda simbólica que toca al sujeto proviniendo del padre bajo la forma del síntoma, y lo que este mito hace valer de la determinación sexuada del ser parlante. El voto de muerte, piedra angular del edificio freudiano, se traducirá en deseo por *Wunsch*¹⁵, y complementado por un imposible en el lugar de la confrontación con la muerte, lugar en el que se alojará¹⁶ la problemática sexual.

La articulación de la existencia, en cuestión en el obsesivo, con lo imposible constituirá un par indiscudible de los desarrollos de Lacan en el curso de sus seminarios ulteriores, y permitirá la puesta en circuito de la significación fálica gracias al tratamiento lógico progresivo de estos dos términos.¹⁷

No cabe duda de que el texto en que la neurosis será estudiada de forma más exhaustiva y que corresponde a un nuevo avance significativo desde “el mito del neurótico” es “la dirección de la cura”¹⁸. Observarán la diferencia entre una primera y una segunda aproximación. La primera recuerda sus comentarios anteriores acerca del Hombre de las ratas:

“Pero lo más fuerte es que el acceso a este material sólo ha sido abierto por una interpretación en que Freud presumió una prohibición que el padre del hombre de las ratas habría establecido sobre la legitimación del amor sublime al que se consagra, para explicar la marca de imposible con que, bajo todos sus modos, ese lazo parece marcado para él. [...] Digo que es en una dirección de la cura que se ordena, como acabo de demostrarlo, según un proceso que va de la rectificación de las relaciones del sujeto con lo real, hasta el desarrollo de la transferencia, y luego a la interpretación, donde se sitúa el horizonte en el que se entregaron a Freud los descubrimientos fundamentales, sobre los cuales vivimos todavía en lo referente a la dinámica y a la estructura de la neurosis obsesiva. Nada más, pero también nada menos.”¹⁹

En la segunda, más personal, encontramos desarrollado un caso de la práctica de Lacan –la cosa es lo bastante rara como para ser señalada- que explicita a la vez ese deseo imposible y lo que la cura puede pretender obtener de su desciframiento. El hombre de las ratas no basta, incluso si Lacan se sitúa estrictamente en la línea de Freud y de los comentarios que él mismo hizo del caso de Freud. A falta de poder tomar aquí en detalle el caso de Lacan, trataré de despejar lo que añade a su comprensión.

Por lo que respecta al sexo, del lado hombre, pues es así como la neurosis se plantea, sea cual sea la inscripción particular de cada uno, el problema es el de la existencia:

“No nos asombrará en efecto darnos cuenta de que la neurosis histérica como la neurosis obsesiva suponen en su estructura los términos sin los cuales el sujeto no puede tener acceso a la noción de su facticidad respecto de su sexo en una, de su existencia en la otra.”²⁰

Ahí aún el acento está puesto en la distinción hombre-mujer, que recubre esta entre histeria y obsesión. En el lugar del falo, si el deseo se articula para una mujer por lo que no tiene (lo que puede parecer evidente), para el hombre se pone en función a partir de lo que no es (la cosa es menos evidente):

“Pues para nuestro paciente de nada sirve tener ese falo, puesto que su deseo es serlo.”²¹

Es la concepción misma del deseo lo que está en causa, no falta en tener, estatuto del deseo cuando es manifiesto que no se tiene, sino deseo como “falta en ser”²²:

“Lo verdadero de esta apariencia es que el deseo es la metonimia de la carencia de ser”²³.

O lo que anunciará más tarde:

“El deseo es lo que se manifiesta en el intervalo que cava la demanda más acá de ella misma, en la medida en que el sujeto, al articular la cadena significante, trae a la luz la carencia de ser con el llamado a recibir el complemento del Otro, si el Otro, lugar de la palabra, es también el lugar de esa carencia”.²⁴

Esta fórmula vale para todo ser hablante y consecuentemente también para el analista:

“El analista es aún menos libre en aquello que domina estrategia y táctica: a saber su política, en la cual haría mejor en ubicarse por su carencia de ser que por su ser”.²⁵

Sabemos que Lacan se servirá de ella para forjar lo que llama deseo del analista.

Pero es un uso de la fórmula más específicamente reservado al obsesivo en la pareja que forma con la histérica y que opone metonimia a metáfora. En efecto, si las variaciones de la neurosis acentúan como modelo del síntoma-metáfora su presentación en la histeria, el deseo-metonimia encuentra su expresión clínica en el obsesivo. En ello también nos hallamos llevados a un juego dialéctico en que se responden los aportes que esta clínica despliega en una elaboración del deseo que valga para todo ser hablante, y de vuelta los que la teoría permite añadir a la construcción del caso.

El extracto proporcionado por Lacan le permite precisar como interviene el falo en tanto representante del deseo ...del Otro. Ser trata de sacar todas las consecuencias de que el falo, como significante del deseo, sólo vale como significante y no como órgano. Al entrar en la lengua a título de falta, su primera propiedad será poder ser sustituido. Que figure en el sueño de su compañera sobre su cuerpo responde precisamente de ese tratamiento característico del sueño que transforma las palabras en imágenes a la manera de un jeroglífico y del que Lacan ha hecho *lo* simbólico, todo lo contrario de la simbólica, que fija cada término a su imagen.²⁶ El fragmento del análisis de Lacan²⁷ residirá en el desdoblamiento del falo, el que ella enarbola y el que desea ver cumplir su función –recordemos que él se queja de impotencia²⁸. El efecto producido por el relato del sueño²⁹ nos es explicado con cuidado como el resultado de una nueva puesta en juego del Deseo (sexual) por esta misma operación (el relato), que reestablece la falta de la cual el hombre se creía desprovisto por la falta del órgano adherido a su cuerpo. No dispone del significante, que no es de nadie, lo que muestra el sueño con la mayor economía, puesto que no necesita la ayuda de un tercer personaje.

Dejo pasar las interpretaciones que han sido recusadas, no por falsas sino por parciales –homosexualidad reprimida, castración de la madre que Lacan reivindica además como de su cosecha, tanto como el mismo miedo a la castración³⁰- para deducir lo que las gobierna fundamentalmente a sus ojos: “la condición del deseo que retiene eminentemente al obsesivo...”, y que Lacan sellará con un término que no es un verdadero hápax, puesto que figurará otra vez³¹: el contrabando.

Más allá del equívoco fálico –tensar (*bander*)! contra- humor que nuestro autor está muy lejos de recusar, hay que leer lo que anuda los elementos que una presentación no demasiado histórica daba en orden disperso:

“La condición del deseo que retiene eminentemente al obsesivo es la marca misma, con lo cual lo encuentra estropeado, del origen de su objeto: el contrabando”

Modo de la gracia singular por no figurarse sino con la renegación de la naturaleza. En él se oculta un favor que en nuestro sujeto siempre hace antesala. Y es echándolo afuera como un día lo dejará entrar.”³²

La cuestión del origen del uso fálico es el de la transmisión, la cual sólo puede suponerse que la hace el padre. El “contrabando” nos ofrece una versión más estructural y próxima al engaño del plato de lentejas ofrecido a Esaú por Jacob (aconsejado por su madre) que al mito freudiano de la muerte del padre: no más regalo del padre –no le hace ningún favor-, sino el préstamo de una función (significante) que autoriza al uso del órgano. Es ésta una versión menos trágica y sin duda más modestamente adaptada a la neurosis ordinaria.

La frase de Lacan de aquí arriba en forma de jeroglífico, propongo leerla: la atribución imaginaria que se le hace del órgano, mancillada por el pecado necesario del padre³³, le

conduce a rechazar su ejercicio (“negación de la naturaleza”), cuando el objeto del deseo no degradado se presenta³⁴. Debe entonces renunciar a él (“despedirla”, hacer salir el favor inmerecido de la antesala) para aceptar su valor simbólico (aceptar someterse a la gracia de una dama y hacerse su representante).³⁵

Vemos como la problemática obsesiva construida sobre el voto de muerte en el lugar del padre, desdoblado en voto de muerte en el lugar de la dama –donde se precisa la dimensión sexual (el Hombre de las ratas)- y que el pensamiento obsesivo protege, amplía su alcance al escollo propiamente masculino, para desembocar algunos años más tarde en el cuadro del reparto sexual que figurará en *Encore* (1972-73).

Este recorrido seguirá el progreso del “pensamiento” de Lacan a lo largo de cierto número de etapas que cito aquí brevemente:

4) “La Angustia”³⁶

El cuadro que sirve de hilo conductor al seminario, y que Lacan completa a su fin, ilustra los tres conceptos que Freud trata simultáneamente en su libro *Inhibición, síntoma y angustia*, y no la angustia sola. Se anudan tan bien que Lacan propondrá una versión borromea en 1974³⁷. Ahora bien, el texto de Freud, como el comentario de Lacan, muestran un interés particular por la neurosis obsesiva, que el concepto de inhibición concierne más específicamente, con el problema de su transformación eventual en síntoma, para poder ser tratada, no sin una producción de angustia, señal de su sistematización.³⁸

Por ejemplo, desde la tercera lección, justo después de haber evocado la neurosis obsesiva y su relación con la escena del mundo, vuelve a “la escena en la escena” de Hamlet. Pero sobre todo son las últimas lecciones las que están centradas en la neurosis obsesiva, hasta el punto de adaptar todos los

elementos de su cuadro a su “desmembramiento”³⁹, con, en su corazón, en el lugar del síntoma, la omnipotencia, no siendo ningún secreto para nadie que se trata para Freud de omnipotencia del pensamiento.

A la inhibición de “otro deseo” opondrá el acto y formará así una nueva tríada, algo olvidado por su aparente tautología: “inhibición, deseo y acto”:

“Un acto es una acción, digamos, en cuanto que se manifiesta en él el mismo deseo que se habría hecho para inhibirlo”.⁴⁰

Su presentación de la inhibición, que Lacan había tenido el cuidado de anunciarnos como “una formulación nueva ...de la que ...se nos escapan las deducciones que se desprenden de ella”⁴¹, constituye de hecho una introducción a su concepción del acto tal como será desarrollada más tarde⁴².

Imposible, en el punto en el que estamos, retrasar más la entrada en liza del objeto *a*, cruce de este repensar la neurosis obsesiva:

“es este síntoma que, tomado bajo su forma más ejemplar, implica que la no-serie, por decirlo así, de su línea, despierta angustia. Ahí tenemos lo que hace que el síntoma, diré, nos indique en su fenómeno mismo que estamos en el nivel más favorable para enlazar la posición de *a* tanto a las relaciones de angustia como a las relaciones de deseo.

Que se trate de un cruce implica sobre todo que haya varias vías de entrada. Nos es preciso también tener en cuenta el recorrido efectuado hasta aquí y que encontrará su lugar: el “Mito del neurótico” nos había introducido al fantasma obsesivo. Será retomado bajo otra forma, gracias a la angustia y al añadido de *a*, el objeto causa del deseo:

“...Haga lo que haga, a cualquier refinamiento en que

desemboquen al construirse sus fantasmas y sus prácticas, lo que el obsesivo capta en ello –verifiquen el alcance de esta fórmula- es siempre el deseo en el Otro.”

Viene entonces un largo desarrollo sobre la pulsión anal y su objeto⁴⁴, el excremento. Éste adviene el modelo del objeto *a* como tal, porque es eminentemente cesible:

“Para decirlo todo, el obsesivo, como todo neurótico, desde ahora ha accedido al estadio fálico, pero es en relación con la imposibilidad de satisfacer, al nivel de este estadio, que su objeto, el *a* excrementicio, el *a* causa de deseo de retener, y acerca del cual, si yo quisiera en verdad conjuntar, aquí, su función con todo lo que he dicho de las relaciones con la inhibición, le llamaría de inmediato el tapón, es en relación con ello que este objeto tomará valores que podría considerar desarrollados”⁴⁵

Se trataba, en “la Dirección de la cura”, del falo como sustituible; queda por precisar su relación con el objeto cesible⁴⁶:

“Esta función del *a* que se simboliza a nivel del deseo genital por el (-f) que aparece aquí como el residuo subjetivo a nivel de la copulación; en otros términos, que nos muestra que la cópula está por todas partes y que sólo une al faltar allí justamente donde sería copulatoria. Es a ese agujero central que da su valor privilegiado a la angustia de castración, es decir al único nivel en que la angustia se produce en el lugar mismo de la falta de objeto, es a esto que se debe, sobre todo en el obsesivo, la entrada en juego de otro deseo. Este otro deseo, si puedo decirlo, da su asiento a lo que podemos llamar la posición excéntrica, la que acabo de intentar de describirles, del deseo del obsesivo en relación con el deseo genital.”

Se capta mejor la ganancia obtenida con este extraño útil que es el objeto *a*. Permite precisar cómo la pulsión anal interfiere, proporcionada al fantasma un juego de escape al deseo, pro-

duce, de alguna manera en circuito interno al sujeto, una alternativa tal que la inhibición (o la impotencia del caso descrito precedentemente) encuentra su solución sintomática, viniendo el excremento al lugar del otro falo, *a*, como “tapón”. Es el de la estratagema de la soñadora, o de toda puesta en juego de las degradaciones de la vida amorosa, sea la figura femenina devaluada, la deriva homosexual⁴⁷, incluso rumbo a otra huida evitando la cuestión del deseo “en el Otro”.

5) El acto y el pensamiento

Con el seminario “el Acto analítico”⁴⁸, que tomaremos aquí como referencia, la cuestión se desplaza hacia la diferencia sexual, que verá su total cumplimiento en el seminario *Aún* (1972-73). El *cogito* cartesiano servirá de punto de apoyo a una descripción nueva de la instalación del dispositivo analítico y de su fin. Sin lo adquirido sobre las estructuras clínicas y muy especialmente sobre la neurosis obsesiva, todo este desarrollo no tendría sentido. Veamos cómo.

El *cogito* será tratado con el modo negativo: “o no pienso o no soy”. La oposición del pensamiento y del acto, en la medida que el acto supone una suspensión del pensamiento, lleva a hacer del analista –supuesto por su parte soportar el acto, fundado entonces en un “no pienso”- una especie de revés del obsesivo, o un obsesivo curado de la enfermedad del pensamiento.

Pero hay más: en su esquema de cuatro lugares viene a oponer abajo, por un lado *a* y por el otro *-f*, conforme a lo que pudo despejar gracias sobre todo al obsesivo en “La Angustia”. Si el fin del análisis es asunción de la castración, “realización como tal de la falta fálica”⁴⁹, ésta sólo puede efectuarse resolviendo la aporía del objeto pulsional en el lugar del analista: “el sujeto definitivamente se separa” del objeto rechazado en el momento en que se reconoce “por ser causado por el objeto en

cuestión⁵⁰". Aprovechando un juego de palabras (que no es suyo): "hace como una rata", puede entonces devolver a la cuenta de Freud la ingenuidad a la que se presta como una condición del acto analítico:

"Lo encontramos ahí de siempre este avance que basta con que exista para que no sea pequeño, cuando nos acordamos de la apreciación, hecha por tal, que en el caso del que resulta provenir todo lo que sabemos de la neurosis obsesiva, Freud había sido "hecho como una rata". Es eso en efecto lo que bastaba saber leer del Hombre de las ratas para sostenerse respecto al acto analítico.⁵¹"

Lacan no dejará de volver sobre esta cuestión del pensamiento, obsesione o no, hasta por ejemplo en *Televisión*, donde, ante el recorte del cuerpo propuesto por el síntoma histérico, afirma: "Esta cizalla llega al alma con el síntoma obsesivo: pensamiento con que el alma se entorpece, no sabe qué hacer.

El pensamiento es disarmónico en cuanto al alma.⁵²

6) El obsesivo, el amo...

El seminario siguiente, que, como el mismo Lacan señaló, responde al precedente, vuelve esta vez sobre quien llama en lo sucesivo analizante, el neurótico, tras este rodeo centrado en el analista y su acto, y como ya en "Las Formaciones del Inconsciente", después en "El Deseo y su Interpretación" y en "La Angustia", curiosamente el neurótico obsesivo ocupa el final de cada año de seminario –demasiado repetitivo para ser fortuito; ocurre lo mismo con el seminario "De un Otro al otro" (1968-69), el cual preludia la instalación de los cuatro discursos al año siguiente en *El Reverso del Psicoanálisis* (1969-70). Anota así las respuestas histérica y obsesiva ante lo imposible de la relación sexual, a propósito de "la ley del otro":

"Para el hombre que tiene que llenar la identificación a esta función llamada del padre simbólico, la única que debe

satisfacer, y es en esto que es mítica, la posición del goce viril en lo que se trata de la conjunción sexual, para el hombre, lo que se ofrece (...) es lo que se llama saber ser el amo" o "el obsesivo es quien rechaza tomarse por un amo", porque de la relación del saber al goce, no queda otra incidencia de la interdicción del goce que el objeto *a*: " *a* viene a sustituirse a la hiancia que se designa en el impase de la relación sexual"⁵³.

Insensiblemente el debate se desplaza hacia esta cuestión del amo, de Hegel a Marx, del riesgo de la muerte al plus-de-goce, para volver en seguida al obsesivo que, en suma, "sólo toma al amo como ejemplo de manera de escapar" del goce.⁵⁴ Esto nos enseña que el amo no goza más que el obsesivo, pero que uno ha tomado el riesgo de la lucha a muerte, al menos en el mito hegeliano del amo antiguo, y no el obsesivo⁵⁵. "Juego de escondite" en que el obsesivo supone un saber al amo sobre la vida y la muerte, de modo que la muerte sea sólo para el esclavo, pero el amo depende del esclavo, sin quien no es nada. Se trata de una nueva versión del deseo imposible que Lacan simplificará de nuevo:

"Para el obsesivo hay un síntoma muy particular que voy a decirles. Nadie tiene la menor aprehensión de la muerte, sin ello no estarían tan tranquilos. Para el obsesivo la muerte es un acto fallido. No es tan estúpido, pues la muerte es sólo abordable por un acto. Aún para que se logre es preciso que alguien se suicide sabiendo que es un acto, lo que sólo ocurre muy rara vez"⁵⁶.

7) ...y los cuatro discursos

El amo, cargado ya de soportar el inconsciente⁵⁷, ve al año siguiente su discurso⁵⁸, idéntico al inconsciente, no llegar a escribir la neurosis obsesiva:

"El hombre, lo sabemos por experiencia, no tiene el privilegio de la neurosis obsesiva, pero tiene una preferencia por esta

manera de testimoniar sobre la inaptitud para la relación sexual que no es el patrimonio de su sexo. Este testimonio no tiene menor valor que el testimonio de la histérica. Tiene sin embargo menos porvenir, no sólo por tener un pasado muy cargado, sino por no hallar lugar en ningún discurso que se sostenga.”⁵⁹

Que confirma un poco más tarde así:

“Los sujetos de un tipo no tienen pues utilidad para los demás del mismo tipo. Y es concebible que un obsesivo no pueda dar el más mínimo sentido al discurso de otro obsesivo. Es precisamente de ahí que parten las guerras de religión: si es cierto que, en lo que se refiere a la religión (pues es el único rasgo por el cual las religiones hacen clase, por lo demás insuficiente), hay obsesión en lo que ocurre”.⁶⁰

Esta vez la disimetría de las dos neurosis está más acentuada que nunca, puesto que la histeria hace vínculo social, y no la obsesión. Por el contrario, puede decir a la vez la neurosis fundamentalmente histérica:

“Freud, es decir un caso, tuvo el mérito de darse cuenta de que la neurosis no era estructuralmente obsesiva, que era histérica en su fondo, es decir enlazada al hecho de que no hay relación sexual, que hay personas que esto les repugna, lo que por lo menos es un signo, un signo positivo, que eso les hace vomitar.”⁶¹,

y que sólo la neurosis obsesiva existe:

“Quiero decir que no es muy seguro que la neurosis histérica exista aún, pero hay una neurosis que existe, es la que llamamos neurosis obsesiva”.⁶²

Cómo comprender estas paradojas aparentes sino haciendo valer lo que se deduce fácilmente de la clínica: la neurosis obsesiva es fundamentalmente intimista, en una especie de

cortocircuito del deseo, no nulo, como querría hacer creer tal teoría de “la anulación del deseo” que todo esto combate activamente (como se combate la oblatividad de un Bouvet), sino al contrario un deseo exacerbado cuyo signo es “pensamiento”. Este pensamiento (de lo particular) no hace vínculo social –Lacan dice que la sublimación escapa al neurótico- , aun si su mecanismo⁶³ puede estar tanto en el origen de la religión como de la cultura... Hay ahí un aspecto que ha sido dejado de lado porque necesitaría desarrollos demasiado largos. Además, es la neurosis obsesiva la que aprende sobre la religión y no a la inversa.

El pensamiento, en su “ob-cesión” misma, a falta de hacer “discurso” –lo que es precisamente el caso de la función sujeto acentuada en la histeria- presenta a la inversa la ventaja de borrar el sujeto, de “on”-tificarlo*, es decir de situarse al mismo nivel en la vertiente deseo del inconsciente, más propicia a hacer valer este extraño añadido lacaniano a los conceptos freudianos que es el objeto *a*.

Texto traducido por Manel Rebollo

*N. de tr. “*on*” en francés significa “se”, una de cuyas acepciones es la impersonal: “se dice...” El juego de palabras toma el sentido de una ontología que impersonaliza al sujeto.

I N. de Tr. Bander puede traducirse en este caso por tensar, poner en tensión.

NOTAS

¹ Jean-Jacques Gorog es psiquiatra, psicoanalista, miembro de la Association des Forums y de la Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano, docente en el Col·lège clinique de Paris.

Las notas sin mención de nombre de autor remiten a textos de Lacan.

² Lacan, J. Seminario “D’un Autre a l’autre” (1968-69), al final de la lección del 21 de Mayo.

³ Lacan, J. Seminario “L’insu qui sait...” Lección del 17 de Mayo de 1977. En *Ornicar?* nº 17/18, p. 22

⁴ Lección del 15 de Abril de 1959

⁵ ... “toque” que no permite el diagnóstico diferencial entre neurosis y psicosis, y por la causa, según nuestra tesis, de que el postulado del inconsciente es necesario para establecerlo.

⁶ El estadio del espejo. En *Escritos*, p. 90

⁷ Lacan, J: “La agresividad en psicoanálisis”, en *Escritos* 1 p. 101

⁹ Intervención sobre la exposición de Claude Lévy-Strauss: “Sur les rapports entre la mythologie et le rituel”, Société Française de Philosophie, 26 de Mayo de 1956. Aparecido en el *Bulletin de la Société française de philosophie*, 1956, tomo XLVIII, pp. 113-119

¹⁰ De nuevo Lévy-Strauss, que le aporta el “significante”

¹¹ Lacan, J. “Función y campo de la palabra...”, en *Escritos* 1, p. 277

¹² Lacan, J. “Variantes de la cura tipo”., en *Escritos* 1, p. 341

¹³ Intervención sobre la exposición de Claude Lévy-Strauss: “Sur les rapports entre la mythologie et le rituel” [*“Acerca de las relaciones entre la mitología y el ritual”*] op. cit., p. 113-119

¹⁴ Esta formulación, adaptable a la neurosis obsesiva, puede fecharse en el Congreso de Bonneval, julio de 1958, pero no volverá a editarse hasta 1960, para aparecer en 1961 con el título “La Dirección de la cura”: “por lo cual nuestro paciente como obsesivo pueda mantener su deseo en un imposible que preserva sus condiciones de metonimia”, p. 612, *Escritos*. Ignorando los añadidos eventuales de esta redacción, podemos en todo caso fecharla el 18 de marzo de 1959, en su seminario “El Deso y su interpretación”, a propósito de Hamlet: “Pero también es verdad que se trata del obsesivo, en la medida que su problema es sostenerse en un deseo imposible”, *Ornicar?* N° 25, p. 25.

- “... la fantasía como deseo del Otro. Se encuentran entonces sus dos términos como hendidos: uno en el obsesivo en la medida en que niega el deseo del Otro al formar su fantasma acentuando lo imposible del desvanecimiento del sujeto” (Subversión del sujeto...”, en *Escritos*, p. 804.
- ¹⁵ Lacan subraya la distinción que hay que hacer entre *Wunsch* y deseo al menos dos veces: “Hay que detenerse en esos vocablos de *Wunsch*, y de *Wisch* que lo traduce en inglés, para distinguirlos del deseo, cuando ese ruido de petardo mojado con que estallan no evoca menos que la concupiscencia. Son votos.” *Escritos*, p. 600.
- “Hablo del voto, quiero decir de algo que es totalmente capaz de articularse. Entre el voto y el deseo, se lo he dicho esta mañana, hay un mundo.” (Intervención en una reunión organizada por la *Scuola freudiana* en Milán, el 4 de febrero de 1973. Aparecida en la obra bilingüe: *Lacan in Italia 1953-1978*, Milán, La Salamandra, 1978, pp. 78-97) En suma, para Lacan el *Wunsch* es cosa del preconscious, y el deseo, estrictamente del inconsciente, es imposible de enunciar. Es sólo descifrable. He ahí una dimensión del deseo imposible como tal.
- ¹⁶ Esto es primero una evidencia, incluso una banalidad, antes de poder ser abordado sólo bajo su vertiente propiamente enigmática: pero ¿qué enlaza entonces muerte y sexo?
- ¹⁷ Bajo los Auspicios de Aristóteles y de sus categorías modales: contingente, imposible, necesario y posible.
- ¹⁸ Más concretamente el punto 13, *Escritos*, pp. 610-613.
- ¹⁹ *Ibidem*, pp. 577-578.
- ²⁰ *Ibidem*, p. 432
- ²¹ *Ibidem*, p. 612
- ²² La expresión “falta en ser” aparece al final del seminario “La Relación de objeto”, p. 431, a propósito de Leonardo da Vinci: “Si hago del dedo un símbolo, no es porque reproduzco groseramente su perfil, sino porque ese dedo, presente por todas partes en Leonardo da Vinci, es la indicación de esa falta en ser cuyo término encontramos inscrito por toda su obra”.
- ²³ *ibíd.* p. 602
- ²⁴ *ibid.* P. 607
- ²⁵ *ibid.* P. 569

- ²⁶ Punto de separación entre Freud y Jung.
- ²⁷ en que la amante del analizante sueña: “Ella tiene un falo, siente su forma bajo su ropa, lo cual no le impide tener también una vagina, ni mucho menos desear que ese falo se meta allí” (op. cit. p. 611)
- ²⁸ “Digamos que, de edad madura, como dicen cómicamente, y de espíritu desengañado, nos engañaría gustoso con una su menopausia para excusarse de una impotencia sobrevenida, y acusar a la nuestra.”
- ²⁹ “Nuestro paciente al oír tal recupera ipsofacto sus capacidades y lo demuestra brillantemente a su comadre”.
- ³⁰ “No nos dejemos pues engañar con esa garantía que el sujeto recibe, por el hecho de que la soñadora tenga un falo, de que no tendrá que quitárselo a él, aunque fuese para señalar doctamente que es ésta una garantía demasiado fuerte para no ser frágil.”
- ³¹ En “L’Étorurdit”, en *Scilicet* IV, ed. Du Seuil, Paris, 1973, p. 42
- ³² *Escritos*, p. 613. Tal es la cadencia del fragmento de caso, en forma de enigma, propuesta a la sagacidad del lector.
- ³³ CF. El Hombre de las ratas. En el ejemplo, este pecado no es del padre, pero “se hilvana” entre el deseo del padre (por la madre) y el desprecio de su madre (en el lugar del deseo del padre): gracias al análisis, el síntoma nuevo (la impotencia) levanta acta del desprecio. Constituye entonces paradójicamente un progreso en la vía del deseo, incluso si retrocede por un tiempo ante un goce separado del deseo.
- ³⁴ Cf. “La degradación de la vida amorosa”.
- ³⁵ En el diccionario, cada uno de los dos términos es dado como la significación del otro, poco más o menos, y la etimología lo testifica, que el favor es ese lazo dado por una dama al caballero, o más ampliamente lo ella le que otorga a fin de que el lleve en alto sus colores. La gracia es lo que viene por sorpresa, más precisamente por añadidura (como la curación en el psicoanálisis). Estos dos términos pueden articularse así: la dama concede la gracia de otorgar un favor. [*N. de Tr. Todo esto se da en la lengua francesa entre los términos grâce y faveur*]
- ³⁶ Que esta cita de los *Complejos familiares* nos sirva de guía y nos haga medir los límites en cuyo interior se mueve: “por lo demás los síntomas vienen a estar tan poco desintegrados del yo que Freud introdujo para designarlos el término de pensamiento compulsivo. Son pues las superestructuras de la personalidad las que son utilizadas aquí para mitigar la angustia. El esfuerzo de restauración del yo se traduce en el destino del obsesivo por una persecución tentalizante

del sentimiento de su unidad.”

³⁷ Cf. “La Tercera” y el seminario “RSI”.

³⁸ Cf. Por ejemplo la lección: “...el síntoma sólo está constituido cuando el sujeto se percibe de él, pues sabemos por experiencia que hay formas de comportamiento obsesivo en que el sujeto, no es sólo que no haya reparado en sus obsesiones, es que no las ha constituido como tales. Y el primer paso, en este caso, del análisis –de los pasajes de Freud de aquí arriba, son célebres– es que el síntoma se constituya en su forma clásica.

³⁹ Sobre el uso por parte de Lacan de este término: *Compte-rendu d'un ouvrage d'Henry Ey: Hallucinations et delires*, Paris, F. Alcan, 178 páginas, en *Évolution Psychiatrique*, 1935, fascículo nº 1, pp. 97-91. El cuadro se encuentra en la última lección, del 3 de Julio de 1963.

⁴⁰ Cf. Lección del 25 de Junio

⁴¹ Notación lo suficientemente rara como para darle todo su peso.

⁴² Sobre todo en el seminario “el Acto analítico”.

⁴⁴ Iniciado en la lección del 12 de Junio de 1963, con este final: “En la medida en que el analista sostiene una dimensión análoga, la de la demanda, algo subsiste hasta un punto muy avanzado –¿es incluso superable?– de este modo de escape del obsesivo. Ahora bien, vean cuáles son las consecuencias. Es, en la medida en que la evitación del obsesivo es la cubierta del deseo en el otro por la demanda en el Otro, es en esta medida que *a*, el objeto como causa, viene a situarse ahí donde la demanda domina, es decir en el estadio anal donde *a* está, no sólo el excremento puro y simplemente, sino así, es el excremento en tanto demanda.”

⁴⁵ Ídem.

⁴⁶ Lacan formulará la definición misma de la obsesión al escribirla “obsesión”, es decir lo que hace ob(stáculo) a toda cesión (*céssion*): “Pero el signo al volver produce goce por la cifra que permiten los significantes: lo que constituye el deseo del matemático, cifrar más allá del goce-sentido (*joui-sens*). El signo es obsesión que cede, hace obcesión (escrita con c) al goce que decide una práctica”. Informe del seminario “Ou pire”, en *Scilicet* nº 5, p. 10.

⁴⁷ Muy clara sobre todo en un caso de mi práctica en que el sujeto estaba especialmente interesado por hombres que consideraba que se interponían entre él y las mujeres y que le autorizaban el acceso.

⁴⁸ No publicado (1967-68)

- ⁴⁹ Lección del 17 de Enero de 1968.
- ⁵⁰ Lección del 27 de Febrero de 1968
- ⁵¹ Informe de enseñanza: “el Acto psicoanalítico”, *Ornicar?* nº 29, 1969, p. 24.
- ⁵² Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión, Barcelona, Anagrama, p. 88
- ⁵³ Lección de 4 de Junio de 1969
- ⁵⁴ Lección de 11 de Junio de 1969
- ⁵⁵ Sigue aquí otro ejemplo clínico, “el tramposo de vida” (*tricheur de vie*), declaración de un hijo a su padre y que se opone a “el acto de dominio (*maitrise*), el riesgo de vida”. Lección del 18 de Junio de 1969.
- ⁵⁶ Seminario “RSI”, lección del 11 de Marzo de 1975. En *Ornicar?* nº 5, p. 16
- ⁵⁷ Lección del 18 de Junio de 1969
- ⁵⁸ Seminario *El Reverso del psicoanálisis* (1969-70)
- ⁵⁹ Extraído de notas preparatorias a la sesión del seminario “De un discurso que no sería del semblante”, del 9 de Junio de 1971, tal como fueron publicadas íntegramente con los facsímiles completos, por el suplemento gratuito reservado a los abonados de *l'Unbévue* nº 8-9, Primavera/verano 1977.
- ⁶⁰ Introducción a la edición alemana de los *Escritos*. En “Uno por Uno” nº 42, Otoño95. p. 13
- ⁶¹ Lacan, J. Seminario “L’insu que sait...”, lección del 19 de Abril de 1977, en *Ornicar?* 17/18, p. 15
- ⁶² 9º Congreso de la École Freudienne de Paris sobre “la transmisión”. Aparecido en “Lettres de l’École”, 1979, nº 25, vol. II, pp. 219-220
- ⁶³ Como ejemplo de la adhesión de Lacan a las tesis de Freud sobre este punto, podemos citar, en “La Ciencia y la verdad”, en *Escritos*, pp. 580: “En la religión, la puesta en juego precedente, la de la verdad como causa, por el sujeto, el sujeto religioso se entiende, queda tomada en una operación completamente diferente. El análisis a partir del sujeto de la ciencia conduce necesariamente a hacer aparecer en ella los mecanismos que conocemos de la neurosis obsesiva. Freud los percibió en una fulgurancia de la que toman un alcance que rebasa toda crítica tradicional. Pretender calibrar en ella la religión no podía ser inadecuado.”

DAR CUERPO A LO QUE NO CESA¹

(Un caso de anorexia)

MARCELO HEKIER

ARGENTINA

Particular modo de presentarse: último día de la semana, a última hora de atención, en la desolada y fría penumbra de la sala de espera de un Centro de Salud Mental, sin hacerse anunciar, reclinada sobre su padre, yacía.

Su emaciado cuerpo lograba aparentar consistencia por la cantidad de suéteres que llevaba puestos. Las manos heladas y su aspecto extraviado pretendían ser –para el padre- los únicos signos relevantes del motivo de consulta. Aunque incómoda y reacia, parecía bastarle estar ahí, así, presente. Pero el despliegue de su silenciosa queja y su angustia se generó a partir de la indicación médica de suplementar -artificialmente- la alimentación con el mismo producto que le fuera suministrado a la madre cuando estando en el último estadio de una enfermedad terminal, "*quedó la mitad de lo que era*".

La coincidencia de la fecha de cumpleaños, la de fallecimiento y del día de la madre hicieron de empuje al trabajo de lo que estaba suspendido...

- "*Cuando me miro, veo otra de la que me dicen que soy... no pude llorarla... en una cajita llevamos las cenizas al lugar que ella nos indicó, y las arrojamos.*"

A partir del modo de presentación y del efecto que tuvo la intervención en la consulta médica, sitúo dos momentos en la dirección de la cura (más precisamente, de las entrevistas):

Primer momento:

En el que -a manera de pesadilla- relata:

V RECOPIACIÓN

"me tapaban la boca / intentaba morder / gritaba "

Asocia: "taparme la boca para no comer es mi manera de gritar..."

Segundo momento:

Meses después plantea:

- "Si no como es para que me vean y no pasar desapercibida".

- "No quiero cambiar la situación. Es mi forma de expresar lo que siento... quiero estar mal, aunque el costo sea alto. Cuando estoy bien me pregunto *¿adónde se fue la tristeza?*"

- "Hay en mí un no dejarme estar bien... sé que está en juego mi salud... No puedo estar tan flaca... *soy como una enflaquecida enferma*. Debería ser el doble... como era antes."

'Como una enflaquecida enferma: ser el doble o ser la mitad' fueron los ejes de las intervenciones a las que respondía siempre del mismo modo: *"Lo que me preocupa es mi amenorrea"*. Particular lapsus tratándose de una estudiante avanzada de una carrera afín a la medicina. Al tiempo logra poner a trabajarlo; se refería a la amenorrea. En la consulta médica, se le hace saber que está con extremo bajo peso y que corre riesgo su vida. (Por un breve período, pasa entonces a recibir alimentación por sonda nasogástrica).

Paralelo a esta situación manifiesta interés en aprender saxo y dice sentirse atraída por un hombre. Se le señala –para luego hacer la escansión-, la secuencia "saxo - sexo - hombre... *¿pero qué hacer con "al-menos-nena"?*" (que surge del juego homofónico de 'amenorrea').

En la entrevista siguiente, al despedirse, saca de su cartera una "cajita" con la inyección que tenía prescrita para estimular el ciclo menstrual. Decidió esperar unos días para aplicársela... hasta el lunes. El domingo menstrúa.

Con la medicación -"cajita" en mano- pregunta: *"¿qué hago con esto?"*.

Hasta aquí, el material clínico.

Entre las aperturas y los finales del juego del ajedrez, que Freud equipara al método psicoanalítico, suele sucederse una infinita variedad de movidas. "... *la plasticidad de todos los procesos anímicos y la riqueza de los factores determinantes se oponen, por cierto, a una mecanización de la técnica...*"² Una intervención que produce efecto en alguna oportunidad, en otra, resulta desacertada. O sea que "*si intentamos aprender en los libros... la infinita variedad de las jugadas siguientes a la apertura*"³ la clínica nos demostrará que semejante intento será vano. Cita freudiana que podría situarse como contrapunto del "*Sean más sueltos, más naturales, cuando reciban a alguien que viene a pedirles un análisis*"⁴ al que Lacan nos invita.

En la articulación del material clínico presentado, podrían situarse tres tiempos:

1° Tiempo= el de la pura mudez,

2° Tiempo= el del g(rito) y, un

3° Tiempo= en el que formula "¿qué hago con esto?".

La queja que logra esbozar es un corrimiento con relación a la mudez inicial que pone en acto en el 'serle suficiente estar ahí, así, presente'.

Mudez y queja -inicial- a diferencia de la demanda que articula a posteriori. Queja que presenta la particularidad de ser explícita pero no conlleva inclusión subjetiva alguna. Cuando ésta entra en función, recién entonces se articula la demanda como tal. De la operatoria que hace la paciente -vía intervención del analista-, deviene demanda. Esboza, así, apuesta e implicación.

Algo debe 'hacer de empuje' para que el trabajo de transferencia opere y así oficiar de brújula para delimitar estrategia y táctica en relación con una política que, sabemos, deberá apuntar al corazón del ser.

Cada tanto solía traer como "presente" una vela artesanal que ella misma fabricaba... pero ello no se enlazaba en su discursivo... era simplemente "un regalo" pero que se da a leer como un "presente".

V RECOPIACIÓN

Demuestra un cierto bien(estar) en el dolor... del duelo. En ese sentido, espera ser acogida en la transferencia. No pide la supresión de su padecer, precisamente por ser el ritual (restrictivo) -de ahí la puntuación del g(rito), rito- la vía para intentar mantener 'con vida' a la muerta (su madre). En la angustia, suscita angustia y obtiene así un alojamiento en el Otro. Vía tyché, revela la permanencia e insistencia pulsional: *a manera de 'presente', una vela.*

Si la queja se relaciona con un significante en transferencia, la dimensión en juego sería otra: la implicación subjetiva estaría basculando. Es el único modo de desplazar y dejar de dar consistencia a la queja inicialmente formulada.

La cuestión es precisar qué conlleva la queja que hace de empuje a la consulta: ¿Cómo operar, entonces, si el modo de presentación y la estrategia de abordaje requiere la urgente intervención médica?. ¿Qué lugar, ahí, para el analista?

El padecer psíquico no siempre se constituye como prolegómeno a una demanda de análisis: puede llevar simplemente a:

- la formulación de una pregunta que no prospera, puede sumirse en pura mudez pulsional;
- bien resultar en la 'instalación de una queja' y eternizarse en ella.

Al fin, una vela; un duelo detenido, un duelo en suspenso.

Lacan nos alerta: "no digan que espera de él (del psicoanalista) pura y simplemente la curación... Viene a veces a demandarnos que lo autentifiquemos como enfermo... el que le permitirá seguir siendo un enfermo bien instalado en su enfermedad"⁵.

Si bien el juego del ajedrez es el que metaforiza el psicoanálisis; cuando se trata de un rechazo del inconsciente el planteo responde a las reglas del *juego de la oca* en tanto que una vez

iniciado el juego; pueden acontecer a los participantes diferentes gamas de jugadas: avanzar, retroceder, repetir la jugada, detenerse, perder el turno, volver al punto de partida o, incluso, 'quedar fuera de juego'.

Las reglas de este juego parecen operar en el material desplegado: todo movimiento la lleva -inexorablemente- al casillero de inicio o a un 'quedar fuera de juego'.... la muerte, como la muerta.

En este 'siempre' en retroceso: ¿qué se juega?... un acto en el que predomina una vertiente netamente mortífera... que implica la abolición del sujeto, y en la que se encuentra lanzada de la escena, en plena irrupción imperativa de goce.

Para sostener la ilusión de existencia del Otro, se ve impulsada a llevar su cuerpo al límite, siempre a punto de desfallecer. Carga, sobre sí, las huellas de la muerta como efecto de que Otro no hay: su nombre -en este caso- "*la mitad de lo que era*". Fusión y confusión: oscila en el filo, en el g(rito), en el viva 'casi' muerta. Ese es su modo: el cuerpo presenta lo que fue del Otro; es marca de lo imposible de tramitar -hasta el momento-.

Repite así un mismo circuito: hace de su cuerpo una enferma terminal para sostener "un tiempo que no pasa" y que se encarna en lo tétrico de un cuerpo descarnado. De este modo, es que da cuerpo a lo que no cesa de tramitar: el duelo.

- "*cuando me miro, veo otra...*": mirarse le devuelve "otra" que ya no es... otra que (ella) no es.."

Da cuerpo a lo que no cesa... *da cuerpo a lo que no-es-esa*.

En el insistente y paulatino descenso de peso, se articula, al unísono, en su cuerpo agonizante, la agonía del Otro. Todo sea a costa de mantenerse / mantenerla "a-penas" viva.

Sería:

Si "no como" / "siendo la mitad de lo que era" / "la hago existir".

NOTAS

- 1.- El presente trabajo fue presentado en las Iº Jornadas del Foro Psicoanalítico de Buenos Aires (2001) en el Panel: “Avatares de la clínica”.
- 2.- Freud, Sigmund. Sobre la iniciación del tratamiento. Obras Completas. Tomo XII. Amorrortu
- 3.- idem
- 4.- Lacan, Jacques. Intervenciones y Textos 2. La Tercera. Editorial Manantial
- 5.- Lacan, Jacques. Intervenciones y Textos 2. Psicoanálisis y Medicina. Editorial Manantial.

DIVISIÓN TEMPORAL Y LO REAL DE LA TRANSFERENCIA

ANDREW J. LEWIS

AUSTRALIA

saying again
if you do not teach me I shall not learn
saying again there is a last
even of last times
last times of begging
last times of loving
of knowing not knowing pretending
a last even of last times of saying
Samuel Beckett, *Cascando*^(*)

Estando el sujeto en su lugar, la
rememoración de la biografía es algo
que anda, pero sólo hasta cierto límite,
lo real.

Jacques Lacan, *Los cuatro conceptos
fundamentales del Psicoanálisis*^(**)

Una sesión empieza:^{N.T.}

- "Ahora, usted me debe algún tiempo".

Este ahora marcó un punto de inflexión para un analizante que había calculado meticulosamente una cantidad de tiempo que consideraba irreparablemente perdido. Ciertamente significaba algo: yo le debía. Pudo dar detalles precisos de esta deuda que yo habría contraído con él. Aun conociendo bien la práctica de las sesiones de tiempo variable, y además consintiendo en ello con entusiasmo, la realidad de estas

puntuaciones indujo a este cálculo. Ocurrió en el lugar de lo que supuso que había perdido. La transformación del tiempo perdido en una deuda fue efectivamente una restitución, una recuperación parcial bajo la forma de la transferencia. Crear una deuda simbólica le permitió dejar sin decir lo que hablaba en él mientras contaba el tiempo perdido. Este otro decir sólo pudo ser promulgado en la transferencia:

- "*¿Tan aburrido soy que quiere librarse de mí?*"

Esta declaración, inusual en sí, se hacía oír a través de la otra cara impoluta de esta historia. Era una cuestión que era familiar sin que nunca hubiera hablado de ella. Antes de este momento, en vez de poner la pregunta en el lugar que correspondía se dedicó a hacer todo lo que le era terriblemente interesante: adquirir un sinfín de galardones, junto con varias credenciales con numerosos testimonios de sus hazañas, todo lo cual pudo ser citado extensamente y con profusión de detalles. La puntuación de las sesiones puso fin a esto. Había estado actuando ante una audiencia que, tras haber reconocido el destinatario apropiado de la declaración anterior, pudo verse desaparecer el miembro para quien sus hazañas se contaban en realidad. La puntuación de las sesiones era percibida como una interrupción, un recorte y últimamente una privación en la transferencia. Al final indujo a la repetición de un intercambio que de facto nunca tuvo lugar entre él y su madre. El análisis de la transferencia reveló la estrategia adoptada ante el deseo de otro.

En este caso los efectos en la transferencia sacaron a relucir como un resultado de la puntuación de la sesión lo que puede ser considerado una verdadera pérdida de tiempo a condición de considerar el tiempo como una sustancia tangible de intercambio. Este fragmento constituye una serie que, siguiendo a Freud, hemos acabado llamando ecuaciones simbólicas.

Cualquier empresario les dirá de buena gana que el tiempo equivale a dinero, pero en estos momentos del análisis ambos equivalen al término "*boring shit*"¹. Este giro idiomático, equívoco en inglés, significa a la vez algo sin interés, de lo que hay que deshacerse y al mismo tiempo la acción de meterse en algo para evitar la expulsión. Observaciones iniciales de Lacan acerca de las sesiones variables, a las que él llama sus "experimentos", incluían el comentario de que esta técnica era adecuada para producir "*en tal sujeto masculino fantasías de embarazo anal con el sueño de su resolución por medio de una cesárea*"². Dejando a un lado que podría decirse a nivel diagnóstico sobre la similitud entre estos casos y la similitud de los efectos de puntuación en estos sujetos, vemos claramente la relación entre el ser del sujeto y el tiempo de la transferencia.

Qué habría sido

El tiempo no es una medida externa en psicoanálisis, sino algo intrínseco a la definición de su sujeto y a la operación por la cual este sujeto se transforma mientras dura del tratamiento. Lo que puede generalizarse acerca de qué tienen que decir los analistas sobre la temporalidad es limitado, principalmente si tenemos en cuenta que la teoría del tiempo analítico ha sido derivada y formulada en relación con el fenómeno de la transferencia. Conservando esto en el pensamiento podemos ver por qué Freud rechazó pronto la teoría del tiempo como una consecuencia lineal que sólo refleja el acceso del aparato percepción-conciencia a la presentación de acontecimientos. Es en esta temporalidad de la vida cotidiana adonde la conciencia se dirige en primer lugar donde los acontecimientos tienen lugar y se nos presentan. Por su parte Lacan, siempre dispuesto a situar su teoría en relación con la historia de la filosofía, reivindica repetidamente que la división kantiana de lo temporal y lo espacial como condiciones *a priori* de la intuición está superada e intenta situar al sujeto del psicoanálisis en otro lugar que el de la estética trascendental kantiana.

La tradición filosófica que el psicoanálisis debe superar si pretende definir su propia temporalidad es ciertamente mucho más amplia que simplemente Kant y tiene implicaciones más amplias que el abandono de la estética trascendental. La noción de tiempo a ser superada por el psicoanálisis está probablemente mejor resumida en lo que Heidegger llama el concepto vulgar, atribuyendo su origen, en una nota a pie de página bastante larga de *El ser y el tiempo*, a la discusión de Aristóteles en *La Física*³. Tanto interés como el de la intersección de esta serie de obras con el rechazo de Freud de cierta temporalidad del inconsciente tal vez sea justo el necesario para resumir la noción de Heidegger del concepto vulgar de tiempo en el siguiente pasaje de su libro *Introducción a la metafísica* en que da una nueva evaluación de su proyecto en *Sein und Zeit*: *“Al principio de la filosofía occidental la perspectiva dominante de la revelación del ser era el tiempo, aunque esta perspectiva permaneciera tan oculta, y de manera inevitable. Cuando últimamente ousia, en el sentido de presencia permanente, pasó a ser el concepto básico del ser, ¿cuál fue la condición no escondida de la permanencia y la presencia sino el tiempo? Pero este “tiempo” permanecía esencialmente no desarrollado y (en la base y en la perspectiva de “físico”) no pudo ser desarrollado. Tan pronto como empezó la reflexión acerca de la esencia del tiempo fue considerado desde el punto de vista del “ahora”, el momento actual. El pasado es el “no-más-allá-de-ahora” y el futuro es el “ahora-aún-no”. Siendo en el sentido de ya-allí (la presencia) viene a ser la perspectiva para la determinación del tiempo.”*⁴

Tan distinta de tal tiempo vulgar, o el tiempo de nuestra realidad presupuesta, la definición del inconsciente en psicoanálisis requiere un tiempo que nunca está simplemente programado o incluso presente. Un sujeto que habla de su historia presenta lo que parece estar dentro del tiempo, un tiempo que es pasado pero dentro del cual asume que ha existido. La sintaxis gramatical anima a un hablante a pensar que así es, y no se

equivocan. Sólo que estando dentro del tiempo, o teniendo una historia, es un modo temporal derivativo y ya asume el tiempo que uno encuentra dentro de uno mismo. Al asumir la existencia del tiempo la concepción "vulgar" no logra explicar la manera en que el tiempo es inherente al ser hasta tal punto. Dentro de la concepción vulgar sólo un rastro de esta relación entre tiempo y ser permanece en la noción de presencia que tanto indica la temporalidad del ser, pero al mismo tiempo dificulta su completa elaboración. Heidegger escribe acerca de la historicidad: *"Analizando la historicidad del Dasein optaremos por mostrar que esta entidad no es "temporal" porque "se apoya en la historia", sino que, al contrario, existe históricamente y puede existir así porque es temporal en lo más básico de su ser."*⁵

La sensibilidad que Lacan muestra acerca de lo temporal en análisis refleja su familiaridad con el trabajo de Heidegger y en particular la tarea de un análisis existencial de *Dasein*. Es así porque es el *Dasein* para quien el ser es una cuestión que hace la experiencia del tiempo esencial para su pregunta. A pesar de lo común de los temas, los proyectos de Lacan y de Heidegger son irreducibles finalmente. Aquel ser, decía Lacan, no falla en situar el estatuto del sujeto dentro de la renovada cuestión del ser, y de ahí desestima cualquier visión simplista de que el psicoanálisis trata acerca de un pasado no problemático del sujeto. Encontramos un temprano ejemplo cuando Lacan acude al rescate de Melanie Klein escribiendo precisamente este párrafo ya en 1951 en la obra, originalmente publicada en inglés, "Some Reflections on the Ego". Escribe ahí: *¿Qué relación tiene el "sujeto libidinal" -cuyas relaciones con la realidad están en forma de oposición entre Innenwelt y Umwelt- con el Yo? Para descubrirlo, debemos partir del hecho, demasiado descuidado- de que la comunicación verbal es el instrumento del psicoanálisis. Freud no lo olvidó al insistir en que el material reprimido, tal como los recuerdos e ideas que, por definición, pueden retornar de la represión, debían, en el*

momento en que tuvieron lugar los, haber existido en una forma en la que había, al menos, la posibilidad de ser verbalizada. A fuerza de reconocer, tal vez más claramente, la función supraindividual del lenguaje, podemos distinguir en realidad los nuevos desarrollos actualizados por el lenguaje. El lenguaje tiene, si se puede decir así, tiene una especie de efecto retroactivo en la determinación de lo que finalmente se considerará que es real. Una vez entendido esto, veremos desmoronarse algunas de las críticas formuladas contra las legítimas incursiones de M. Klein en las áreas preverbales del inconsciente.⁶

Esta intervención pudo haber sido totalmente decisiva en los controvertidos debates entre Melanie Klein y sus críticos, tanto Anna Freud como Edward Glover, en los que ambas partes debaten la posibilidad de fenómenos discretos, y más especialmente fantasías inconscientes que no son verbales y representaciones no visuales de relaciones de objeto derivadas de primitivas experiencias corporales ocurridas en los primeros meses de vida.⁷ Así, el último estancamiento en el debate es el resultado de asumir la temporalidad de una regresión lineal / modelo evolucionista.

Con la renovación de Lacan de la cuestión del sujeto y la temporalidad, el estatuto de todo acontecimiento infantil y su recuerdo está sobredeterminado por la organización sincrónica del lenguaje. La realidad histórica aparente del desarrollo es reemplazada en el pensamiento de Lacan por el efecto retroactivo del significado, que domina lo que viene a ser tomado como realidad evolutiva. La represión emplea por tanto una división temporal del sujeto entre el material de una represión original, que en esta etapa Lacan insiste en que ha de ser verbal, y la sincronía, que determina retroactivamente qué se resuelve que es real. Cualquier noción simplista del pasado como un "pretérito" al que la "memoria" vuelve con objeto de "integrar al pasado" puede ser abandonada. Aunque se puede ver en este pasaje, casi conforma el inicio de esta

obra, Lacan está intentando extraer una teoría temporal para el psicoanálisis, es interesante considerar hasta dónde ha de progresar antes de que su posición escape a la crítica de Heidegger de formar parte del concepto vulgar de tiempo al privilegiar el presente temporal y su reducción del ser del sujeto asociada a la presencia.

La temprana problemática del reconocimiento permanece dentro de la concepción vulgar del tiempo. El reconocimiento es la salida teórica a la base del apólogo de los prisioneros por el que Lacan introduce la noción de tiempo lógico en 1945.⁸ Esta primera incursión en un nuevo tiempo analítico se sigue directamente de las tesis de Lacan acerca de las estructuras simbólicas. La retroactividad es un efecto del dominio de la sincronía sobre la doctrina al que Lacan suscribe como un resultado del estructuralismo inherente en su teoría de los sistemas simbólicos, en gran parte prestado de Lévi-Strauss. En este artículo sobre el tiempo lógico el reconocimiento del sujeto supone que el ser del sujeto es dado a través de un intercambio con el Otro. En cuanto que el medio es la palabra este ser es apresado en las reglas temporales del lenguaje. En las teorías temporales iniciales de los años 40 y principios de los 50, el tiempo es una serie de reglas intersubjetivas o, como en el análisis de la carta robada, la configuración intersubjetiva es impuesta externamente en la situación. Esto supone que la temporalidad está situada en los códigos intersubjetivos que gobiernan las interacciones entre sujetos predeterminados, constituyendo los parámetros de sus acciones e interacciones, dando mayor auge a los efectos estructurales que son ciertamente "transindividuales", pero en último término presupone el estatuto del sujeto. Aún sería difícil argumentar que ésta es la posición final de Lacan respecto a la temporalidad.

En contraste, como Lacan empieza a dar vueltas alrededor de la problemática de la historicidad, su teoría se vuelve más

cercana a una consideración del tiempo como inherente al sujeto, acercando la cuestión del ser del sujeto *qua* tiempo. Como bien escribe en el *Discurso de Roma*: “*lo que se realiza en mi historia no es el pretérito definido de lo que fue, puesto que ya no es, ni siquiera el perfecto de lo que ha sido en lo que yo soy, sino el futuro anterior de lo que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser.*”⁹ El futuro anterior capta perfectamente el efecto del inconsciente en la historicidad del sujeto. Es una concepción tomada del comentario de Samuel Weber en donde diferencia la teoría de Lacan de la historicidad del sujeto hegeliano que privilegia el pretérito perfecto y “*su forma autónoma de presencia*” que hace de la historia ya sólo un reflejo de la autoconciencia individual del sujeto.¹⁰ En vez de ello, explica Weber, el futuro anterior de Lacan problematiza toda concepción simple de una memoria interiorizada que fue esencial en la filosofía y culmina en Hegel.

El futuro anterior de Lacan implica que el ser del sujeto esté siempre dispuesto, abierto siempre a una contingencia futura que puede retroactivamente volver a transcribir el pasado. Cuando Lacan comenta que “*el análisis no puede tener otra meta que el advenimiento de una palabra verdadera y la realización por el sujeto de su historia en su relación con un futuro*”¹¹ Lacan está describiendo un sujeto del inconsciente que requiere tanto retroactividad y anticipación futura como los modos temporales de su historicidad, constituyendo ambos los polos de su división. La realización de esta división de manera tangible es imposible de prescribir desde el momento que su disposición futura es la realización de su falta como tal. Sin embargo definida de otro modo esta falta puede ser, y en su mayor parte la articulación preferida por Lacan es desgraciadamente la topológica, la realización de esta división que será siempre la meta de la experiencia analítica para Lacan. De ello se sigue que el sujeto del psicoanálisis nunca tiene un puro acontecer, nunca hay un simple advenimiento o revelación del sujeto. Más bien el sujeto está dentro de un ritmo de apertura y cierre. Cualquier “realización” del sujeto sólo pudo ser la

aceptación de su necesario no advenimiento. La única diferencia es que un analizante elige hablar dentro de este vacío mientras que un analista, no contento con estar confinado al silencio, tomará una posición de escucha de la reverberación de este vacío en el decir del analizante.

La obra de Lacan tiende a desarrollar estas nociones de cierre y apertura en términos topológicos, probablemente sometiendo a un imperativo formalista al que el psicoanálisis no puede reducirse. Las consecuencias más radicales de la división de la temporalidad pueden ser desarrolladas a fin de conectar el cierre del inconsciente en el momento de la transferencia con el paso al primer plano del sujeto como presencia. Un momento así de cierre en la práctica analítica suscita la transferencia como repetición y de este modo el análisis se provee de una demostración de los significados por los que la división se ha ocluido para aquel sujeto. En estos momentos el sujeto habla a nivel de la declaración, hablando con intencionalidad y presencia al yo. La apertura del inconsciente en análisis surge con la producción de una enunciación –“Es porque soy tan aburrido”...- que abre por sí misma a una determinación futura mientras que, *al mismo tiempo*, da sentido retroactivamente a la anterior relación con el Otro.

El tiempo del Otro

El tiempo lógico no es ni una lógica objetiva a la cual un sujeto obedece ni una lógica que un sujeto emplea, sino una lógica requerida para dar cuenta del concepto del sujeto en su relación con el Otro.¹² Lacan tiende a favorecer una teoría de esta relación fundamentada topológicamente que responde a la emergencia de nuevos aspectos de esta dialéctica. Desde el período en que escribió “Posición del inconsciente” la relación del sujeto y el Otro vira desde la primera lógica intersubjetivo y por lo tanto recíproca a una explicación revisada de la última no reciprocidad entre el sujeto y el Otro por la cual puede ser

V RECOPIACIÓN

definido un nuevo modo de ser del sujeto y del inconsciente a partir de los procesos de alineación y separación. El hecho de que esto requiera una reformulación similar de la teoría de la temporalidad es el camino anunciado en el comentario de Lacan en el Seminario XI: *"Si escapa al tiempo, ¿a qué registro del orden de las cosas pertenece el deseo indestructible?, pues, ¿qué es una cosa sino lo que dura, idéntico, por un tiempo? ¿No hay sobradas razones para distinguir aquí junto a la duración, sustancia de las cosas, otro modo del tiempo, un tiempo lógico? Como saben ya abordé este tema en un escrito."*¹³

En cierto sentido, la teoría de la separación nos permite conceptualizar cómo puede ser que el sujeto no esté condenado a repetir la misma posición estructural en relación con el Otro indefinidamente, éste es el problema del análisis interminable. La realización de la división del sujeto, todavía situada en al campo de la anticipación futura, requerirá también algo que es finalmente excéntrico a la repetición.

El texto de 1964 *Posición del Inconsciente* retoma los contenidos del seminario XI de Lacan en el cual desarrolló los dos mecanismos de producción del sujeto, alineación y separación. Como ya fue indicado en el seminario, para Lacan la descripción de la causación del sujeto gira sobre un argumento en favor de la conjunción de dos faltas, la del sujeto y la del Otro. Su relación no es descrita propiamente como simplemente dialéctica o recíproca. Sigamos de cerca el argumento de Lacan en *Posición del Inconsciente* respecto al proceso de separación: *"el sujeto se encuentra a sí mismo en la cadena significativa en el intervalo entre significantes, lo que implica que la alineación de la cadena significativa es primaria. Aquí el sujeto experimenta algo Otro que los efectos de sentido por los que un discurso le solicita"*. Lacan llama a esto un "encuentro" con la opacidad del deseo del Otro; enfatizando su radical prioridad a toda significación o imagen de deseo. El sujeto responde a esta falta

en el Otro emplazando allí "*su propia falta*", ésta es la falta que querrá producir a partir de su propia desaparición, una desaparición que ya fue anunciada por el proceso de alineación, pero al no tener aún una forma en el proceso de separación el sujeto oculta su propia falta en la falta del Otro, constituyéndose de este modo para siempre tanto su relación con el Otro como el campo del deseo y el modo mediante el cual elude sus implicaciones subjetivas.

Aunque la neurosis no es mencionada específicamente en estas páginas, se podría suponer que el impase neurótico es tal en respuesta a esta opacidad de su propio ser como un sujeto derivado del efecto de alineación en la cadena significativa. Por estar en el campo del significativo, por ser hablante, no basta para responder al encuentro con la falta en el Otro y la opacidad permanece. Este impase o hiancia fundamental lleva al sujeto a un vaivén continuo y ansioso entre el deseo del Otro y la propia falta del sujeto. En la conclusión de su elaboración de la separación aplica la idea de la situación analítica diciendo: "*Es ésta [la separación] una operación cuyo diseño fundamental volverá a encontrarse en la técnica. Pues a la escansión del discurso del paciente en cuanto que el analista interviene en él es a la que se verá acomodarse la pulsación del borde por donde debe surgir el ser que reside más acá.*"¹⁴

Hay aquí dos temporalidades en juego, en primera instancia la "pulsación" que podemos localizar del lado del analizante en su intento de producir su estatuto como un ser hablante que hemos llamado antes el cierre de la presencia a sí mismo. En el segundo momento temporal podemos localizar la respuesta sincopada del analista para la cual nuestro traductor al inglés ha acuñado el término *scanding*. En efecto, el momento en que el corte del analista tiene lugar es cuando el sujeto está "a punto" de clamar por ser, justo antes o después del momento de cierre.

Éste es un punto de vista más sofisticado de la dialéctica concernida en el proceso analítico. El tiempo de la transferencia es una dialéctica entre el sujeto y el Otro y Lacan lo elabora más ampliamente en *Posición del Inconsciente* comentando: "*La espera del advenimiento de ese ser en su relación con lo que designamos como el deseo del analista en lo que tiene de inadvertido, por lo menos hasta la fecha, por su propia posición, tal es el resorte verdadero y último de lo que constituye la transferencia./Por eso la transferencia es una relación esencialmente ligada al tiempo y a su dirección.*"¹⁵

Estas líneas evocan la problemática esencial en análisis: el manejo de la transferencia y su posible resultado. Los términos de la discusión nos son familiares: el ser del sujeto y su relación con el tiempo, aunque ahora es el deseo del analista el que interviene para abrir la futura disposición del sujeto de deseo. De ahí la introducción en la transferencia de un Otro que no está en relación recíproca con el sujeto, ni en una posición de devolver al sujeto su propio mensaje en forma invertida, y que como Lacan dirá finalmente, no existe. El deseo del analista en cambio no puede ser asimilado.

El tiempo del goce

Prosiguiendo nuestra lectura del texto *Posición de Inconsciente* vemos que Lacan repite una opinión que se remonta al *Discurso de Roma* acerca del efecto retroactivo de sentido: "*Se da una cuenta de que es el cierre del inconsciente el que da la clave de su espacio... Demuestra también el núcleo de un tiempo reversivo, muy necesario de introducir en toda eficacia del discurso; bastante sensible en la retroacción, sobre la que insistimos desde hace mucho tiempo, del efecto de sentido en la frase, el cual exige para cerrar su círculo su última palabra.*"

16

No obstante, en este punto del trabajo Lacan añade una rotunda diferenciación de la temporalidad del significante respecto a la del trauma y la formación de síntoma: "*Nachträglichkeit* o

après-coup (efecto *a posteriori*), según el cual el trauma se implica en el síntoma, muestra una estructura temporal de un orden más elevado".¹⁷ Esta proposición viene a ser un retorno a Freud en el sentido que la elaboración de Freud del *après-coup* fue originalmente en términos de trauma, que por definición es algo excesivo e irreducible al efecto de significante. Freud ya lo indicó en su obra *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa*, donde escribió: "El representar de contenido sexual, como es sabido, produce en los genitales unos procesos de excitación semejantes a los que provoca el vivenciar sexual mismo. Cabe suponer que esta excitación somática se traspone en psíquica. Por regla general, el efecto en cuestión es mucho más intenso a raíz de la vivencia que a raíz del recuerdo de ella; pero si la vivencia sexual cae en la época de la inmadurez sexual, y el recuerdo de ella es despertado durante la madurez o luego de ésta, el recuerdo ejerce un efecto excitador incomparablemente mayor del que en su tiempo produjo la vivencia,... esta proporción inversa entre vivencia real y recuerdo parece contener la condición psicológica de una represión. La vida sexual ofrece... la única posibilidad que se presenta para esta inversión de la eficacia relativa. Los traumas infantiles producen efectos retardados {*nachträgliche*} como vivencias frescas, pero entonces los producen inconscientemente."¹⁸

Freud está pensando en un proceso temporal de reactivación y aumento del "efecto excitatorio" de la sexualidad, es decir el goce, lo que está a todas luces en un orden totalmente distinto del efecto retroactivo de sentido. La primera experiencia de excitación sexual es traumática y por eso lógicamente se le niega la entrada en el campo de la representación. En su lugar, el componente traumático de la sexualidad se repite y de esta manera retorna. Tal repetición sintomática del trauma no puede asimilarse al modelo inicial de Lacan de la repetición como metafórica, ni tampoco puede ser reducido el síntoma a un efecto de sentido. La repetición que sólo puede ser descrita como real se repite precisamente porque es del orden del significante. Como sugiere la etimología de la palabra trauma,

deja tras él un rastro o herida, cuya marca tuvo lugar o cuya huella afectó a la integridad del sujeto. A partir de su nueva consideración de lo real y el goce a principios de los 60, Lacan intenta integrar esta noción de rastro o huella con la repetición de lo real. Los resultados de este trabajo de elaboración se hallan reunidos para su desconcertada audiencia americana en 1966: *“La equivalencia no está en las cosas, sino en la marca que hace posible añadir cosas sin tener en cuenta sus diferencias. La marca tiene el efecto de borrar las diferencias, y ésta es la clave de lo que le ocurre al sujeto, al sujeto del inconsciente en la repetición: porque saben que este sujeto repite algo peculiarmente significativo, el sujeto está ahí, por un instante, en esa cosa oscura que llamamos en algunos casos trauma, o placer exquisito”*¹⁹

El trauma implica un orden temporal capaz de reorganizar su inscripción como síntoma del sujeto y este fenómeno central en la experiencia analítica requiere que desarrollemos un nuevo modo de temporalidad vinculado a lo real y al goce. En el Seminario XI, por ejemplo, Lacan expone “los dos extremos de la experiencia analítica”. Son, por un lado, la represión primaria operando como un significante, en cuya base el síntoma puede ser concebido como “un andamiaje de significantes... levantado paso a paso como un edificio” y por ello ser “inscribible en términos sincrónicos”. Por el otro lado Lacan sitúa el deseo en su interpretación como “una estructura temporal especial que elegí definir con el término metonimia”, pero que es ahora descrito en términos de operación de separación. Vemos pues el cambio en su pensamiento: el ámbito del psicoanálisis no puede inscribirse totalmente en términos sincrónicos, se requiere una temporalidad en que pueda situarse el deseo. Pero de mayor interés para la temporalidad es lo que sigue: *“En el intervalo está la sexualidad. De no haberse manifestado la sexualidad, en forma de pulsiones parciales, como lo que domina toda la economía de este intervalo, nuestra experiencia no sería más que una mántica, a la que entonces le cuadraría muy bien el término neutro de energía psíquica, pero a la cual le faltaría*

aquello que constituye en ella la presencia, el Dasein, de la sexualidad."²⁰

La sexualidad de las pulsiones parciales, goce en efecto, no es estructural ni tampoco la temporalidad del significante, sino que se sitúa *en el intervalo* entre los dos e implica a ambos. Los efectos de estructura surgen retroactivamente y estos efectos de sentido son en realidad una forma de cierre. Por otra parte el deseo y el acto de interpretación están dispuestos con relación al futuro. Llegados a este punto tenemos también el tiempo del goce, expresado curiosamente como un retorno a la presencia, además la presencia de algo que no puede ser presentado: lo real, que está en el corazón de la repetición, que es continuamente repetido y al mismo tiempo siempre fallido. En vez de que la estructura determine lo que se repite, como en "La carta robada", podemos invertir esto mostrando la originalidad de una repetición necesaria para toda forma significante que opere sin referencia a la intencionalidad o al sentido. En "Structure as an Inmixing"²¹, Lacan afirma que "la repetición de la equivalencia simbólica es imposible." El sujeto está siempre separado de ella y temporalmente dividido por el efecto de la repetición, que oblitera su punto de partida original. La formación del inconsciente es una consecuencia necesaria de la separación entre enunciados conscientes deliberados y su articulación. Sin embargo Lacan insiste en la identidad de la letra o rasgo originario, que marca el encuentro traumático con una excitación incontenible exógena o endógena. Esta identidad es siempre inaccesible a causa de la perpetua retroactividad de la estructura simbólica, pero es también el punto de organización, el enigma de la experiencia de la sexualidad, a la cual la repetición procura un retorno. Así el inconsciente se edifica alrededor de lo real de la sexualidad.

La oclusión producida por la repetición es la razón de la aparente heterogeneidad y multiplicidad de la relación de un sujeto con su sexualidad y también de la comúnmente

encontrada alteridad o exceso de sexualidad. Por eso la gran dificultad clínica al llegar al punto de la reducción de esta perversión polimorfa y el agente extranjero hacia el *Dasein* de la sexualidad que la sustenta y pertenece indudablemente a la singularidad de cada sujeto. Esta expresión memorable, el *Dasein* de la sexualidad indica el compromiso freudiano de Lacan hacia un núcleo irreducible de lo real en psicoanálisis situado a nivel de la sexualidad humana. La única diferencia es que Lacan quiso afirmar más allá de Freud que la división más radical no está entre consciente e inconsciente, sino entre la experiencia de goce y el sujeto que piensa.²²

Texto traducido por Manel Rebollo

NOTAS

N. de T.: Para la traducción al español he transcrito las citas de los textos de Freud y Lacan en su versión española y he anotado la paginación de estas mismas versiones. En cambio, para las de otros autores o aquellas de Lacan no disponibles en español he traducido directamente del texto de Lewis, preservando la paginación señalada en el mismo. Las notas a pie de página en números romanos son notas de traducción. Las del final del texto corresponden a las notas del autor.

**Samuel Beckett*, *Collected Poems in English and French*, (Grove Press, New York, 1977) “Diciendo otra vez si no me enseñas no aprenderé, diciendo otra vez que hay aún una última de las últimas veces, últimas veces de suplicar, últimas veces de amar, de saber sin pretender saber, aún una última de las últimas veces de saber”. *Para una traducción más cuidada puede consultarse: S. Beckett: Cascando. Traducción de Miguel Bilbatúa. Ed. Madrid: Cuadernos para el diálogo, 1971. p. 129-142*

***J. Lacan*, Seminario XI, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, p. 57.

1.- *Boring*: aburrido. *Shit*: mierda. *Boring shit* se dice de algo considerado una “puta mierda”: algo absolutamente deleznable.

- 2.- J. Lacan, “Función y campo de la palabra y el lenguaje”, *Escritos I*, p. 303
- 3.- Esta nota a su vez ha sido sacada a la luz por el célebre comentario de Jacques Derrida en “*Ousia and gramme: notes on a note in Being and Time*” [“*Ousia y gramme: notas en una nota de El ser y el tiempo*”], *Margins of Philosophy*(University of Chicago Press, Chicago, 1982)
- 4.- M. Heidegger, *An Introduction to Metaphysics*, (Yale University Press, New Haven, 1959), p. 206[en español: M. Heidegger, *Una introducción a la Metafísica*, ed. Nova, Buenos Aires, 1959]
- 5.- M. Heidegger, *Being and Time*, [H376] (Blackwell Press, Oxford, 1962) p. 428[en español: M. Heidegger, *El ser y el tiempo*, traducción de José Gaos. Fondo de Cultura Económica, México, 1951]
- 6.- J. Lacan, (1953) “Algunas reflexiones sobre el Yo”, *Uno por Uno*, 41. p. 9-10
- 7.- Una recopilación completa de estos cruciales debates fue publicado en *The Freud-Klein Controversies* ed Pearl King and Ricardo Steiner (Routledge, London, 1991)
- 8.- J. Lacan, “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”, en *Escritos I*
- 9.- J. Lacan, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, *Escritos*, p. 288
- 10.- S. Weber, *Return to Freud: Jacques Lacan’s dislocation of Psychoanalysis* (Cambridge University Press, Cambridge, 1991) p. 7-10
- 11.- J. Lacan, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, *Escritos*, p. 290
- 12.- J. Lacan, “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”, *Escritos*.
- 13.- J. Lacan, Seminario XI, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, p. 40
- 14.- J. Lacan, “Posición del inconsciente”, *Escritos*, p. 823
- 15.- J. Lacan: Posición del Inconsciente, en *Escritos*, p. 823
- 16.- *Ibidem*, p. 817-818
- 17.- *Ibidem*, p. 818
- 18.- S. Freud: “Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa”. O.C., T III, p. 167-168 (nota 12)

V RECOPIACIÓN

- 19.- J. Lacan, "Of structure as an Inmixing of an Otherness prerequisite to any subject whatever", *The Languages of Criticism and the Sciences of Man: The Structuralist Controversy* (The John Hopkins Press, 1970) p. 188
- 20 J. Lacan, Seminario XI, p. 183
- 21.- Texto no disponible en español.
- 22.- "Veamos pues cómo se introduce el *Wiederholen*. *Wiederholen* tiene que ver con *Erinnerung* la rememoración. Estando el sujeto en su lugar, la rememoración de la biografía es algo que anda, pero sólo hasta cierto límite, lo real...Un pensamiento adecuado en tanto que pensamiento siempre evita, en el nivel en que estamos, -aunque sea para después volverla a encontrar en todo- la misma cosa. Aquí, lo real es lo que siempre vuelve al mismo lugar- al lugar donde el sujeto en tanto que cogita, la *res cogitans*, no se encuentra con él. J. Lacan, Seminario XI, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, p. 57

SOBRE EL LUGAR QUE OCUPA EL ANALISTA EN LA CURA

MAYRA NEVAREZ

PUERTO RICO

Hace un año en este mismo lugar celebramos un coloquio sobre la demanda y el deseo. En esa ocasión trabajamos sobre la necesidad de que surja una demanda que posibilite la entrada al trabajo analítico. En el caso del análisis infantil, demanda primero de los padres y luego demanda del niño. Un ejemplo común es cuando llegan al consultorio unos padres con un niño porque la escuela los manda: el niño no aprende, no se está quieto, tiene problemas de conducta, se nota agresivo o triste. Si los padres no asumen esta demanda, o no formulan una propia, no hay trabajo posible. Más aún, el niño deberá formular, a su manera, una demanda de escucha. Demanda que debe ser acogida como puerta de entrada, que permite el establecimiento de una relación de transferencia en cuanto se dirige a nosotros como Sujeto-Supuesto-Saber. Demanda que deberá ser frustrada, para que pueda surgir el deseo. En aquella ocasión señalamos la importancia de un trabajo preeliminar, tanto con los padres como con el niño que permitiese la articulación de una demanda propia.

La función del psicoanalista es, en este primer tiempo de la cura, acoger la demanda. Pero conviene tener precaución, esto no significa que se intente de ninguna manera responder a esta demanda. Tentación harto conocida para los que trabajan la clínica, particularmente, la clínica infantil. Demanda de ser amado, de ser amparado, de ser "controlado", de dar algo que disminuya el malestar, de dar una palabra que explique, un método a aplicar, un consejo a seguir... cualquier cosa que venga de un gran Otro al que siempre se le ha

demandado algo que llene la falta-en-ser. Hace un año, mi trabajo se dirigió a reflexionar sobre el surgimiento de la demanda en un niño. En el pasado coloquio, mi reflexión se dirigió más a la posición de los padres en este proceso. Hoy, me interesa examinar este lugar particular que ocupa el analista, aquel que intenta vérselas con eso del inconsciente que insiste pero que no puede apalabrarse. Aquel que debe ocupar la posición paradójica de acoger y frustrar la demanda que viene del otro que lo ubica en una posición de saber.

Lacan nos señala que es, precisamente, este acto del analista de frustrar la demanda que acoge, lo que posibilita el trabajo analítico: *“Así, el analista es aquel que apoya la demanda, no como suele decirse para frustrar al sujeto, sino para que reaparezcan los significantes en que su frustración esta retenida.”*

Me gustaría puntuar de esta breve cita de Lacan, dos puntos que me parecen merecen reflexión. En primer lugar, llama la atención el que Lacan nos dice: “el analista es quien apoya la demanda”, particularmente en la palabra “apoya”. La función del analista no es la de una escucha pasiva, ni significa que no está implicado o comprometido con lo que se da en la sesión. Por el contrario, para Lacan el analista dirige la cura, lo cual no significa en absoluto que dirija a nadie, sea un niño o adulto, es la cura la que dirige. En primer lugar la dirige por establecer la regla analítica de la libre asociación. Regla que no necesariamente se enuncia, pero que se establece. Regla que se establece en el libre hablar y el libre jugar de un niño. En el juego del niño se encuentran aquellos significantes que determinan su historia, que apuntan a su constitución subjetiva, que permiten que emerja un deseo. Dependerá de la posición que tome el analista, el que de estos significantes surja el deseo o surja un proceso de re-educación.

Por otra parte, conviene recalcar que al hablar de frustración no se trata de frustrar al sujeto, se trata de frustrar la demanda,

de relanzarla a los desfiladeros del significante para que dé cuenta de una historia: de la historia particular de como el sujeto se las agencias con su deseo. Frustrar la demanda no significa el decir un mero "no" a lo que el sujeto demanda. Significa que el analista pueda posicionarse en un lugar particular, lugar que permita que la demanda sea re-lanzada, sea de-vuelta al sujeto. De hecho, la entrada a análisis no implica que el sujeto no vuelva a lanzar su demanda: *"A medida que se desarrolla un análisis, el analista tiene que vérselas sucesivamente con todas las articulaciones de la demanda del sujeto. Pero además (...), no debe responder a ellas sino desde la posición de la transferencia."* (Lacan, Dirección de la cura, p.599)

Por lo tanto, la posición del analista de apoyar y frustrar la demanda desde el lugar de la transferencia está en juego no sólo en la entrada del análisis, sino durante todo el proceso de la cura. Nos parece que esto es parte de lo que se juega en la dirección de la cura.

Pero, ¿cómo se logra esto? Nos parece que a lo que Lacan apunta es más que a una técnica a seguir, de lo que se trata en la dirección de la cura es de una posición que toma aquel que se pone en el lugar del analista. Entonces, en vez de preguntarnos que hace un analista para lograr esta paradoja de acoger-frustrar, sería más acertado preguntarnos ¿qué lugar ocupa el analista? ¿Qué es lo que lo sostiene? ¿Qué permite que una persona pueda acoger la demanda, como nos dice Lacan, sin responder a ella? No es la primera vez que me hago estas preguntas, pero en esta ocasión me planteo que el no ceder a la tentación de la demanda del otro (sea este otro un paciente o sea la demanda de la institución que nos cobija), no ceder requiere mucho más que la obediencia dogmática a los preceptos teóricos de Freud y Lacan. No se trata de un conocimiento, sino de un saber (savoir) inconsciente que permite ubicarse en esta posición. Se trata, pues, de una posición ética.

El silencio del analista, su “no” a satisfacer la demanda, no debe verse como un acto pasivo. El que ocupa la posición de analista está implicado profundamente y Lacan nos señala que también paga su cuota en esta empresa que es un análisis. En primer lugar, paga con sus palabras, no cualquier palabra, sino aquella que se trabaja en la interpretación. Pero más aún, Lacan recalca: “...pero también debe pagar con su persona, en cuanto que, diga lo que diga, la presta como soporte a los fenómenos singulares que el análisis ha descubierto en la transferencia.” (p.597)

Nos encontramos aquí con el significante “soporte”, soporte de la transferencia que surge de la frustración inicial de la demanda. Tarea nada fácil esta de “prestarse como soporte” a los fenómenos de la transferencia, como nos enseña la experiencia clínica. ¿De qué se trata pues este soporte de la transferencia? En un primer tiempo, la formulación de la demanda dirigida al psicoanalista lo posiciona en el lugar del Sujeto-Supuesto-a-Saber. Es importante en este concepto de Lacan, el término “supuesto”, el analista no se apodera de las insignias del saber. Dicho de otra manera, el analista no responde desde su yo, desde una ilusión imaginaria de un saber que conforma su yo. Sabemos que esto establecería una relación imaginaria, relación dual de espejismos donde el sujeto se puede perder en las terribles “buenas intenciones” de un otro. Tampoco está ahí para ocupar la posición de un Ideal, lugar del Amo benévolo que pretende educar sobre el buen dominio de las pulsiones. Para traducir a la clínica con niños, esto nos mantendría en la ilusión de ponernos en una posición de educador o en una posición maternal ante nuestro paciente. Y no es esto de lo que se trata en un análisis, pues precisamente, de lo que se trata, es de aquello que no le ha bastado a un sujeto que demanda.

En la posición del analista se trata, en primer lugar, de saber que no es hacia su persona, no es hacia él o ella como sujeto

hacia donde se dirige lo que demanda un sujeto. La demanda, como toda demanda de amor, siempre es dirigida más allá del pequeño otro que cada uno somos, es dirigida al gran Otro. Me parece que esta distinción marca una diferencia entre la relación analítica y las demás relaciones humanas. Es necesario que se entienda esto para poder entender que el analista saca su yo, pequeño otro como cualquier otro, del juego. Por esto Lacan nos dice: *"...que los sentimientos del analista sólo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto; y que si se le reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién lo conduce."* (p.569)

La posición del analista, entonces, implica que reconoce que el discurso del paciente no se dirige a su yo, aunque eso aparenta. Se dirige a un gran Otro desde siempre, y es por eso que la demanda, cuando no es calmada con la ilusión de una respuesta, permite que resurjan los significantes de la historia de un sujeto: *"Por el intermediario de la demanda, todo el pasado se entreabre hasta el fondo del fondo de la prima infancia. Demandar: el sujeto no ha hecho nunca otra cosa, no ha podido vivir sino por eso, y nosotros tomamos el relevo"* (Lacan, 1988,p.598)

Me llama la atención lo que plantea Lacan en esta cita sobre la demanda: *"el sujeto no ha hecho nunca otra cosa"*. La relación analítica establecida en esta paradoja de acoger y frustrar la demanda, basa su dirección y su poder en que lleva hasta los límites la repetición de lo que estuvo en juego en la constitución de un sujeto. Porque esta relación que el sujeto establece con un gran Otro a quien le demanda, cualquiera que sean las manifestaciones subjetivas de ésta, está modelada en la primera relación donde es con el gran Otro materno donde se constituye un sujeto. Conviene recordar que es lo que está en juego en este primer tiempo de la constitución del sujeto: el infante pasa del grito indiferenciado a una demanda hacia el Otro materno. Y es, precisamente, porque el otro

materno no puede responderle siempre, por que el gran Otro materno afortunadamente, no puede tapar todo lo que falta; por esto llega a constituirse un sujeto. No dice Lacan en el Seminario XI: *“El deseo del sujeto se constituye en la medida en que el deseo de la madre esté allende o aquende de lo que dice, íntima, de lo que hace surgir como sentido, en la medida en que el deseo de la madre es desconocido, allí en ese punto de carencia se constituye.”* (p.222)

Cobra sentido lo que Lacan nos dice en el aforismo: *“El deseo del hombre es el deseo del Otro.”* Que el deseo se constituye en el lugar de la Falta, es lo que nos apunta Lacan cuando nos dice: *“Esto apunta a una función muy diferente a la identificación primaria (...), pues no se trata de la asunción por parte del sujeto de las insignias del otro, sino de esa condición que tiene el sujeto de encontrar la estructura constituyente de su deseo en la misma hiancia abierta por el efecto de los significantes en aquellos que para él viene a representar al Otro, en cuanto de su demanda esta sujeta a ellos.”* (Lacan, p.608)

El reconocer que la estructura de la relación analítica, donde la demanda de un sujeto va dirigida a un gran Otro, está relacionada con la constitución del sujeto, nos ayuda a entender la importancia que tiene, que la intervención del analista, para ser efectiva, debe provenir desde esta posición. Pero, para que el analista pueda responder desde este lugar del gran Otro, debe reconocer que este es el lugar de una carencia: *“El deseo es lo que se manifiesta en el intervalo que cava la demanda más acá de ella misma, en la medida que el sujeto al articular la cadena significativa, trae a la luz la carencia de ser con el llamado a recibir el complemento del Otro, si el Otro, lugar de la palabra, es también el lugar de la carencia.”* (Lacan, p.607)

Lacan nos señala que la carencia de ser en el sujeto es el corazón de la experiencia analítica (p.593). Carencia, porque no existe la completud, porque no hay un otro que llene la

falta, que pueda dar ese objeto imposible que se demanda. Carencia que fue indispensable en la constitución del sujeto y que es fundamental para poner en marcha el dispositivo psicoanalítico. Pero, no es del que viene a demandar, del que viene como paciente, donde se juega el reconocer la carencia. Es del lado del que se pone en la posición del analista donde esto va a ser determinante. El analista debe poder sortear la tentación de ubicarse en el lugar del un gran Otro que se crea completo, lugar de Amo que pretende entregar un "saber hacer" con aquello inconsciente. Más aún, debe lidiar con la tentación de tapar lo que falta, de no poder enfrentar el vértigo de la carencia en ser que no puede llenar ningún otro, ningún ideal, ningún saber, incluyendo el saber teórico del psicoanálisis. Por eso es que Lacan nos dice: "...no hay otra resistencia al análisis sino la del analista mismo." (p.575)

Es en su propio análisis donde el psicoanalista se enfrenta a esta Falta que nos constituye. Es en la propia experiencia de un análisis donde se puede llegar a desprenderse de las insignias identificatorias, las ilusiones de un yo, las defensas de unos conocimientos, el ardid de creernos llegar a la completud, que nos ha defendido, bien que mal, de enfrentarnos a lo que no hay, a la Falta que nos origina. Es en la experiencia del propio análisis donde puede surgir el deseo del analista, posición, que como toda posición ética se pone a prueba una y otra vez en cada experiencia analítica.

PASAJE AL ACTO Y ESTRUCTURA CLINICA¹

CLOTILDE PASCUAL

BARCELONA

Voy a presentarles el tema de los pasajes al acto y estructura clínica que es un tema que trabajo tanto en mi practica en la UME (en la Unidad médico-Educativa del Centro L´Alba) como en un Cartel y en el GEI de Adolescencia. Para ello les expondré lo que pienso en torno a este tema y les presentaré el caso de un adolescente que lo ilustra bien y que desde un diagnóstico psiquiátrico entra dentro de los casos descritos como trastornos limite de la personalidad o desde una terminología más anglosajona casos límite.

Esta patología tiene todo su interés tanto por la actualidad en la asistencia, la frecuencia del diagnóstico, las sorpresas en el seguimiento de los historiales y sobre todo para nosotros el diagnóstico de estructura desde una orientación psicoanalítica. También por el reto para los dispositivos asistenciales y la polémica a nivel de la formalización de la clínica de estos trastornos.

Antes de pasar al caso querría diferenciar lo que considero que es el cuadro patológico desde la clínica del fenómeno y lo que es el diagnóstico de estructura.

A nivel del fenómeno aparece como diagnóstico psiquiátrico en el DSM-III y DSM-IV con la definición siguiente: *“Los trastornos de personalidad son modos de comportamiento inadaptados a nivel individual, familiar y social muy enraizados en el que los padece, reconocibles en la adolescencia o más pronto aún que pueden persistir en la edad adulta. Se trata de personalidades sin equilibrio psíquico y de acciones auto y hetero-agresivas. Esta alteración hace sufrir al enfermo y a su entorno. En algunos diagnósticos se les llama también neurosis*

V RECOPIACIÓN

de carácter y en otros estados limite. Muchos de los jóvenes atendidos en la UME pueden pensarse desde este punto de vista compatibles con esta definición."

Esta definición además viene avalada por diversos autores de orientación psicoanalítica no lacanianos, como Kernberg que ha escrito varios libros con relación a este tema especialmente uno que lleva como título: *Desordenes fronterizos y narcisismo patológico* o Roger Misès: *La patología limite en la infancia y adolescencia*.

En Freud, encontramos que en todos sus historiales clínicos trata de establecer una relación unívoca entre síntoma y neurosis. Esto le sirve en todos excepto en el Hombre de los lobos en que no hay correspondencia entre síntoma y neurosis y en donde considera que este paciente ha rechazado una parte de la realidad de manera diferente a la represión en la neurosis pero también distinta del rechazo absoluto de lo simbólico de la psicosis. Se puede decir que en términos lacanianos sería una forclusión parcial y que este paciente entraba dentro de esta fenomenología de casos límites.

Después de Freud el término de trastorno límite de la personalidad es propuesto por Stern en 1948. Piensa que el TLP no designa una neurosis ni una psicosis y establece los problemas con relación al narcisismo:

- Son pacientes con una idealización de sí mismos que les niega el acceso a la realidad de sus límites.
- Presentan una perturbación de la realidad en lo que hace a las normas y leyes.
- Paradójicamente presentan una gran dependencia de los demás de la que huyen por pasajes al acto.

Posteriormente entre otros autores podemos citar a Kernberg que no considera al TLP como un cajón de sastre sino como una entidad clínica aparte. Separa el síntoma de la organización de la personalidad. Para él habría tres agrupaciones:

La organización neurótica y los rasgos patológicos de carácter.

Los trastornos graves de la personalidad con difusión de la identidad propia.

Las organizaciones psicóticas.

Si tomamos la orientación lacaniana, precisamente Lacan hizo su tesis de psiquiatría sobre: La psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad. Mantiene una concepción de la persona como lo que anuda el yo imaginario, el yo simbólico y el goce o satisfacción pulsional.

Es a partir de esta orientación que hacemos la diferencia entre lo que se ve, los fenómenos, y el discurso del paciente y que en muchos de estos casos se podría hablar de sujetos en que habría renegación o desmentido con relación a la ley. Una aproximación a esta diferencia de diagnóstico: fenómeno-estructura, consiste en pensar el primero como la cara visible del segundo, más oculto. O sea que a la propuesta de Kernberg de "organización de la personalidad", Lacan contrapone el concepto de "estructura subjetiva". Con relación a esto debemos decir lo siguiente:

1 Que no todo fenómeno es un reflejo exacto de la estructura que luego se diagnostica pero si es importante tenerlo en cuenta y no creer que no se puede aprender de la clínica de la mirada.

2 En cuanto a la estructura para Lacan reside en la posición de cada sujeto con relación al deseo con su correlato que es la castración, al goce o satisfacción de las pulsiones y a la ley o lo simbólico. Es decir se trata de una clínica que tiene en cuenta como se sitúa el sujeto con relación a la construcción de sus objetos de deseo, a los límites y a lo simbólico que determinan su relación con la ley. Pero este simbólico o ley no se inscribe igual en todos los sujetos, dependiendo de los avatares de su historia. Las formas de inscripción son tres:

V RECOPIACIÓN

-Aceptación de la ley con el mecanismo psíquico de la represión determinando la neurosis.

-El reconocimiento de esta ley pero al mismo tiempo su negación con el mecanismo del desmentido o renegación.

-El rechazo de esta ley sin conocimiento previo.

Es en la segunda posición subjetiva que se pueden encontrar muchos de estos sujetos diagnosticados de trastorno límite de la personalidad pero no todos. Es el primer tiempo de reconocimiento de esta ley y su posterior negación que les permite mantener una relación con los objetos de goce prohibidos. Pero esto no nos evita tratar de pensar en las otras dos estructuras. Es decir que se trataría de unos fenómenos que se pueden dar en las tres estructuras.

Si el TP testimonia en ocasiones del borde de la psicosis el tratamiento consistirá en la estabilización imaginaria o la suplencia simbólica que le permita dar un sentido a esa persona a su existencia.

Pero si testimonia de una perversión o de una neurosis con rasgos de perversión en el sentido de presentar unos gustos incompatibles o muy problemáticos para la adaptación a la vida, la familia, la escuela y la sociedad en general el tratamiento será otro. Se deberá entender la sintomatología como la manifestación de un goce determinado en que el sujeto sufre su propia enunciación de forma mortificante en oposición a lo que llega a pensar o a querer y una imposibilidad en ciertos momentos de compulsión o pasaje al acto sin poder dar un sentido a sus actos en consonancia con lo que cree o piensa.

En ocasiones también sus pasajes al acto son la expresión de un procedimiento auto-calmanste. En general lo que expresan es su sometimiento a un super yo feroz y no a lo simbólico.

Estos fenómenos sin elaboración dan como consecuencia una ausencia de síntoma en la definición que hacemos desde la clínica psicoanalítica de síntoma ya que no presentan una pregunta dirigida ni a sí mismos ni a un Otro con relación a estos actos. El síntoma como pregunta siempre inhibe la acción por el trabajo de elaboración que comporta y permite una pacificación del sujeto.

Pero en esta fenomenología de los TP en un primer tiempo que en ocasiones y dependiendo de la estructura no remite nunca, el sujeto no puede hacerse cargo de su malestar y lo pone en los otros o en el terapeuta de forma brutal:

Dígame que me pasa.

Dígame que tengo que hacer.

Deme medicación para controlar...

Las defensas son proyectivas, perversas, megalomaniacas, negativistas ante el malestar mental antes de poderle dar una interpretación.

Entonces de lo que se trata siempre y sea cual sea la estructura es de poder elaborar de una forma o de otra, que el sujeto pase del: No pienso, no se lo que me pasa, entonces paso al acto como consecuencia de no pensar, a:

No sé que pienso, y por lo tanto postergo el paso al acto intentando elaborar con el Otro(terapeuta) lo que puedo pensar.

Caso clínico:

Se trata de un adolescente de 15 años derivado al Centro por el psiquiatra que le lleva en privado, debido a sus problemas de conducta y por las expulsiones sucesivas de los colegios a los que ha ido. El diagnóstico con el que viene derivado es: Trastorno límite de la personalidad.

Los dos últimos años ha tenido diversas expulsiones de los colegios a los que fue por provocar, insultar, faltar al respeto a

profesores y agresividad actuada hacia compañeros de curso. Con relación a su familia se muestra también agresivo y en ocasiones se muestra sobre todo agresivo con su madre.

Los padres están separados hace unos nueve años, tienen un nivel socio-cultural alto, dos hijos más de 14 y 11 años, y se muestran completamente desbordados por la situación. Explican que desde hace dos años se les fue de las manos y han alternado la convivencia con él en casa del padre y de la madre. Dicen que el motivo de expulsión es por haberle encontrado con navajas, con pistola de balines y por las actuaciones agresivas hacia sus compañeros. Ellos creen que su hijo diferencia bien lo que hace bien o mal pero que no controla sus impulsos. Asimismo están preocupados porque va con chicos marginales y temen que esté metido en comprar, vender o consumir drogas.

Desde siempre le ven infeliz, insatisfecho con demandas insaciables y nunca contento con nada. Le empezaron a llevar al psicólogo después de su separación a los 6 años. Entonces se empezaba a rebelar, contestar mal, pegar a sus hermanos pequeños y tenía crisis de agitación de tal manera que en el colegio les aconsejaron consultar.

Según la madre cree que tiene una doble personalidad. Pasa de estar bien a ser agresivo, amenazador, la insulta, la empuja o pretende agredirla. La actitud de la madre es de firmeza y sobre todo de no tenerle miedo. El padre dice no comprender lo que le puede pasar y se pregunta: Si lo tiene todo, ¿por qué le ocurre eso? Los dos piensan que el chico reconoce que se pone nervioso, que se exalta pero que no lo puede evitar. Vivió con el padre los dos últimos años tenía más disciplina que en casa de la madre, pero empezó a ir peor en los estudios y a desobedecer por lo que el padre en un enfado le echó de casa.

Posteriormente la madre me dirá que el padre pasa de una actitud complaciente a una actitud radical y que la desautoriza

a ella con relación a los hijos. También piensa que esta actitud influye en el hijo que se siente desconcertado y que imita al padre en la actitud de rechazo hacia ella. Me comenta que en la finca que tiene el padre, en el campo se siente muy bien con los que cuidan la finca y que cuando pasa temporadas allí, no hay ningún problema.

Tengo la impresión de una madre que pide la intervención del padre para evidenciar su impotencia y que esto mismo pone mal al hijo que se da cuenta de ello. Por parte del padre aparece en su actuación hacia el hijo su propia ambivalencia hacia él y su culpabilidad por no haberle salido como quería. Es un hombre práctico y que no se pregunta demasiadas cosas.

El trabajo con el paciente me lo planteo como temporal y parcial por la estancia en el Centro y su tratamiento de terapia y farmacológico(actualmente no toma nada) fuera del Centro. Me lo planteo también con relación a su realidad escolar y social.

En las primeras entrevistas, el paciente se muestra colaborador pero con la actitud de que se le deben prestar servicios por su estancia en el Centro. Expresa que cree que viene como alternativa a su carácter, no cree que sólo sea su culpa las expulsiones de diferentes colegios sino que no tienen la capacidad de "tratarle" en sus acciones. Cree que estaría mejor si su padre no pasara de él y su madre fuera más tranquila. No evidencia ni angustia ni preocupación y muestra una actitud totalmente pasiva de objeto de cuidados y atenciones.

En sucesivas entrevistas habla de lo bien que se siente en el campo con la familia de masoveros, dice que no le gusta estudiar, no quiere ser empresario como su padre, no le interesa eso ni trabajar, querría que sus padres le mantuvieran siempre pero como ve que esto no es posible tendrá que dedicarse a trabajar al cumplir los 16. Está conforme con venir aquí y piensa que tal vez se le pueda ayudar a "controlar" los impulsos.

Esta etapa del trabajo con él es tensa por su parte y con una actitud de desdén y distancia. Es la víctima de los otros: padres, colegas, educadores del Centro y cuando pide entrevistas el estilo es como si se le “debieran” por sus problemas con lo cual más que una demanda son una exigencia.

Le pregunto por lo que ha comentado de que su padre pasa de él. Puede hablar de su sentimiento de no ser tenido en cuenta por su padre. A partir de aquí y debo decir que ante mi sorpresa puede pasar de la reivindicación a la elaboración de su conflicto con su padre. Rechaza ser como el padre porque éste no tiene sentimientos hacia su familia. No le ve preocupado cuando sus padres están enfermos y manifiesta crueldad hacia los animales. A él le gusta cazar como a su padre pero no soporta que los animales estén heridos, prefiere que mueran para que no sufran, pero según él, el padre es indiferente a ello. Califica a su padre de *“hombre con sentimientos raros”*. Su ideal sería vivir en la finca con la familia de masoveros. Antes le gustaba más ir con ellos pero hace dos años murió de repente el padre de familia y ahora ya no es lo mismo. No comprende porque pero se vio llorando en el funeral de ese hombre. Se lleva bien con el hijo que tiene 20 años y sale con él y sus amigos cuando va a la finca. Posteriormente podrá hablar de su sentimiento de sentirse acogido por este hombre al que conocía desde que nació y de que querría que su padre fuera parecido a él.

Le interrogo en relación a sus recuerdos de infancia y si conecta lo que le pasa con vivencias de antes, de su infancia. Dice que conecta por las peleas de sus padres. Les recuerda gritando y él pensando en cosas agradables para no oírlos. También recuerda con horror una escena en que no se quería lavar los dientes y le redujeron en el suelo y le fueron a lavar los dientes a la fuerza. Lo relaciona con la contención que ha visto hacer en el Centro en ocasiones. Cuando su padre se fue de casa se sintió muy mal, porque a pesar de que pasa de él, prefiere vivir con él. Recuerda la rabia cuando algo no le salía bien o cuando

le negaban lo que quería. Conecta con lo que le pasa ahora aunque dice: No es del todo igual, ahora es porque son cosas a las que tengo derecho. Le relaciono "ese tener derecho" con su actitud a veces en las entrevistas, como si los demás estuviéramos a su disposición o la actitud de enfado permanente. Se extraña de lo que le digo, pero no lo niega.

Como sea que se puede trabajar con él a nivel elaborativo aunque no reconozca su responsabilidad en lo que le pasa decido tratarle como a un posible neurótico aunque con prudencia. Paralelamente el paciente comienza a traer su interés por hacer deporte, informática, música y pasar a hacer estas cosas. El comportamiento en el grupo referente de la UME, sin embargo es de desafío, de burla de algunos pacientes y de poco respeto a los profesores.

En un segundo momento: Comienza a querer saber porque pierde el control. Dice que en ocasiones se asusta cuando se enfada, pero ya no puede parar, se le queda la mente en blanco y no puede reaccionar sino es gritando y sin poder razonar. Cree que los motivos son siempre creer que no tendrá tiempo para algo, o bien un comentario de los demás que toma como un quererle fastidiar. Reconoce que en eso tiene un problema y que no es normal ponerse a pensar con ansiedad que quiere que llegue el fin de semana y ponerse mal porque es martes. Es el temor a no tener tiempo o a que el tiempo pasa lento para él. Cuando cree que le fastidian piensa que lo hacen para excluirlo. Le relaciono esta sensación de exclusión con lo que le ocurre con el padre o a veces en clase o con amigos. Reconoce que es así y termina preguntando: ¿Cómo se me puede pasar esto? ¿Con medicación? Le señalo que hay tiempo, en todo caso, para hablarlo conmigo.

A partir de este querer saber hay al menos las coordenadas para que las entrevistas puedan ser sin esa exigencia de antes. Cambia su actitud y pide que le vea más a menudo.

En esta etapa hay un incidente con un compañero del Centro. El otro compañero cree que éste le ha delatado por vender droga y le lleva a un descampado donde le hace desnudar amenazándole con un cuchillo para ver si lleva encima la denuncia que ha hecho. Evidentemente no le encuentra nada y le pide disculpas. (El compañero en cuestión es un paranoico, por si hay dudas). El paciente vive esto no sólo con miedo sino que empieza a pensarse diferente de algunos compañeros y quiere salir del Centro, "normalizarse". La angustia que le provoca este incidente hace que se pueda hablar con él de su posición pasiva, en ocasiones, en relación a este tipo de compañeros marginales. " *Se deja hacer*", como si no pudiera reaccionar antes y entonces aparece como víctima. Esto se había producido antes en los otros colegios y lo traía también en forma de que le esperaban, le amenazaban por los líos de los cursos pasados etc. Se puede trabajar con él su responsabilidad de "meterse" en los problemas y su actitud pasiva y de víctima.

Hay que decir que aunque proteste a veces con vehemencia acaba por reconocer en la entrevista siguiente que en efecto el tiene que ver con lo que sucede.

Paralelamente a las entrevistas individuales con el paciente veo a los padres en entrevistas individuales y conjuntas para trabajar los aspectos más caóticos en su relación con el hijo. En ocasiones el paciente también entra en las entrevistas por pedido de él que siempre querría estar.

Se logra que haya un orden en cuanto a horarios, límites, facturas de teléfonos que se tendrá que pagar de su dinero si son excesivas, trabajo en el despacho del padre dos días a la semana y coordinación en los padres respecto a estas cuestiones de la vida del hijo. El paciente no sólo acepta sino que va cumpliendo lo establecido.

Por parte del psiquiatra que le lleva ha habido una reunión conjunta y varias llamadas telefónicas. El paciente vive a este psiquiatra como el que "*reconoce*" la razón que tiene en las cosas y en contrapartida me vive como la que quiere "*poner un orden*" en su vida. Dice riendo que nos complementamos. Creo que hace una terapia de apoyo y una vez que no somos contradictorios en nuestras orientaciones generales, continuo con mi trabajo.

De nuevo un incidente en su vida, un pasaje al acto que en esta ocasión tiene la significación de "acting-out" provocado totalmente por el paciente produce un giro en su trabajo de elaboración de su problemática.

Después de una entrevista conjunta con los padres en que pide que se le deje ir en moto y se conviene por parte de todos (padres y yo misma) que todavía no, el paciente coge la moto de su madre y se va por la noche con la idea de ir con una prostituta. Por lo que explica a unos educadores va con una mujer que le practica sexo oral y se asusta. Comienza a pensar que puede haber cogido el SIDA y que se morirá. Los educadores le dicen que hable conmigo. El paciente está asustado pero al mismo tiempo explica lo que ha hecho como una proeza. También lo ha ido explicando a otros compañeros. Mi intervención estriba en decirle que esta vez ha ido lejos en su temor de "*no tener tiempo*" y que pare de explicar a los demás lo que ha hecho. Si quiere que lo traiga a sus entrevistas conmigo o con su psiquiatra de fuera. Dice que no volverá a explicar lo que ha pasado, pide que no se lo diga a sus padres (cuestión que se respeta) y que en realidad no puede tener el sida puesto que la mujer le puso un preservativo pero que está angustiado y asqueado. Reconoce que por una parte estaba rebotado porque no le dejan la moto, por otra parte quería mostrarse que ya era un hombre y lo que más mal le deja es pensar que no se atreve a ir con chicas de su edad por el

temor a que no le acepten debido a sus problemas y a que no va un colegio normal.

Este "acting-out" le permite trabajar estas cuestiones: moto, relación con la madre, límites, rabia ante estos límites que vive como imposiciones, temor a no tener tiempo, relación con las chicas de su edad y su temor a no "saber" con relación a la sexualidad.

Hablo de "acting-out" porque este acto se produce con relación a otro y no fuera de él. Es la consecuencia de un límite que el paciente no puede aceptar pero sin embargo en un escenario dedicado a esos otros: sus padres, el analista. Y hay además una necesidad de explicar el hecho y tratar de encontrarle un sentido en el trabajo que hace después. En ningún momento el sujeto desaparece del escenario sino que como puede explicar sabe lo que está haciendo, donde debe ir y que dirá después a los demás. Es un hacer que precisa un decir desde el momento que lo hace. Esta es la radical diferencia con un pasaje al acto en que como nos dice Lacan en el seminario: La lógica del fantasma, el sujeto sale del escenario del fantasma para presentar a costa de su propia desaparición su pregunta al Otro. En este caso el paciente necesita pensar en un decir que fija el hacer que tiene que ver con su fantasma y tiene para él un valor de atravesamiento salvaje de estas cuestiones que se articulan en su fantasma: el tiempo que pasa o no llega, la muerte, su relación con la sexualidad, la aceptación de límites...

Paralelamente hay un incidente en la clase en que se alía con otro paciente y desafían a los educadores. En un momento dado, se quiere ir del Centro sin permiso y le tienen que obligar a permanecer por la fuerza. Dice no soportar más el estar en el Centro por lo que supone de no ser normal.

Decido trabajar con él y el educador la cuestión de poder hacer una escolaridad compartida y hago un pacto con él con

relación a horarios, asignaturas a hacer etc. siendo sólo la mediadora entre él y su educador. Por otra parte se decide que si se quiere ir del Centro se le dejará marchar avisando a sus padres.

Hasta ahora: Se puede decir que este pacto ha funcionado: Hay una mejoría sintomática que va acompañada de un decir. No ha habido más actuaciones agresivas, ni en el Centro ni en casa. Cumple con lo pactado tanto a nivel familiar como de escolaridad y lo que es más importante ya no se relaciona ni por pasiva ni por activa con chicos marginales sino con los que antes había ido al colegio. Aparece una actitud adolescente más normalizada y se "atreve" a pedir para salir a una chica que como él dice es su antítesis: estudiosa, formal pero que le gusta. Es decir se pone a prueba y por tanto acepta que no todo depende de él, poniéndose del lado de lo simbólico.

Puede traer su preocupación por si podrá llegar a ser como estos amigos y su querer saber porque le pueden a veces sus "ansiedades" y "temores".

También empieza a traer su "desdén" a lo extranjero: los moros, los gitanos, y cómo deposita en ellos su parte extraña a él mismo. Lo trae diciendo que no entiende porque no se le deja buscar en Internet información sobre la Falange etc. Cuando habla de esto le digo en broma: "*¿Pero no sabes que todos somos medio árabes, medio judíos en nuestro país?*" El paciente recibe esto con ironía y sin enfado, pero le sirve para hablar de sus abuelos y bisabuelos y de que sabe los orígenes que tiene. Puede traer el hecho de que su bisabuelo se está muriendo y que él no sabe si ir al entierro pues se lo pasa fatal en estas ocasiones. Decide que irá por ser el hijo mayor de su padre aunque esto le pesa por lo que cree que esperan de él. (Que sea como toda la lista: bisabuelo, abuelo, padre, tipos activos, que sólo pensaban en trabajar). Él quiere ser diferente pero no por eso ir de marginal.

En este momento lo más relevante es que con esta mejoría los padres actúan de manera distinta. La madre la reconoce y le trata con más flexibilidad aunque con un temor al fracaso. Esta mejoría del hijo le ha dado oportunidad de hablar de sus temores al fracaso y la angustia de que si no puede con el hijo y pierde la custodia puede perder todo lo que tiene: piso, pensión de su ex marido etc. Decide que no puede continuar viviendo así y que ella misma debe poder situarse en la vida poniéndose a trabajar.

El padre al reconocerla, quiere ir deprisa y le exige todo y ya. Su temor: que el hijo no tenga tiempo de recuperar el tiempo perdido. Trabajo con él esta cuestión que es calcada a la del hijo con relación al tiempo.

Por otro lado, el curso que viene podrá ir a un colegio normal compartiendo escolaridad con dos mañanas en el Centro. El paciente asume el no poder ir todos los días al otro Centro escolar y acepta trabajar a nivel individual y pedagógico para poder entrar un circuito escolar normal.

En conclusión, este caso muestra que ante un paciente con un diagnóstico de Trastorno de personalidad hay que ver de qué estructura se trata y no detenernos en lo fenomenológico ni pensar que releva siempre de una psicosis o de una estructura de tipo perverso. Lo que sí evidencia es que del lado clínico, de permanecer en la superficie, en lo que la patología muestra sin ir a lo que el sujeto dice de ella, hay una alianza con esa misma patología y se le responde al sujeto reafirmandole en ella sin cuestionarla.

En este caso, se tiene la suerte de que el paciente es neurótico y que puede hacer un trabajo de elaboración por la palabra de sus pasajes al acto y de su "acting-out". Creo que ilustra bien cómo a través de los rasgos que toma de los otros: Padre con temor a que el tiempo pase, no se pueda recuperar, madre con temor al fracaso, a perderlo todo si pierde la custodia del hijo..., teniendo "todo" lo material pero no un reconocimiento

de su persona separada de los padres, se siente agobiado y "atado". En definitiva le dejan sólo frente a él mismo y el resultado es la violencia como intento de separación de esos otros que le toman por lo que no es. Es un intento fallido de separación simbólica, de autonomía.

Lo que me ha parecido ilustrativo también es que es en el momento en que a este paciente se le revela la posibilidad de un goce diferente en el "acting-out" mencionado antes que puede hacer suyo ese malestar. El quedarse en falta, el temor a la sexualidad, a la muerte, le despiertan en una pregunta por el síntoma. Afortunadamente, parece que es un despertar que va acompañado por una pregunta con relación a la vida y al deseo haciéndose aunque con dificultades responsable de su malestar y queriendo en definitiva "ser uno como los demás". A este respecto, recuerdo lo que dice Lacan en el prefacio del *Despertar de la primavera de Wedekind*: *"Todo ser humano que quiera ser un hombre se hace un hombre al incluirse entre sus semejantes, al ser uno más en una comunidad"*. Ser uno más puede ser fácil para aquellos que se puedan identificar con algunos de los rasgos de esa comunidad sin sentirse aplastados por ellos, pero puede ser muy difícil para otros y puede ser imposible para algunos como los psicóticos. Este paciente está en la serie de los que lo tienen difícil pero no imposible.

Barcelona 14 de Mayo del 2001

NOTAS

1.- Artículo publicado en la revista VEL nº4, del Fòrum Psicoanalític Barcelona

SUMARIO

EDITORIAL

Ramon Miralpeix: Heteridad 3 ----- 7

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS

1. CLÍNICA DEL TIEMPO:

Alicia Waine: El duelo ----- 13

Carmen Lafuente: El tiempo en la psicosis ----- 19

2. EL TIEMPO DE LA CURA:

Susana Díaz: Tiempos alterados ----- 37

Sol Aparicio: En su hora ----- 47

Vicente Mira: De la duración a la textura de la cura ----- 57

3. EL TIEMPO DE LA SESIÓN:

Luis Izcovich: El tiempo suspendido y la certeza ----- 69

Marc Strauss: El tiempo del acto ----- 85

4. EL PSICOANÁLISIS EN NUESTRO TIEMPO:

Ana Martínez: El psicoanálisis ayer, hoy y mañana ----- 99

Colette Soler: El embrollo de los discursos ----- 111

II ENCUESTA

Marc Strauss: ¿Qué es para un psicoanalista ser lacaniano hoy?-----	127
---	-----

III ESTUDIO

Colette Soler: El más de tiempo -----	135
---------------------------------------	-----

IV RECOPIACIÓN

Michel Bousseyroux, <i>Francia</i> : A tiempo -----	157
Gabriele d'Arienzo, <i>Italia</i> : La filosofía y la clínica -----	169
Jean Jaques Gorog, <i>Francia</i> : La neurosis obsesiva repensada -----	181
Marcelo Hekier, <i>Argentina</i> : Dar cuerpo a lo que no pesa ---	205
Andrew J. Lewis, <i>Australia</i> : División temporal y lo real de la transferencia -----	211
Mayra Nevarez, <i>Puerto Rico</i> : Sobre el lugar que ocupa el analista en la cura -----	229
Clotilde Pascual, <i>España</i> : Pasaje al acto y estructura clínica -----	237

Para esta edición en castellano agradecemos especialmente a Manel Rebollo la realización de todas las traducciones.

Impreso en Granollers , Noviembre 2003

Sumario

EDITORIAL

- Ramon Miralpeix: Heteridad 3

I EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS

Clínica del tiempo:

- Alicia Waine: El duelo
- Carmen Lafuente: El tiempo en la psicosis

El tiempo de la cura:

- Susana Díaz: Tiempos alterados
- Sol Aparicio: A su hora
- Vicente Mira: De la duración a la textura de la cura

El tiempo de la sesión:

- Luis Izcovich: El tiempo suspendido y la certeza
- Marc Strauss: El tiempo del acto

El psicoanálisis en nuestro tiempo:

- Ana Martínez: El psicoanálisis ayer, hoy y mañana
- Colette Soler: El embrollo de los discursos

II ENCUESTA

- Marc Strauss: ¿Qué es para un psicoanalista ser lacaniano hoy?

III ESTUDIO

- Colette Soler: El más de tiempo

IV RECOPIACIÓN

- Boisseyrroux, Michel (Francia): A tiempo
- D'Areinzo, Gabriele (Italia): La filosofía y la clínica
- Gorog, Jean Jacques (Francia): La neurosis obsesiva repensada
- Hekier, Marcelo (Argentina): Dar cuerpo a lo que no pesa
- Lewis, Andrew J. (Australia): División temporal y lo real de la transferencia
- Nevarez, Mayra (Puerto Rico): Sobre el lugar que ocupa el analista en la cura
- Pascual, Clotilde (España): Pasaje al acto y estructura clínica

